


# De la traición al amor

Helen Brooks

# De la traición al amor

## Helen Brooks

## 12 Multiserie Cena a las Ocho

**De la traición al amor (2009)**
**Título Original: His Christmas bride (2007)**
**Serie: 12 Multiserie Cena a las Ocho**
**Editorial: Harlequin Ibérica**
**Sello / Colección: Bianca 1886**
**Género: Contemporáneo**
**Protagonistas: Zak Hamilton y Blossom**

***Argumento:***

*¡La convertiría en su esposa en Navidad!*

*Blossom era una chica corriente, alguien que nunca atraería a un hombre rico por mucho tiempo. De hecho, sólo seis meses después de casarse, su primer marido la había abandonado por una despampanante modelo… en Nochebuena.*

*Por eso cuando apareció en su vida Zak Hamilton, un empresario rico y poderoso, Blossom no comprendió que le pidiera una cita… y decidió no dejarse embaucar por él.*

*Pero Zak comprendía perfectamente el miedo de Blossom y veía su modestia como un desafío. Tenía que hacerla suya…*

## Capítulo 1

¿Cómo era posible que la habitación estuviera así cuando sólo se había ausentado un momento?

Blossom White miró la escena que tenía ante sí e intentó hacerse oír por encima de los gritos de sus sobrinos. Apenas eran cuatro chiquillos, pero parecían diez porque estaban haciendo mucho ruido.

—¡Harry y Simone, dejad de tirarles tarta a Rebecca y a Ella ahora

mismo!

Los mellizos la ignoraron y continuaron arrojando a las niñas de dos años la tarta de chocolate. Las niñas gritaban, pero parecía que lo hacían de disfrute y no de enfado.

Blossom se asomó a la puerta y le cayó un trozo de tarta de chocolate en la frente. Olvidando que se había prometido a sí misma que mientras la madre de los niños, su hermana, estuviera en el hospital iba a tener paciencia con sus sobrinos, Blossom cruzó la estancia y agarró a los mayores del brazo con fuerza.

—¿No me habéis oído? He dicho que ya basta. Estáis castigados sin ver la televisión y os vais a ir a dormir inmediatamente después del baño.

—Queremos ver nuestro programa favorito—dijo Harry con cara angelical.

Era cierto que aquel chiquillo tenía cara de ángel, pero se comportaba como un demonio.

—No, Harry. No vas a volver a ver la tele hasta que no aprendas a obedecer.

—Mamá siempre nos deja ver la tele.

¿Su hermana nunca se desesperaba?

—Yo no soy tu madre y, además, aquí mando yo y no tú, ¿te has enterado?

Evidentemente, su sobrino estaba sorprendido ante aquel nuevo aspecto de su tía que no conocía y respondió estallando en llanto. Las tres niñas no tardaron en corearlo.

«No sé cómo Melissa puede con dos parejas de mellizos de menos de cinco años», pensó Blossom.

Sólo llevaba cuidándolos un día y estaba agotada. Mientras miraba los trozos de tarta que habían quedado pegados a las paredes blancas y la mesa llena de zumo de naranja que estaba cayendo sobre el suelo de madera, Blossom contempló la idea de ponerse a llorar también.

—Se acabaron los lloros—declaró sin embargo con firmeza—. Vamos a recoger todo esto entre todos. Harry y Simone, ¿quién limpia más rápido?

—Yo, yo—contestó Harry dejando de llorar como por arte de magia.

Blossom envió al niño a buscar la fregona y una bayeta. Las más pequeñas también habían dejado de llorar y estaban chupándose los dedos para quitarse el chocolate, riéndose mientras les caían trozos de la ropa y del pelo.

Blossom las tomó en brazos, las llevó al salón y las metió en su parquecito hasta que pudiera ocuparse de ellas. Nunca le habían gustado los parquecitos, pero ahora le parecían una idea maravillosa. A lo mejor parecía que era como meter a un niño en una jaula, pero

también era una ayuda de incalculable valor para madres que no podían con todo.

Cuando volvió al comedor, encontró a Harry y a Simone atareados limpiando. Les llevó un rato. Al final, la habitación quedó en orden, los cuatro niños bañados, leídos y dormidos, momento que Blossom aprovechó para bajar las escaleras a tomarse una taza de café.

De repente, después de tanto desorden, ahora que tenía oportunidad de sentarse y de pensar, se encontró con que casi prefería que los niños estuvieran despiertos.

Casi.

Desde que aquella mañana la había llamado Greg, su cuñado, para decirle muy nervioso que se habían llevado a Melissa en ambulancia al hospital porque le dolía muchísimo la tripa, no había podido dejar de pensar en su hermana.

Ahora que todo estaba tranquilo y sereno, comenzó a sentir miedo por Melissa.

Cuando había llegado aquella mañana corriendo desde su piso de Londres al barrio de Sevenoaks, situado a las afueras de la ciudad, había encontrado a su cuñado mesándose los cabellos.

—Anoche se encontraba bien—le dijo desesperado en la puerta, con Rebeca y Ella en brazos y Harry y Simone detrás de él—. Se ha despertado a las tres de la madrugada y me ha dicho que se encontraba mal y, media hora después, le ha empezado a doler mucho. Al poco tiempo, no se podía poner de pie ni se podía mover de lo mal que estaba. El médico dice que puede que sea apendicitis. Por lo visto, sucede así, sin previo aviso.

—Bueno, ya estoy aquí y me puedo quedar todo el tiempo que sea necesario, así que vete al hospital y olvídate de todo lo que no sea Melissa—le había dicho Blossom.

Y su cuñado se había tomado su invitación al pie de la letra y ni siquiera la había llamado para decirle qué tal estaba Melissa, así que Blossom marcó el número del hospital y consiguió hablar con la hermana Pearson, una monja que le informó muy amablemente de que su hermana estaba en quirófano en aquellos momentos.

—El doctor Robinson, el médico que la está tratando, cree que es una apendicitis aguda y que hay riesgo de rotura del apéndice, así que ha decidido que lo mejor era operarla—le informó haciendo una pausa a continuación—. Me temo que su cuñado está un poco... tenso en estos momentos. Si quiere, le dijo que la llame más tarde, cuando su hermana salga de quirófano y le pueda decir algo nuevo.

—Muy bien, muchas gracias—contestó Blossom colgando el teléfono.

Blossom se imaginó a Greg subiéndose por las paredes. Su cuñado era un físico brillante que trabajaba en una de las mejores empresas

de electrónica de Londres, pero era un tipo que no valía para nada en la vida cotidiana. Su cerebro no estaba amueblado para el mundo real por muy brillante que fuera. Sin embargo, desde que se habían conocido en la universidad, su hermana y él se habían hecho inseparables, y Greg confiaba en Melissa absolutamente para todo. Ni siquiera sabría el día en el que vivía si ella no se lo decía, así que era fácil entender que Melissa lo fuera absolutamente todo para él.

Oh, Melissa, Melissa.

Blossom se echó hacia delante con la taza de café entre las manos. Tenía que ponerse bien. No quería pensar en que no fuera a ser así. Aunque no eran gemelas, sino mellizas, Melissa y ella estaban muy unidas a pesar de que su hermana se hubiera casado a los veintidós años y se hubiera ido vivir allí, y Blossom hubiera preferido quedarse a trabajar en Londres, donde había conseguido abrirse camino como fotógrafa de moda autónoma después de años de sangre, sudor y lágrimas.

Blossom levantó la cabeza y miró a su alrededor con los ojos llenos de lágrimas. No sería justo que le pasara algo a Melissa ahora que había conseguido tener la familia que siempre había anhelado.

Desde el principio, desde la luna de miel, su marido y ella habían intentado tener descendencia, pero su hermana había tenido un aborto tras otro. Se habían gastado una fortuna yendo a los mejores médicos tanto en el país como en el extranjero, pero los años habían ido pasando y, al final, habían aceptado que no iban a tener hijos.

Sin embargo, cuando acababan de celebrar su séptimo aniversario de boda, Melissa se había enterado de que estaba embarazada de mellizos y veinte meses después habían llegado Rebeca y Ella.

A pesar de ser los cuatro tan seguidos, Melissa estaba encantada.

Blossom se dijo que no debía dar rienda suelta a las lágrimas, se levantó y se fue a la cocina a prepararse un sándwich, pues no había comido nada en todo el día. Aunque tenía un nudo en la boca del estómago, se sentía algo mareada y decidió que era mejor comer. Sobre todo, por si uno de los niños se despertaba y la necesitaba.

Especialmente si era Harry.

Blossom alargó el brazo y sacó de la panera el pan hecho en casa que no sabía cómo Melissa hacía todos los días, pues estaba convencida de dar a sus hijos lo mejor.

Lo acababa de dejar sobre la mesa cuando llamaron al timbre de la puerta varias veces seguidas.

Mientras maldecía, Blossom se apresuró a correr hasta la puerta para que no despertaran a Harry, que era el que tenía el sueño más ligero de todos.

—Hola.

Era alto, delgado y moreno y tenía los ojos muy azules.

De repente, Blossom se dio cuenta de que llevaba los vaqueros más viejos que tenía y que su camiseta blanca estaba llena de restos de comida de los niños. Para colmo, no se había maquillado aquella mañana y se había limitado a recogerse pelo en una cola de caballo.

—Hola—consiguió contestar—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Soy Zak Hamilton—se presentó el desconocido tendiéndole la mano—. Greg trabaja para mí—añadió al ver que a Blossom no le decía nada su nombre.

Blossom se quedó pensativa. Zak Hamilton. Claro. El jefazo de Hamilton Electronics. Entonces, recordó que su hermana le había contado que aquel tipo había heredado de su padre la empresa hacía seis años cuando su progenitor había muerto inesperadamente y que, en aquel tiempo, se había convertido en una de las empresas de mayor éxito del país.

Según Melissa, Zak Hamilton convertía todo lo que tocaba en oro, como el rey Midas, porque era increíblemente inteligente y no le asustaba arriesgar de vez en cuando.

A los pocos meses de haber heredado la empresa, había buscado a Greg y le había hecho una oferta que su cuñado no había podido rechazar. Blossom tuvo la sensación de que, aunque su hermana no lo había dicho abiertamente, no le caía muy bien el jefe de Greg. Éste, sin embargo, lo adoraba y hablaba muy bien de él.

—Soy la hermana de Melissa, la cuñada de Greg—se presentó Blossom sintiéndose un poco idiota pues era evidente que, si era la hermana de la esposa de Greg, era su cuñada.

—Hola, cuñada de Greg—contestó el recién llegado en tono divertido—. ¿Tienes nombre?

Maldición. A Blossom no le hacía ninguna gracia tener que decir su nombre y, menos, a los hombres.

—Me llamo Blossom White—contestó esperando que aquellos ojos azules registraran sorpresa y diversión, pero no fue así—. Melissa y yo somos mellizas—le explicó—. Ya sé que no nos parecemos. A mi madre le pareció estupendo llamar a su hija mayor, que es mi hermana, Melissa, que significa «abeja», y a la pequeña, Blossom, que significa «flor». Las abejas van a las flores, ya sabe. Supongo que pensaría que, así, la mayor cuidaría de la pequeña—terminó preguntándose cuántas veces habría contado aquello.

—¿Y funcionó?—preguntó Zak aparentemente interesado.

—La verdad es que no.

Más bien, todo lo contrario. Melissa siempre había sido la tímida y la introvertida mientras que Blossom no dudaba en meterse en cualquier lío. Bueno, hasta lo de Dean. Desde entonces, había cambiado mucho. Sobre todo, en su vida personal. En la laboral, tenía que mostrarse tan confiada y segura de sí misma como siempre.

Blossom se dio cuenta de que Zak la estaba mirando y se dijo que, probablemente, estaría pensando que estaba hecha un asco, a diferencia de su hermana, que siempre estaba impecable a pesar de los niños.

—¿Ha venido a ver qué tal van las cosas?

Otra pregunta absurda dadas las circunstancias.

Zak asintió.

—Greg dijo me iba a llamar, pero no lo ha hecho.

—Yo tampoco puedo decirle mucho. Solamente que la están operando en estos momentos y que estoy esperando a que me llame mi cuñado para decirme qué tal han ido las cosas.

—¿La están operando?

Parecía preocupado, realmente preocupado, y, para su horror, Blossom sintió que comenzaba a picarle la nariz y que las lágrimas comenzaban a formarse en sus ojos.

—Los médicos... los médicos creen que se le ha roto el apéndice o algo así.

«No llores. Sobre todo, no llores».

—Lo siento mucho. No sabía que fuera tan grave—se lamentó Zak con un acento que Blossom no fue capaz de reconocer—. ¿Puedo hacer algo?

Blossom tomó aire y se dio cuenta de que había sido terriblemente maleducada al no invitarlo a pasar. Aquello no era propio de ella. Claro que no se sentía ella misma con su hermana quizá a las puertas de la muerte.

—No, todo está controlado—mintió educadamente—. ¿Le apetece pasar a tomar un café o algo?

—Gracias.

No había dudado, lo que había dejado a Blossom algo sorprendida. Ya se podía haber dado cuenta, por su aspecto, de que había tenido un día horrible y haber supuesto que lo único que querría hacer era darse un buen baño de espuma. Claro que, a lo mejor, había dado por hecho que siempre iba así vestida.

—Tendrá que excusar mi aspecto—se disculpó algo tensa recordando de repente que no le había dado tiempo a limpiar el parquecito en el que había metido a Rebecca y a Ella—. Los niños han hecho una guerra de tarta de chocolate—añadió señalando el parquecito—. Ya se ve, ¿no?

Zak asintió pensativo.

—Me estaba preguntando qué llevaba usted en la frente.

Blossom se obligó a sonreír aunque no le había hecho mucha gracia su comentario, pero se dijo que era el jefe de su cuñado.

—No estoy acostumbrada a cuidar de cuatro niños y Harry da mucho trabajo—contestó algo enfadada.

Zak volvió a asentir.

El estar hecha un asco mientras él parecía recién sacado de una revista de moda masculina hizo que Blossom se enfadara todavía más.

—Voy a preparar el café—anunció saliendo del salón con toda la dignidad que pudo.

Una vez en el pasillo, cerró la puerta del salón y se dirigió al aseo que había debajo de las escaleras. Al mirarse en el espejo, gimió desolada.

Qué horror.

Llevaba el pelo completamente revuelto, le brillaba la cara, tenía restos de chocolate e incluso un par de hojas enredadas en el pelo de cuando habían salido a jugar al jardín aquella tarde.

—Genial—murmuró.

Sin embargo, se encogió de hombros y se preguntó qué más daba. ¿Qué importaba su aspecto cuando Melissa estaba enferma? Le importaba un pimiento aquel Zak Hamilton. Ya se podía tomar el café e irse cuanto antes.

Sin embargo, se encontró lavándose la cara y las manos y cepillándose el pelo, que se recogió en una cola de caballo.

A continuación, fue a la cocina. Una vez allí, decidió servirle café instantáneo, así que buscó el frasco se había comprado hacía dos meses, cuando había ido un fin de semana a cuidar de sus sobrinos para que Melissa y Greg se fueran a París a celebrar su aniversario de boda.

Estaba tan atareada con los cuatro niños que no se le había pasado por la cabeza ponerse a hacer café y ahora comprobó que el frasco seguía allí. Evidentemente, Melissa no lo había utilizado. Su hermana era de las que prefería todo original. «Instantáneo» no formaba parte de su vocabulario mientras que era la palabra que más utilizaba ella.

Acababa de poner una generosa cantidad en dos tazas de porcelana cuando sonó el teléfono.

—¿Sí?—se apresuró a contestar Blossom.

—¿Blossom? Soy Greg. Melissa acaba de salir del quirófano y el médico está contento. No se le había roto el apéndice, pero estaba a punto, así que menos mal que la han operado. Lo malo es que han dicho que tiene que quedarse unos días ingresada por algo de la sangre.

—Oh, Greg—contestó Blossom sentándose en uno de los taburetes de la cocina—. ¿Has hablado con ella? ¿Cómo se encuentra?

—Todavía está dormida. No creo que se despierte hasta mañana por lo que me han dicho las enfermeras. Me gustaría quedarme con ella si a ti no te importa. ¿Qué tal con los niños?

Parecía asustado y perdido y Blossom sintió que el corazón se le encogía.

—Quédate todo lo que quieras, no hay problema—le aseguró—. Los niños están bien, están durmiendo. ¿Has comido?

—¿Comido?—repitió su cuñado vagamente—. Ah, sí, creo que sí. Me he tomado un sándwich en algún momento. Te tengo que dejar. Nos vemos mañana—se despidió colgando sin más.

Típico de Greg.

—¿Está usted bien? He oído el teléfono. ¿Era del hospital?

Al oír aquella voz desde la puerta, Blossom levantó la mirada y vio a Zak con los ojos entornados. Desde luego, no era el momento más apropiado para pensar que era uno de los hombres más guapos del mundo.

—Sí, era Greg—contestó Blossom tragando saliva—. Melissa ha salido del quirófano y todo ha ido bien. Estaba dormida, todavía no ha salido de la anestesia.

—Me alegro—contestó Zak—. Ahora le voy a preguntar a usted lo mismo que usted le ha preguntado a Greg. ¿Ha comido?

—No, no he tenido tiempo—admitió Blossom.

—No tiene usted muy buen aspecto—comentó Zak sinceramente—. Espero que no se vaya a desmayar.

Desde luego, aquel hombre no tenía mucho tacto. Blossom sabía perfectamente que no tenía buen aspecto. No hacía falta que se lo recordara.

—Me encuentro muy bien, gracias—le dijo con frialdad—. Y, para que lo sepa, jamás me he desmayado.

Era como si no la hubiera oído.

—¿Por qué no va a tomar un baño mientras yo pido comida?—dijo Zak en tono imperioso—. Yo tampoco he comido y estoy muerto de hambre. ¿Qué prefiere? ¿Comida india, china, italiana o tailandesa? Yo invito, por supuesto.

Blossom se quedó mirándolo fijamente. Se veía que aquel hombre estaba acostumbrado a dar órdenes.

—No, gracias—le dijo con la esperanza de que se fuera.

—No le voy a hacer nada—le aseguró Zak mirándola divertido—. Si está preocupada por que me vaya a aprovechar de la situación, le aseguro que no.

Blossom se preguntó por qué insistía tanto y por qué no se iba de una vez. Se le estaba empezando a agotar la paciencia.

—No se me había pasado por la cabeza—le aseguró levantándose del taburete.

Y era cierto que no se le había pasado por la cabeza. Tenía muy claro que Zak Hamilton era de aquellos hombres que elegían a la mujer con la que tenían algo por el impacto que causara cuando la vieran colgada de su brazo y ella, incluso arreglada, nunca daría la talla.

No le apetecía ser la destinataria de la buena obra del día de aquel buen samaritano cuando le había dejado muy claro que estaba hecha un asco.

Claro que siempre le había encantado la comida tailandesa.

—¿Entonces? ¿Qué comida prefiere? A mí me apetece tailandesa, pero estoy abierto a otras sugerencias

—Mire, señor Hamilton, no quiero que piense que soy una maleducada... pero tengo cosas que hacer. ¿Le apetece tomarse un café antes de irse?

El aludido se quedó mirándola fijamente.

—Desde luego, es usted una mujer un poco difícil—observó—. No es fácil llevarse bien con usted, ¿verdad?

Lo cierto era que Blossom no tenía ningún problema en llevarse bien con nadie.

—Ya le diré a Greg que ha venido a interesarse por Melissa—le contestó con acidez.

«¡Y ahora váyase, señor Hamilton!».

—La verdad es que no he venido por eso—contestó Zak apoyándose en el marco de la puerta.

—¿Cómo que no? Pero si lo ha dicho usted mismo.

—No, usted me ha preguntado que si había venido a ver qué tal estaban las cosas, que no es lo mismo—contestó Zak.

Para Blossom, era exactamente lo mismo.

—No sabía que su hermana estaba en el hospital—comentó—. Cuando Greg ha llamado esta mañana al despachó, se ha limitado decirle a mi secretaria que su esposa había sido ingresada con un problema de estómago. Yo he supuesto que habría comido algo en mal estado o algo así y me he pasado para recordarle a Greg que mañana por la mañana tenemos una reunión muy importante en Watford.

Blossom se quedó mirándolo estupefacta.

—¿Mi hermana está ingresada después de una operación de urgencia y usted espera que Greg lo acompañe a una reunión en Watford?

¿Aquel hombre se había vuelto loco? ¿No tenía sentimientos?

Zak suspiró.

—Ya le he dicho que no sabía lo que había sucedido—contestó con exagerada paciencia—. Ahora que lo sé, por supuesto que no espero que me acompañe. En realidad, no me atrevería a pedírselo.

Mortificada, Blossom sirvió el agua hirviendo en las tazas.

—¿Con azúcar y leche?—le preguntó sin mirarlo.

—No, solo.

Cómo no. Y seguro que corría quince kilómetros todas las mañanas antes de desayunar, conducía un deportivo impresionante y dormía todas las noches entre sábanas de raso negro.

Aquella última idea la desconcertó por completo.

Blossom se tomó su tiempo en servirse azúcar y leche en su taza para que el rubor que se había apoderado de sus mejillas hubiera desaparecido cuando le entregara a Zak su café, teniendo mucho cuidado para que sus manos no entraran en contacto en ningún momento.

—Gracias—le dijo Zak.

—¿Le apetecen galletas o un trozo de tarta para acompañar el café?—le preguntó, sintiéndose obligada, pues Zak había admitido que estaba muerto de hambre.

Ella también.

—¿Qué tarta? No será la que queda de la de chocolate, ¿no?

Se estaba burlando de ella, evidentemente.

Blossom abrió un armario y sacó las tartas que había hecho Melissa. Dejó en la balda la mitad que quedaba de la de chocolate. Él se lo perdía. Blossom se había comido un trozo que había quedado sobre la mesa mientras ayudaba a los niños a recoger y le había parecido que estaba absolutamente deliciosa. Por supuesto, el pastel de fruta y el bizcocho de jengibre y nueces también estaban increíbles.

Claro que todo lo que hacía Melissa era fantástico.

—Tomaré un pedazo de ésa—contestó Zak señalando el bizcocho de jengibre y nueces—. ¿Las ha hecho usted?

Cualquier amiga de Blossom hubiera estallado en carcajadas ante aquella pregunta.

—No, yo no cocino, las ha hecho mi hermana—contestó cortando una generosa porción, colocándola en un platito y entregándosela para, a continuación, cortar otro trozo para ella—. ¿Nos vamos al salón? Estaremos más cómodos—propuso porque, desde que Zak había parecido en la cocina, la estancia se le antojaba extrañamente pequeña.

Una vez en el salón, Zak se sentó en el sofá y Blossom se aseguró de sentarse en la butaca más alejada. Tras meterse un trozo grandísimo de bizcocho en la boca, Zak declaró que estaba delicioso y la miró lánguidamente.

—Así que no cocina, ¿eh ?—le preguntó enarcando una ceja—. ¿Y qué hace?

—¿Cómo?

—¿A qué se dedica? ¿O es que acaso trabaja?

—Sí, sí trabajo—contestó Blossom.

La estaba poniendo nerviosa, pero no le iba a dar la satisfacción de demostrárselo, así que tomó aire disimuladamente intentó relajarse.

—Soy fotógrafa de moda.

Seguro que él no se lo esperaba.

—¿De verdad?

«Sí, de verdad, a pesar del aspecto que tengo ahora mismo».

—Sí—contestó Blossom obligándose a sonreír—. ¿Se sorprende?—añadió.

—Sí, la verdad es que sí—tuvo la osadía de contestar.

—¿Y eso, señor Hamilton?—le preguntó Blossom en tono zalamero.

—Zak, por favor, nada de formalidades—sonrió el aludido.

Qué sonrisa. Qué dientes blancos tan perfectos. Seguro que aquel hombre no había tenido que pasar por la tortura que ella había pasado de adolescente para tenerlos bien.

—¿Por qué te sorprendes, Zak?—le preguntó de manera civilizada, recordando que el empleo de Greg dependía de aquel hombre.

—Porque me ha dicho que Melissa y usted eran mellizas y yo sé, por lo que he visto y sobre todo por lo que me ha contado Greg, que su esposa es el epítome de la madre y el ama de casa feliz, una mujer que no tiene ningún deseo de trabajar fuera de casa. Yo creía que los mellizos eran iguales.

—Somos mellizas, sí, pero no clones—contestó Blossom.

¿Por qué los hombres como aquél siempre tenían unas impresionantes pestañas largas y voluminosas? Dean las tenía muy cortas.

—Entendido—sonrió Zak, tomando otro bocado de bizcocho—. Está delicioso, por cierto.

Blossom se preguntó si habría preferido que dijera que se había sorprendido porque no parecía tener absolutamente nada que ver con el mundo de la moda. Probablemente, no.

—Así que es fotógrafa de moda—recapituló, terminándose el bizcocho—. Supongo que es un mundillo en el que será difícil abrirse camino. ¿Trabaja para un estudio, para una casa de moda o para una revista?

—Soy autónoma. Lo prefiero así. Es cierto que fue difícil hacerme un hueco y está siendo difícil continuar en la brecha, pero me gusta. Tengo arte para vender mis fotografías. Hay fotógrafos excelentes que no saben cómo hacerlo.

Zak asintió, se echó hacia atrás en el sofá y se cruzó de piernas para tomarse el café. Blossom pensó que era una pose muy masculina, intentó ignorar el corazón, que se le había acelerado, e intentó pensar en algo que decir para llenar el silencio, pero no se le ocurrió nada, así que se dedicó a tomarse el café también.

De repente, se le había quitado el hambre.

—Veo que no está casada—comentó Zak mirándole el dedo anular de la mano izquierda.

Blossom sintió que el estómago le daba un vuelco, lo que era ridículo porque llevaba días sin pensar en Dean y, cuando lo hacía, era

con asco.

—No, no estoy casada y así quiero seguir. En eso, Melissa y yo tampoco nos parecemos—contestó elevando el mentón.

—Ya—contestó Zak—. ¿Le apetece que salgamos a tomar una copa una noche de éstas?

La sorpresa dejó a Blossom sin palabras. Aquello era lo último que se hubiera esperado. ¿Habría oído bien? Era imposible que aquel hombre estuviera interesado en ella. A aquellos tipos siempre les gustaban las mujeres altas, rubias o pelirrojas, mujeres que dejaran a todo el mundo con la boca abierta.

Ella no era así.

Desde luego, los espejos no se rompían a su paso, pero no era ni alta ni baja, simplemente normal, de pelo moreno y ojos muy normales también. La guapa de la familia era Melissa, que medía uno setenta y cinco, tenía los ojos marrones como el chocolate, el pelo rubio natural y, además, no era nada engreída.

—Perdón, pero no salgo con hombres—contestó sin considerar sus palabras—. Hace años que decidí que prefiero el trabajo y ya sabes que las relaciones románticas y llegar a la cima de cualquier profesión no son compatibles. Por lo menos, para las mujeres.

—Si lo que me estás diciendo es que una mujer no puede tener vida privada y estar en lo más alto de su profesión, no estoy de acuerdo. Estamos en el siglo XXI—le recordó Zak.

—Eso ya lo sé.

Blossom estaba completamente de acuerdo con él, pero no se lo iba a decir. La excusa que había utilizado era de cobardes, pero le había valido en otras ocasiones para deshacerse de los hombres.

No estaba dispuesta a desnudar su alma delante de ningún hombre y, menos todavía, delante del jefe de Greg. Además, tenía la sensación de que aquel tipo no se daba por vencido cuando las cosas no salían como él quería a menos que supiera que no tenía absolutamente ninguna posibilidad.

Y no la tenía. Con ella, no. Lo último que necesitaba Blossom en la vida era un hombre como Zak.

—¿Quieres otro trozo de bizcocho?—le preguntó con la esperanza de que dijera que no.

—Sí, muchas gracias—contestó Zak alargando el plato.

Blossom se dio cuenta con cierta rabia de que Zak no parecía muy afectado por que se hubiera negado a salir con él. Entonces, se dijo con cierta malicia que, probablemente, sería de esos tipos que se sentían obligados a probar suerte con cualquier mujer sin compromiso. Seguro que salía con ellas, las seducía hasta que se enamoraban de él y, una vez conseguido el reto, se iba a por otra.

A lo mejor, no estaba siendo muy justa. Dean la había vuelto así.

Seguro que Zak Hamilton no tenía que esforzarse mucho para llevarse a las mujeres a la cama. Dean era guapo, pero el jefe de Greg era espectacular.

Y él lo sabía muy bien.

Blossom se dio cuenta de que se había quedado mirándolo fijamente y se apresuró a aceptar el plato que le entregaba.

—¿Más café?—le preguntó sintiéndose algo culpable por lo que estaba pensando de él.

—Sí, gracias—contestó encantado mientras se echaba hacia atrás en el sofá con aire relajado—. Por favor, ponme un buen trozo de bizcocho. Estoy muerto de hambre.

«Glotón».

Blossom se obligó a sonreír. Aquel tipo tan seguro de sí mismo y tan arrogante... era el tipo de hombre del que ella siempre huía. Aun así, le había ofrecido más café y más tarta.

Una vez en la cocina, Blossom preparó más café y le sirvió un generoso trozo de bizcocho. Sintió la tentación de cortar la mitad y ponérsela en el plato, pero no lo hizo. No tanto porque fuera el jefe de Greg como porque, probablemente, se lo habría comido tan contento y habría pasado por alto el sarcasmo.

Al volver al salón, le entregó el plato y la taza sin decir nada. Había decidido que el silencio sería la mejor manera de deshacerse de él cuanto antes.

Se habían terminado las réplicas chistosas.

—Gracias—contestó Zak con entusiasmo infantil—. Tu hermana cocina de maravilla. Nunca lo hubiera dicho cuando la conocí en Navidad.

—Mi hermana siempre ha querido ser esposa y madre y hace las dos cosas extremadamente bien.

—¿Y a ti no te parece bien?

—A mí me parece fenomenal—contestó Blossom con frialdad—. Soy de la opinión de que todos los seres humanos, mujeres y hombres, deberíamos seguir el camino de nuestro corazón. En el caso de mi hermana y en el mío, nuestros caminos son muy diferentes. Jamás le pediría a Melissa que quisiera lo que yo quiero. Nos respetamos como personas.

—Greg está loco por ella.

—Y Melissa por él.

Zak asintió pensativo.

—Greg es brillante, muy brillante, pero entiendo perfectamente que necesite a su lado a una mujer que lo cuide.

Blossom supuso que lo último que Zak querría sería que una mujer lo cuidara. Mientras se tomaba el café, que se había quedado frío, lo observó mientras él se tomaba el segundo trozo de bizcocho, que no

tardó en terminarse. Desde luego, aquel hombre disfrutaba comiendo y Blossom imaginó que se tomaba otros aspectos de su vida con el mismo gusto. Al instante, sintió una sensación extraña en el vientre y se apresuró a mirar la taza de café. Cuando levantó la mirada, Zak la estaba observando.

—Veo que estás muy cansada, así que será mejor que me vaya—declaró poniéndose en pie—. Muchas gracias por el café y por la tarta.

Blossom se puso en pie, furiosa consigo misma por haberse ruborizado sin razón.

—Ya le diré a Greg que has venido.

—Sí, dile también que no se incorpore al trabajo hasta que Melissa no esté en casa se y sienta bien—continuó Zak mientras Blossom le acompañaba hasta la puerta—. No hay nada tan importante como para que no pueda esperar un par de semanas.

—Muy bien—contestó Blossom con la respiración entrecortada.

¿Qué tenía aquel hombre que la hacía sentirse como una adolescente tímida a la que se le había comido la lengua el gato? Fuera lo que fuese, no le apetecía pasar por aquello.

Blossom abrió la puerta de la calle y se hizo a un lado para que Zak saliera, pero éste se paró frente a ella y la miró de manera insondable.

—Encantado de conocerte. ¿Te vas a quedar por aquí un par de días?

Era una pregunta muy sencilla. ¿A qué venía tanta agitación en el pecho?

—Me voy a quedar todo el tiempo que me necesiten. Es lo mínimo que puedo hacer.

—¿Tu trabajo te lo permite?

—Sí, por suerte, acabo de terminar un encargo que me ha llevado mucho tiempo y estaba a punto de tomarme un descanso.

—Entonces, seguro que volvemos a vernos porque, si surge algo, tendré que venir a hablar con Greg—sonrió lánguidamente.

¿Era el presidente de una de las mayores empresas de electrónica del mundo y le estaba diciendo que iba a casa de sus empleados cuando tenía que hablar con ellos?

—¿No tienes su teléfono móvil?—le preguntó Blossom.

—¿Eso me lo tengo que tomar como una manera educada de decirme que mejor no vuelva por aquí?—le preguntó Zak en tono burlón.

Blossom sintió que se sonrojaba de pies a cabeza. Por lo visto, aquel hombre la encontraba divertida y no ofensiva, lo que la enojaba todavía más.

—Por supuesto que no—contestó—. Sólo quería saber si podrías contactar con él en caso de necesitarlo.

—Claro.

—Claro—repitió Blossom mirándolo a los ojos.

—Muy bien—se despidió Zak mirándola a los ojos durante un momento eterno.

A continuación, salió de la casa y caminó hacia un precioso deportivo. Se trataba de un Aston Martin plateado muy elegante que refulgía bajo los rayos del sol.

Blossom se preguntó por qué no se había fijado en él antes. No quiso admitirse a sí misma que había sido porque sólo había tenido ojos para Zak.

Cerró la puerta.

No quería verlo irse.

Una vez dentro, se apoyó contra la puerta y se quedó escuchando. En silencio, oyó que se cerraba la puerta de un coche, que se ponía en marcha un potente motor y, a continuación, el ruido de los neumáticos sobre el asfalto.

Se iba.

Entonces, ¿por qué le latía el corazón a toda velocidad? Fue entonces cuando se dio cuenta de que estaba aguantando la respiración. Tras exhalar y tomar aire, Blossom se dijo que ya había terminado todo.

Se había ido.

Sí, se había ido y, sin duda, con la impresión de que la hermana melliza de Melissa era una trabajadora fría, distante y algo maleducada que carecía de vena romántica.

—Pues yo no soy así—dijo en voz alta.

Lo único que le contestó fue el ruido del reloj de pared que parecía mirarla con aire de reproche. Blossom le sacó la lengua, un gesto impropio de sus treinta y cuatro años, decidida a olvidarse de Zak Hamilton, pues le importaba muy poco lo que pensara de ella.

Ya tenía bastante con lo que tenía entre manos. Para empezar, el diablo de su sobrino se levantaría antes del amanecer y, cuando Harry se despertaba, el mundo no tenía más remedio que seguirlo.

Blossom echó los hombros hacia atrás, tomó aire profundamente y se dirigió al salón para recoger las tazas y los platos.

# Capítulo 2

Desgraciadamente, Blossom no se podía dormir y se vio inmersa en los recuerdos de aquel día, desde que la había llamado Greg.

El ir corriendo hasta allí, la cara de desesperación de su cuñado, la terrible jornada con sus sobrinos, los errores que había cometido con Harry y el saber que su hermana lo estaba pasando mal y que ella no podía hacer nada para ayudarla.

Al final, cuando ya no pudo evitarlo por más tiempo, dejó que Zak Hamilton entrara en su mente, lo que la llevó a estar veinte minutos recordando detalladamente la conversación que había mantenido con él, cada palabra, cada gesto y cada mirada.

Lo recordó todo una y otra vez, lo que la desveló todavía más.

Al final, se levantó de la cama y decidió darse un buen baño de espuma para relajarse, así que se desnudó, se miró en el espejo que su hermana tenía en el baño, se metió en el agua perfumada y suspiró agradecida.

Sólo a Melissa se le ocurría tener un espejo en un lugar en el que era imposible no verse. Claro que como ella tenía ese cuerpo tan maravilloso, heredado de su padre...

Blossom recordó entonces a sus padres y sonrió al pensar que había sido una suerte que hubieran conocido a Harry y a Simone antes de haberse matado en un accidente de coche. Menos mal que habían visto realizado el sueño de su hija Melissa.

Su hermana y ella habían tenido una infancia maravillosa y sus padres las habían seguido apoyando cuando se habían ido de casa, Melissa para casarse y ella para trabajar en Londres.

Blossom siempre había soñado con encontrar un hombre con el que tener una relación similar a la de sus padres, un amor que la condujera al matrimonio y a los hijos, por los que habría estado dispuesta a aparcar su carrera durante un breve período de tiempo.

Unos meses después del fallecimiento de sus padres, había aparecido Dean. Blossom intentó no pensar en él, pero ya era demasiado tarde. Había abierto la caja de Pandora.

Se habían conocido en un pase de modelos en el que él desfilaba. Blossom se había sentido atraída por sus rasgos latinos y su encanto natural y se habían casado a los dos meses, cuando las fotografías de Blossom ya habían comenzado a abrirle puertas. Blossom tenía contactos después de tantos años trabajando y no había dudado en utilizarlos para Dean, pues era su marido, su amor y habría hecho cualquier cosa por él.

Blossom recordó cuánto había deseado pasar las primeras Navidades con él y aquello la hizo apretar los dientes al recordar lo que había sucedido. Había llegado a casa el día de Nochebuena, a su

casa, pues cuando lo había conocido Dean compartía piso con un amigo que se llamaba Julian, y se había encontrado con que Dean no estaba, sus cosas habían desaparecido y había una nota en el marco de su fotografía de boda.

En ella le decía que se había ido de vacaciones al Caribe y que, cuando volviera a Inglaterra, no iba a volver a casa. También le decía que su matrimonio había sido un terrible error, que era mejor dejarlo cuanto antes y que esperaba que lo entendiera.

Llevaban casados siete meses.

Y aquello no había sido lo peor.

Cuando Blossom había ido al banco después de Navidades, se había enterado de que Dean había retirado hasta el último penique de la cuenta conjunta que tenían y en la que ella había ingresado lo que había heredado por la venta de la casa de sus padres.

Se lo había quitado todo.

Una semana después, una compañera de trabajo le había dicho que había oído que Dean se había ido al Caribe con alguien. Tras informarse, Blossom había descubierto que, efectivamente, la persona con la que se había ido se llamaba Juliette y era su compañera de piso, a la que nunca había dejado de ver. Así que Julian había resultado ser Juliette.

Había sido muy difícil asimilar todo aquello, pero Blossom no había tenido más remedio que admitir que Dean se había casado con ella por su dinero y por los contactos que tenía en el mundo de la moda y de la televisión.

Para entonces, la carrera de Dean había despegado y había crecido como la espuma, y seguro que Juliette y él lo habían celebrado en el Caribe y se habían reído de ella a gusto.

Lo había pasado muy mal.

Blossom se revolvió incómoda en el agua.

«Lo que no te mata te hace fuerte», pensó.

Aquello se lo había dicho Greg y tenía razón. Cuando había conseguido dejar atrás el dolor y la desesperación, se había dado cuenta de que se había convertido en una mujer más autónoma, y le encantaba.

No tenía intención de volver a confiar en ningún hombre. Su corazón no estaba en venta. No quería volver a sentirse la mujer más fea, menos atractiva y más inútil del mundo. Un hombre había hecho que se sintiera así y no pensaba darle la oportunidad a otro de hacerle lo mismo.

Blossom se puso en pie y se secó con una toalla mientras se preguntaba por qué demonios estaba pensando en Dean.

Zak Hamilton.

Su nombre acudió a su mente rápidamente y se dijo que no tenía

ninguna intención de dejar que aquel hombre entrara en su vida.

Aunque era cierto que la había puesto nerviosa. No sabía por qué, pero así había sido. Y no por su belleza ni por su riqueza, pues estaba acostumbrada a estar con hombres guapísimos y muchos de ellos tenían bastante dinero.

No, aquello no la intimidaba.

Entonces, ¿qué era lo que no le gustaba de Zak? ¿Su seguridad que era casi arrogancia? ¿Que fuera uno de los hombres más guapos que conocía y que tuviera un carisma que era pura dinamita? ¿La manera divertida de mirarla que la había hecho sentirse como un insecto al microscopio? ¿La manera en la que se comportaba y que dejaba ver que tenía una fortuna tan grande que estaba acostumbrado a que la gente hiciera lo que él quería?

Blossom dejó la toalla y se puso el pijama.

Mientras lo hacía, se dijo que, probablemente, estaba siendo muy injusta con él, pues no lo conocía de nada.

Lo cierto era que le daba igual.

Le caía mal y punto.

Blossom se miró al espejo y su reflejo la miró de manera inquisidora.

—No, no me cae bien—dijo en voz alta.

Un par de minutos después, estaba dormida.

Los siguientes días fueron difíciles, pero, para cuando Melissa volvió a casa, Blossom tenía la sensación de que había conseguido hacerse con el manejo de una casa y con el cuidado de cuatro niños con mucha energía.

Por supuesto, no se le había ocurrido hacer bizcochos porque sabía sus limitaciones, pero había conseguido hacerse con Harry, lo que era todo un logro. La casa estaba impecable, la colada y la plancha al día e incluso había encontrado tiempo para segar el césped y para regar las flores.

—Muchas gracias por todo, está todo precioso—le dijo su hermana cuando los niños se habían tranquilizado después de la algarabía que se había formado tras la llegada de su madre—. Me siento culpable por haber estado tantos días en la cama viendo la televisión y leyendo en esa habitación tan estupenda.

Cortesía del seguro médico de Greg.

—Ha sido un placer—contestó Blossom.

Era cierto que algunos momentos habían sido un verdadero placer. Por ejemplo, leerles un cuento a Rebecca y a Ella cuando las acababa de bañar, olían a colonia y estaban tumbaditas a su lado en la cama.

—¿Se han portado bien?—le preguntó Melissa mientras su prole

jugaba con Greg en el jardín.

—Fenomenal—mintió Blossom.

—Supongo que estarás deseando volver a tu casa, donde reina la paz y el silencio.

Blossom era consciente de que su hermana prefería estar rodeada de gritos infantiles y, para su sorpresa, debía admitirse a sí misma que iba a echar de menos a sus sobrinos porque, aunque era cierto que era muy cansado estar con ellos, estaban llenos de vida.

A diferencia de su madre. Blossom se había quedado muy preocupada al ver a Melissa, que estaba muy pálida y débil. Los médicos habían descubierto que, además de tener el apéndice destrozado, tenía anemia. Probablemente, por haber tenido dos partos de mellizos con una diferencia de veinte meses.

Por eso, Blossom decidió quedarse una semana más, para que su hermana pudiera descansar. Seguramente, durante aquel tiempo tendría oportunidad de hablar con ella y de hacerle entender que no tenía por qué ser una supermujer y que a sus hijos no les iba a pasar nada por comer de vez en cuando comida preparada o calentada en el microondas.

Al día siguiente, Blossom dejó que Melissa y Greg durmieran apaciblemente mientras ella se levantaba, daba de desayunar a los niños y los llevaba a la guardería. De vuelta a casa, se pasó por el supermercado y compró un montón de comida preparada sin el menor remordimiento.

Cuando llegó a casa, vio que junto a la monovolumen de Greg había otro coche.

El de Zak Hamilton.

Maldición.

Y ella con unos vaqueros viejísimos y un jersey que había lavado tantas veces que se había deformado. Menos mal que se había puesto algo de rímel en las pestañas y se había peinado. Estaba mejor que la última vez que se habían visto. No era que estuviera espectacular, pero algo mejor. Claro que tampoco le importaba un pimiento lo que Zak Hamilton pensara de ella.

¡Claro que no!

Blossom aparcó el coche y comenzó a sacar las bolsas del maletero mientras intentaba ignorar el millón de mariposas que revoloteaban frenéticas en la boca de su estómago.

—Hola otra vez.

Lo tenía detrás.

En aquel momento, se le enganchó una bolsa en algún saliente del maletero, se rompió y se cayó una lata de judías, que le golpeó en el

tobillo.

—¿Quieres que te ayude?—se ofreció Zak.

A Blossom le habría encantado contestar que no, pero ni siendo un pulpo habría tenido brazos suficientes como para poder con todas las bolsas de la compra, así que sonrió y asintió.

—Muchas gracias—contestó preguntándose si se habría roto el pie.

La bolsa se rompió del todo y su contenido cayó al suelo. Zak se apresuró a agacharse para recogerlo y, al hacerlo, Blossom percibió el delicioso y carísimo olor de su loción para después del afeitado.

—Creía que Melissa cocinaba todo—comentó mirándola con sus intensos ojos azules.

—Así es—contestó—, pero me voy a quedar unos días más, hasta que esté completamente recuperada.

—Ah—contestó Zak—. No sé si los niños querrán volver a la comida sana y natural una vez que hayan probado el pescado congelado y las patatas fritas de bolsa—sonrió—. ¿Tú qué crees?

—Esta comida no es mala y tiene muchos nutrientes—se defendió Blossom.

—Yo opino lo mismo, pero ya sabes que el amor de madre...

Se estaba riendo de ella otra vez, pero la diferencia era que, en esa ocasión, a Blossom le estaba costando mucho trabajo no reírse.

—No sé... yo no tengo hijos...—contestó agarrando un par de bolsas y dirigiéndose a la casa.

Melissa y Greg estaban en el salón tomándose un café y unos bollos. Blossom se paró en la puerta para saludar.

—Voy a dejar la compra—anunció dirigiéndose a la cocina.

—Creo que los he despertado—comentó Zak siguiéndola.

—Son más de las diez y media, así que no pasa nada, han dormido suficiente—contestó Blossom.

—El café lo ha hecho Greg—dijo Zak en tono misterioso.

Blossom se quedó mirándolo con las cejas enarcadas. Había algo que no le estaba diciendo.

—Lo hace muy flojo—dijo Zak.

—Ya—sonrió comprendiendo—. Ahora hago más, en cuanto haya colocado la compra.

—¿No quieres que te ayude?—Aunque lo tenía por lo menos a un metro de distancia, estaba incómoda. Por supuesto, sabía que Zak no iba a intentar a nada, pues era demasiado sofisticado.

—No, gracias—contestó Blossom—. Ahora mismo voy.

«Vete antes de que se me caigan más cosas. Déjame sola un momento para que pueda hacer unos cuantos ejercicios de respiración».

Pero Zak no entendió la indirecta, se cruzó de brazos y se quedó mirándola desde la puerta. Aquello era desconcertante. Blossom

siempre había tenido la sensación de que, cuando alguien la miraba, era para compararla con su guapísima hermana.

Al instante, se encontró preguntándose si habría sido ésa la razón por la que había elegido trabajar detrás de la cámara y se dijo que seguramente a Freud le habría encantado estudiar su mente.

En cuando hubo colocado la compra, algo que hizo tan rápidamente que luego no iba a ser capaz de encontrar nada, puso el agua a hervir.

—¿Nos vamos al salón?—le preguntó a Zak.

—Muy bien—contestó él sin moverse—. Mira, estaba pensando que ahora que Melissa ha vuelto a casa, seguro que Greg y ella querrán estar solos por la noche cuando los niños estén acostados y seguro que a ti también te viene bien salir un rato, así que, ¿qué te parece si salimos a cenar esta noche? Como amigos, por supuesto.

Blossom se quedó mirándolo fijamente, muy sorprendida.

—Pero si tú y yo no somos amigos—apuntó tajante—. Ni siquiera nos conocemos. Para mí, tú no eres más que el jefe de Greg.

Zak sonrió con frialdad.

—Soy muchas más cosas aparte de ser el jefe de Greg—le aclaró.

—Sí, perdona... me he expresado con cierta grosería, pero es que...

—No quieres salir conmigo, lo comprendo perfectamente, pero supongo que saldrás de vez en cuando con algún hombre, ¿no?

Definitivamente, le había molestado su comentario. Blossom supuso que Zak Hamilton no estaba acostumbrado a que una mujer rechazara salir con él.

—Comprendo que si no te parece que tu hermana esté completamente recuperada...

—No, no es eso.

¿Qué le pasaba a aquel hombre? Acababa de decir que sabía que no quería salir con él. Entonces, ¿por qué insistía? A lo mejor, la veía como un reto. No había sido la intención de Blossom hacerse la dura, pero estaba segura de que así era como la veía porque los hombres como Zak no eran tan altruistas como para hacer las cosas «por Greg y Melissa».

—¿Entonces?

Blossom decidió que era más fácil aceptar la invitación y salir a cenar con él aquella noche. No quería perjudicar a Greg. Ésa era la única razón por la que iban a aceptar.

—Estaba pensando en la cena de Blossom y de Greg—mintió—, pero supongo que se la podría dejar hecha antes de que me vinieras a buscar.

—Seguro que sí—sonrió Zak.

¿Aquella sonrisa había sido agradable o irónica? ¿Era una sonrisa tipo «cuánto me alegro de que hayas aceptado» o del tipo «ya sabía yo

que ibas a caer»? En cualquier caso, era una sonrisa que la estaba poniendo nerviosa.

—¿Te parece bien que venga a buscarte a las ocho?

—A las ocho y media mejor—contestó Blossom.

A ver si se iba a creer que iba a decir siempre él la última palabra.

—Muy bien, entonces a las ocho y media estaré aquí. Prometo no llegar ni un segundo antes.

La siguiente media hora se le hizo a Blossom una eternidad mientras los cuatro se tomaban el café y los bollos. Bueno, para ser exactos, Melissa y Greg no tocaron los bollos y Zak sólo se comió un par. El resto se los comió ella. Siempre le pasaba lo mismo. Cuando estaba nerviosa o disgustada, comía mucho, y en aquella ocasión estaba muy nerviosa.

Por una parte, por la presencia de Zak y, por otra, porque no quería que dijera delante de Melissa y de Greg que iban a salir a cenar aquella noche. Quería decírselo ella, explicarles tranquilamente por qué había aceptado salir con Zak cuando su hermana y su cuñado sabían perfectamente que no tenía intención de volver a salir con ningún hombre.

—Gracias por las flores—le dijo Melissa a Zak cuando éste anunció que se iba—. Y por el champán.

—Es para que Greg y tú celebréis tu vuelta—contestó Zak—. Lo podrías poner en una cubitera antes de que te venga a buscar esta noche—añadió mirando a Blossom.

—¿Esta noche?—se extrañó Melissa mirando a su hermana.

—Zak me ha invitado a cenar esta noche—le explicó Blossom mientras acompañaba a Zak a la puerta.

Una vez en el vestíbulo de salida, Zak se giró hacia ella.

—Me parece que no le acabo de caer bien a tu hermana—comentó.

—¿De verdad?—fingió Blossom, que tenía la misma sensación—. Imaginaciones tuyas. Hasta luego.

Zak se sacó del bolsillo unas gafas de sol, caminó hasta su coche y se deslizó en su lujoso interior sin mirar atrás. Una vez dentro, le dijo adiós a Blossom con la mano.

Blossom se quedó de pie en la puerta hasta un rato después de que el coche hubiera desaparecido. La cabeza le daba vueltas. Había accedido a salir aquella noche con Zak Hamilton.

Si alguien le hubiera dicho aquella misma mañana al despertase que algo así iba a suceder, le habría dicho que era imposible.

—A lo mejor me dices que me meta en mis asuntos, pero no me hace gracia que salgas con Zak—le dijo su hermana saliendo del salón —. No es para ti, Blossom.

Blossom cerró la puerta de la calle.

—No es lo que tú crees.

—Blossom, ese hombre es un soltero empedernido al que le gusta salir con una mujer cada día y no lo oculta. De hecho, según cuentan, se lo deja claro a todas para que ninguna se haga ilusiones. Por supuesto, aun así, muchas de ellas se enamoran por completo.

—Melissa, no es lo que tú crees.

—Tiene tanto encanto que es capaz de enamorar a los pájaros. Lo he visto en acción y Greg dice que en los negocios es muy duro... ¡Menuda combinación!

—Vamos a sentarnos un momento para que te lo explique—le dijo Blossom, tomando a su hermana del brazo y volviendo al sofá junto a Greg—. No es lo que tú crees.

—Greg cree que lo que me pasa es que Zak no me cae bien y no es eso—comentó Melissa antes de que a Blossom le diera tiempo de continuar—. Lo que ocurre es que los hombres como él utilizan a la gente normal y corriente. De momento, Greg le es de utilidad, pero yo ya le he dicho muchas veces que, en cuanto eso cambie, no dudará en deshacerse de él.

—Melissa, estoy completamente de acuerdo contigo—contestó Blossom—. Voy a salir a cenar con él esta noche, pero no es una cita, no es una cita en el sentido tradicional. Te aseguro que va a ser algo completamente platónico.

—Oh, Blossom, no seas tan ingenua.

—Te lo digo de verdad. Me ha dicho que quería que Greg y tú pudierais estar solos esta noche y que me sacaba a cenar como amigos.

—¿Y tú te lo has creído?

—Yo le he dejado muy claro que no salgo con hombres, que mi trabajo es lo único que me importa.

—Entonces, ¿por qué vas a salir con él esta noche?

—Ya te he dicho que es algo puramente platónico.

Melissa se rió.

—De verdad—insistió Blossom exasperada.

—Eso es lo que tú te crees, hermana, pero estás equivocada. Ese hombre es una máquina de sexo. No hace falta ser muy lista para darse cuenta. Aunque no quiera, hace que las mujeres se exciten con solo mirarlo.

—¡Melissa!—exclamó Greg sorprendido.

—No estoy diciendo que yo me sienta atraída por él—contestó Melissa apresuradamente—, sabes perfectamente que te quiero a ti y solamente a ti, pero eso no quiere decir que no tenga ojos en la cara para ver que tu jefe es... bueno...

—Lo que quiere decir Melissa es que a las mujeres que no tenemos compromiso nos parece increíblemente guapo—concluyó Blossom al ver que su hermana se había quedado sin palabras.

—¿Lo ves? Te gusta—apuntó Melissa en tono triunfal—. No me parece buena idea que salgas con él, no deberías hacerlo.

—Pero si llevas dos años diciéndome que debería volver a salir con hombres—apuntó Blossom.

—Y te lo sigo diciendo, deberías salir con hombres, pero con hombres que sean apropiados para ti, y Zak Hamilton... es el peor que se me podría ocurrir porque es demasiado... demasiado todo.

—Melissa, no tengo ninguna intención de volver a ver a Zak después de lo de esta noche, ¿de acuerdo? Te prometo que he aceptado simplemente para quitármelo de encima, no me apetecía discutir.

—Digas lo que digas, no me parece buena idea—insistió Melissa.

—De verdad, no me gusta.

—No quiero que te vuelvan a hacer daño—se lamentó Melissa—. Mira, es cierto que me encantaría que volvieras a salir con hombres porque sé que hay hombres guapísimos que también son hombres de familia, hombres fieles a su mujer, hombres buenos, sinceros y en los que se puede confiar, hombres como Greg.

El aludido se hinchó como un pavo.

Blossom no comentó que, aunque a Melissa su marido le pareciera perfecto, a ella la pondría nerviosa en diez minutos.

—Melissa, hemos hablado de esto muchas veces y pareces cansada—sonrió Blossom—. Tienes que descansar. Ve a echarte una siesta.

Greg se mostró preocupado al instante, tal y como Blossom esperaba, y entre los dos consiguieron persuadir a Melissa para que se fuera a acostar un rato. Mientras Greg la acompañaba a su dormitorio, Blossom recogió el salón y llevó el desayuno a la cocina, pero, en lugar de cargar el lavaplatos, se quedó mirando por la ventana.

Lo cierto era que la conversación que acababa de mantener con su hermana la había puesto nerviosa. Era una estupidez salir con Zak Hamilton, era como meter la cabeza en la boca de un cocodrilo con la esperanza de que no se la arrancara.

Blossom se dijo que no debía pensar en ello, que lo que tenía que hacer era ir a buscar a sus sobrinos a la guardería en cuanto hubiera terminado de recoger aquello y de hacer un par de cosas más en casa y, luego, preparar la comida para todo el mundo. Por la tarde, iba a llevar a los niños al parque acuático que había cerca de casa. Así, no tendría tiempo para pensar en la cita de aquella tarde y, cuando llegara el momento, se dejaría llevar y actuaría sobre la marcha.

Sí, estaba sacando las cosas de quicio. Zak Hamilton la había invitado a cenar y nada más. Probablemente, no volviera a verlo nunca.

—Seguro que no—se dijo en voz alta.

# Capítulo 3

—¿Qué te vas a poner?

Los niños habían cenado, les había leído un cuento y estaban dormidos. La pierna de cordero que había comprado aquella mañana estaba en el horno asándose y Greg había recibido instrucciones de cuándo tenía que meter las verduras de la guarnición.

Blossom se había duchado y se había lavado el pelo y estaba mirando su exiguo armario cuando entró su hermana.

—Creía que te estabas tomando una copa de vino con Greg— protestó Blossom.

—Sí, me estoy tomando una copa de vino con Greg y ahora mismo voy a bajar otra vez, pero quería saber qué te ibas a poner—insistió Melissa.

—No tengo mucho donde elegir—contestó Blossom.

Cuando Greg la había llamado para decirle que se habían llevado a Melissa al hospital, había metido en una bolsa de viaje lo primero que había visto.

—Me gusta ese vestido—dijo su hermana señalando un vestido de flores en tonos crema y caramelo—. Esos colores te quedan bien.

El vestido era precioso, pero Blossom no se había llevado nada con lo que ponérselo y, aunque estaban en julio, refrescaba por las noches.

—Espera un momento—le dijo Melissa cuando le leyó el pensamiento.

Volvió al cabo de un par de minutos con una chaqueta de cachemira en tono crema y un par de sandalias del mismo color.

—Me lo he comprado para ponérmelo con un vestido rosa para una boda que tengo el mes que viene—le dijo—. Si quieres, te dejo también la pulsera de diamantes y los pendientes que van a juego. Te quedarían estupendos.

—¿Y no te importa que me lo ponga cuando ni siquiera lo has estrenado?

—Claro que no, es lo mínimo que te mereces después de todo lo que estás haciendo por nosotros—le aseguró Melissa—. ¿Y sabes qué? Tengo un esmalte de uñas precioso que te iría fenomenal para los pies.

—Melissa, que no es una cita—le recordó Blossom nerviosa.

—Ya lo sé, pero para salir con un hombre como Zak tienes que estar perfecta. Ten en cuenta que está acostumbrado a salir con mujeres despampanantes.

Aquello no la ayudó en absoluto.

Blossom estaba lista a las ocho y veinticinco, se miró en el espejo y se dijo que había merecido la pena. El divorcio le había arrebatado su autoestima, la había dejado humillada y no había vuelto a querer salir desde entonces, lo que no era propio de ella, pues siempre había sido

una persona extrovertida y aventurera.

Tras volverse a mirar, se dijo que no estaba nada mal. De hecho, estaba bastante bien.

Bajó las escaleras con cuidado, pues las sandalias tenían un tacón altísimo, y se dirigió al salón, donde la esperaban Greg y Melissa.

—Estás sensacional—le dijo su hermana poniéndose en pie y tomándola de las manos—. ¿Verdad que sí, Greg?—añadió girándose hacia su marido.

—Estás preciosa, Blossom—le dijo su cuñado con afecto—. Le vas a dejar con la boca abierta.

—Ya sabes que dicen que aunque la mona se vista de seda...

—¿Cómo dices eso?—la interrumpió su melliza—. Estás fantástica. El problema es que nunca has querido ver lo que vales y lo que te ha pasado con Dean no te ha ayudado en absoluto. Tienes un pelo precioso, una piel maravillosa y unos ojos muy bonitos. Por favor, a ver si empiezas a creer un poco más en ti misma.

Blossom no tuvo que contestar porque en aquel momento llamaron al timbre. Al instante, sintió que el estómago le daba un vuelco.

—Me voy—anunció.

Cuando abrió la puerta, se dio cuenta de que Greg y Melissa la habían seguido como si fueran sus padres, unos padres que habían acudido a la puerta a inspeccionar al chico con el que salía su hija virgen.

Jamás se había sentido tan avergonzada.

—Hola—la saludó Zak saludando a todo el mundo—. ¿Estás lista? Tenemos mesa reservada a las nueve.

Blossom asintió.

No habló porque no podía. Zak llevaba una camisa rosa pálido y pantalones y corbata grises y estaba espectacular.

De repente, se dio cuenta de lo estúpida que había sido. ¿Por qué había creído que Zak Hamilton la había invitado a cenar por otra razón que no fuera darle oportunidad de descansar un poco a la cuñada de Greg? No era un desafío para él en absoluto. Aquel hombre no necesitaba desafíos.

Aquello debería haberla tranquilizado, pero le pareció completamente deprimente. En cualquier caso, se obligó a sonreír, se despidió de su hermana y de su cuñado como si todo fuera de maravilla y se dirigió al Aston Martin.

Una vez allí, Zak le abrió la puerta, esperó a que se sentara y se la cerró. Blossom pensó que aquel hombre tenía unos modales exquisitos y naturales, lo observó mientras rodeaba el vehículo y sintió que todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo respondían cuando se puso al volante y la miró.

—Cinturón de seguridad, por favor.

Blossom obedeció automáticamente.

Le gustaba.

Le gustaba mucho.

Qué gran alivio admitírselo por fin a sí misma. El alivio duró poco, lo que tardó Blossom en darse cuenta de que Zak era el hombre que menos le convenía en el mundo. Ya había pasado por la situación de enamorarse de un hombre guapo y carismático y la historia había terminado muy mal.

Por supuesto, Zak jamás se interesaría por su dinero. Bueno, para empezar, porque ya no le quedaba nada. Sus pensamientos se pararon en seco cuando Zak alargó el brazo hacia el asiento trasero y le colocó una cajita en el regazo.

—¿Qué es esto?—preguntó Blossom, mirándolo como si el regalo le fuera a morder.

—Ábrelo y lo verás.

Así que abrió la caja con manos temblorosas. En el interior, descubrió dos maravillosos capullos de rosas de color crema atados con un broche en forma de abeja de cristal y plata. Blossom se sonrojó y rezó para que lo que ella creía que era cristal fuera cristal y no un diamante. De haber sido así, no podría aceptarlo. Se encontró preguntándose si debía aceptarlo de todas formas.

—Cuando lo he visto, me he acordado de lo que me contaste de tu nombre y del de tu hermana—comentó Zak.

—Es precioso, exquisito, pero no puedo aceptarlo—contestó Blossom levantando la mirada hacia él.

—¿Por qué no? No es más que un ramillete de flores y un broche. Cuando las rosas se marchiten, te quedará el broche, que te recordará siempre que tu hermana se recuperó—contestó Zak quitándole hierro al asunto.

Dicho así, no había quién se negara a aceptarlo.

—Gracias—contestó Blossom.

Cuando Zak tomó el ramillete de sus manos y se lo puso en el vestido, se quedó helada. Lo tenía tan cerca que volvió a percibir su deliciosa loción para después del afeitado.

Cuando Zak se retiró, Blossom comenzó a respirar de nuevo. Entonces, Zak maniobró hacia la carretera. Una vez allí, Blossom tuvo la sensación de que llevaba el trasero a ras del asfalto, pues el descapotable era muy bajo, pero la experiencia le estaba resultando divertida.

Blossom se encontró fijándose en las manos de Zak, que reposaban sobre el volante. Se trataba de unas manos grandes, de dedos largos, eran unas manos muy capaces, unas manos que seguro que sabían siempre lo que hacían, ya fuera conducir aquella máquina o hacerle el amor a una mujer.

El amor…

Blossom se sorprendió a sí misma teniendo aquel pensamiento que hizo que se pusiera roja como la grana, al instante, giró la cabeza y se puso a mirar por la ventanilla. No debía volver a pensar cosas así. ¿Qué demonios le estaba sucediendo?

—Vamos a ir a un sitio que hay junto al río y que es precioso—comentó Zak—. Está un poco lejos, pero no conozco los restaurantes de esta zona, así que he preferido ir a lo seguro.

—Me parece bien—contestó Blossom—. Fue un gran detalle por tu parte venir hasta aquí para traerle flores y champán a Melissa—añadió.

—No tardo mucho en un coche como éste si no hay tráfico y, además, te aseguro que no hago el esfuerzo con todos mis empleados, pero Greg y yo somos más amigos que jefe y empleado y sé lo preocupado que estaba. Les has ayudado mucho.

—Es mi hermana y estoy dispuesta a hacer cualquier cosa por ella. Ya sabes, los lazos familiares y esas cosas.

—Bueno, yo soy hijo único y mis padres se divorciaron cuando tenía dos años, así que no te creas que sé mucho de eso.

—Ah, bueno, entonces… no me refería solamente a los lazos que hay entre los hermanos, sino a la familia en general.

—Tampoco tengo familia ya que, cuando mi madre se divorció, se fue a Texas con otro hombre y me llevó con ella, pero siempre me dejaban con el servicio, así que tampoco se puede decir que formáramos una familia—le explicó en tono neutral y sereno, sin resto de amargura.

—¿Y tu padre?

—Yo iba a Inglaterra varias veces al año para verlo porque era parte del acuerdo de divorcio que tenía con mi madre, pero yo creo que insistía en verme solamente para fastidiarla porque, siempre que iba, me mandaba a casa de mis abuelos o de mis tíos y tenía suerte si lo veía uno o dos días. Yo creo que, cada vez que me veía, le recordaba el gran error que había cometido casándose con mi madre. Siempre me sentí como el estadounidense raro que prefería desayunar tortitas en lugar de cereales y al que le gustaba más el béisbol que el fútbol.

Blossom se había preguntado en alguna ocasión de dónde procedía el acento que detectaba en él y ahora lo sabía.

—Tu acento no es del todo estadounidense.

—Probablemente porque, cuando murió mi madre, cuando yo tenía diez años, me mandaron a un internado a Inglaterra. Allí fui también a la universidad y, luego, me dediqué a viajar y a trabajar en diferentes lugares de Europa. Fue una época muy interesante.

—¿No quisiste trabajar para tu padre?

—Mi padre no quería que trabajara para él, más bien. Prefirió olvidar que tenía un hijo y yo lo acepté porque decidí que no me servía de nada luchar. No habría hecho más que desperdiciar tiempo y energía, y no me gusta desperdiciar nada—contestó Zak, aprovechando el semáforo en rojo para mirarla a los ojos.

Blossom se preguntó por qué le habría dejado su padre la empresa si no estaban unidos en absoluto, pero decidió no preguntar.

—¿Y ahora tienes contacto con alguien de tu familia?

—No—contestó Zak—. Los abuelos han muerto y los demás no me interesan—contestó encendiendo el equipo de música—. ¿Qué prefieres? ¿Blues, rock o jazz?

—Me gusta todo menos el heavy metal. Esto está bien.

Evidentemente, Zak había dado por terminada la conversación íntima y familiar. Aquella conversación había permitido que Blossom entendiera muchas cosas. Para empezar, que no quisiera tener relaciones largas con las mujeres, aquel estilo de vida independiente y solitario y el aire de desapego que mostraba y que lo hacía todavía más atractivo.

—Ahora te toca a ti.

Blossom dio un respingo. ¿Cómo decirle que no le apetecía hablar de sí misma? ¿Cómo le iba decir una cosa así? ¿Y si se enfadaba y la llevaba de vuelta a casa? Entonces, no tendría oportunidad de averiguar más cosas sobre él, y lo cierto era que sentía una profunda curiosidad por aquel hombre.

«La curiosidad mató al gato», se recordó a sí misma.

Era una locura interesarse por aquel hombre y lo sabía, pero no podía evitarlo. Nunca le había pasado algo así. Antes de conocer a Dean, había sido muy prudente con sus novios. Claro que con Dean la prudencia no había hecho acto de presencia por ningún lado. Se había enamorado por completo y no se había dado cuenta de que la había engañado hasta el final.

—¿Blossom? No creo que sea para tanto, ¿no?—bromeó Zak sacándola de sus recuerdos—. Puedes empezar por la infancia. ¿Tuviste una infancia feliz?

—Muy feliz—contestó Blossom rezando para que sus travesuras infantiles le dieran de sí hasta llegar al restaurante.

Mientras hablaba, intentó mantener la mirada fija en cualquier cosa que no fueran los muslos Zak, le habló de la universidad y de todo lo que hizo para que repararan en ella una vez convertida en fotógrafa.

Zak apenas intervino, la dejó hablar y bromear, y Blossom se encontró haciéndolo reír y pensando que su sentido del humor era muy parecido. En cierto momento, pensó que Zak no había comentado nada de su vida amorosa, así que ella tampoco tenía por qué hacerlo.

Era consciente de que era muy sensible a toda la historia de Dean. Aunque el dolor había desaparecido, la intensa sensación de humillación todavía la acompañaba.

Y así llegaron a un pub situado junto al río a las afueras de Londres donde el aire olía a flores. El restaurante estaba en la parte de atrás y era igual de bonito. Tenía ventanales abiertos a una pradera verde que iba hasta la orilla del agua y había varias parejas y familias a las mesas y también sobre la hierba.

Una relajante escena normal y corriente.

Muy inglesa, muy normal.

Blossom se sentía todo menos relajada.

Los habían sentado a una pequeña mesa para dos y hasta allí había llegado acompañada por Zak que, al salir del coche, le había puesto la mano en la cintura. Blossom todavía no se había repuesto y temía estar sonrojada de pies a cabeza, lo que no era propio de ella en absoluto.

—¿Les traigo algo de beber mientras miran la carta?—les preguntó una camarera muy sonriente que no debía de tener más de dieciocho años, pero que miraba a Zak muy interesada.

Él no parecía darse cuenta.

—¿Te parece que brindemos por tu hermana con una botella de champán? Seguro que ellos están haciendo lo mismo estos momentos.

—Me parece fenomenal—contestó Blossom aunque hubiera preferido una copa de vino.

En cuanto la camarera hubo desaparecido, Blossom se concentró en estudiar la carta. En cuanto la abrió y vio la cantidad de platos que había, comprendió que no estaba en un pub normal. Los precios tampoco eran normales.

A Blossom siempre le había encantado comer. De hecho, vivía para comer y no comía para vivir, como Melissa. Mientras miraba los platos, sintió que la boca se le hacía agua.

—Te recomiendo la ensalada de confit de pato con achicoria, chalotas y jamón ibérico—murmuró Zak cuando Blossom había leído la carta varias veces y no había sido capaz de decidir.

Blossom dejó la carta sobre la mesa y lo miró. El azul de sus ojos la sorprendió. ¿Cómo se sentiría una mujer despertándose por la mañana al lado de un hombre con aquellos ojos? Con Dean siempre se había sentido inadecuada y siempre había intentado despertase diez minutos antes que él para lavarse los dientes, ponerse rímel en las pestañas y peinarse un poco.

Ahora que lo pensaba, debería haberse dado cuenta de que algo no iba bien. Nunca se había sentido a la altura del modelo y había sido porque él la hacía sentir así. En aquella época, no se había dado cuenta. Se culpaba de todo.

—¿Pato?—repitió intentando recuperar la compostura—. Sí, me parece buena idea—sonrió de manera natural—. Suena todo tan bien que me he perdido, no sabía qué elegir.

Zak sonrió también, lo que lo hizo todavía más atractivo.

—En ese caso, me atrevo a aconsejarte que tomes un sorbete de uva y mango para pasar a las costillas de ternera con kumquats o puede que te apetezca probar los canelones de salmón ecológico. Las dos opciones son buenas.

—Prefiero la carne—contestó Blossom preguntándose con qué otras mujeres habría estado allí antes.

La camarera había vuelto y miraba a Zak con una inequívoca invitación en sus enormes ojos. Blossom se fijó en que, aunque era muy jovencita, aquella chica de pelo rizado y rubio tenía la autoestima muy alta.

Blossom pensó que Zak estaría acostumbrado a que mujeres de todas las edades quisieran salir con él y se preguntó qué podría hacer una mujer para retenerlo a su lado. Tendría que ser, por lo menos, Afrodita.

El champán resultó cautivador, nada que ver con el líquido con demasiadas burbujas y demasiado seco al que Blossom estaba acostumbrada. Aquél era un vino efervescente y suave que tenía toques de fresas y miel y la esencia de los días de verano. Ahora comprendía por qué algunas top models con las que trabajaba sólo bebían champán.

—Así que Melissa y tú perdisteis a vuestros padres hace cuatro años—comentó Zak—. ¿Tenéis más familia?

—Sí, tenemos tías, tíos y primos a los que vemos en bodas y funerales y en otras ocasiones especiales así, pero los padres de mi madre murieron hace tiempo y los de mi padre viven en Nueva Zelanda. Se fueran a vivir allí justo antes de que naciéramos Melissa y yo y solamente nos hemos visto unas cuantas veces en la vida, así que tampoco nos conocemos demasiado.

—Pero os tenéis la una a la otra.

—Exacto. Además, Melissa tiene a Greg y a sus hijos. Mi hermana es muy generosa al incluirme en sus planes familiares.

Zak asintió pensativo.

—¿Y tú nunca has pensado en seguir su ejemplo después de ver lo bien que le va a ella y hacer lo normal?

—¿Qué es lo normal?—se rió Blossom nerviosa.

—La mayor parte de las mujeres que conozco quiere encontrar una pareja con la que tener hijos y formar un hogar—contestó Zak—. Incluso las más entregadas a su carrera tienen un reloj biológico que, tarde o temprano, empieza a llamarlas. Lo sé por experiencia. He perdido a un par de secretarias buenísimas por eso—añadió

frunciendo el ceño.

—En el mundo de la moda, todo es diferente. Las modelos viven aterrorizadas por si engordan si se toman una chocolatina, así que como para ponerse a pensar en embarazos.

—Gracias por el consejo. La próxima vez que esté buscando secretaria buscaré entre las modelos, pero tú no eres modelo, sino fotógrafa, así que la pregunta sigue en pie—sonrió Zak.

—¿Qué pregunta?—contestó Blossom, intentando ganar tiempo.

Inútil.

Zak no se iba a dar por vencido.

—¿No te llama la atención ser madre?

Blossom se quedó mirándolo fijamente. Para ser sincera, debería contestar que, hasta que Dean la había abandonado, siempre había creído que formaría una familia algún día. Nunca había tenido prisa, pero tampoco se había imaginado sin tener hijos. Ahora...

—Digamos que, aunque me llamara la atención ser madre, estoy completamente centrada en mi trabajo—contestó.

No era asunto de Zak que últimamente le hubiera dado por mirar sillitas de niños pequeños y por entrar en las tiendas de ropa de bebé aunque no estuviera buscando regalos para sus sobrinos, tampoco era asunto suyo que le doliera el corazón ante ciertos anuncios en los que se veía a mujeres embarazadas o a madres con bebés en brazos.

No, eso era algo muy privado que no quería compartir con nadie.

—Veo que lo tienes muy claro—sonrió Zak—. Evidentemente, eres una mujer decidida a hacer lo que quiere, lo que me impresiona, Blossom.

Pues no parecía muy impresionado sino, más bien, entristecido. Él se lo había buscado. Había preguntado y ella había contestado. Si no le gustaban sus respuestas, peor para él.

—¿Así que nunca sales a divertirte, nunca sales con hombres, nunca te desmelenas? ¿Sólo trabajo, trabajo y más trabajo?

Si el champán no hubiera estado tan bueno, se lo habría tirado por la cabeza.

—Claro que me divierto—contestó Blossom—, pero para divertirme no necesito salir con un hombre. Para que lo sepas, las mujeres podemos divertirnos sin vosotros, aunque te cueste creerlo.

—*Touché*—sonrió Zak.

Blossom se encogió de hombros.

—Lo cierto es que no creo que mi celibato sea tan extraño en estos días. Prefiero eso a lo contrario. Conozco a muchas chicas que se despiertan sin saber con quién se han acostado por la noche.

—Te prometo que, cuando te lleve a la cama, a la mañana siguiente te acordarás absolutamente de todo en detalle. ¿Qué te parece?

—¿El confit de pato para quién es?

La camarera había vuelto con los primeros platos y miraba a Blossom con una mezcla de deleite y envidia. Evidentemente, había escuchado la conversación. Blossom tragó saliva. Cuando la chica se hubo ido, decidió que no merecía la pena tomarse el comentario de Zak en serio.

Él no pareció molesto ante la falta de respuesta por su parte.

—Esto está delicioso. Pruébalo. Te va a encantar.

Lo que a Blossom le habría encantado hubiera sido tirarle por encima a Zak todo lo que había sobre la mesa, pero la casa de su hermana estaba muy lejos, la comida tenía un aspecto realmente maravilloso y ella tenía mucha hambre.

Blossom lo observó mientras sacaba la botella de champán de la cubitera, rellenaba su copa hasta arriba y él sólo se servía medio dedo.

—Tengo que conducir—le dijo Zak.

«El perfecto ciudadano», pensó Blossom.

A continuación, agarró su tenedor y su cuchillo y comenzó a comer.

# Capítulo 4

La cena fue maravillosa y, cuando Zak sugirió que pidiera cerezamisú de postre, un delicioso pastel que era una mezcla entre una tarta selva negra y un tiramisú, Blossom no protestó aunque estaba llena.

Ya se pondría a régimen al día siguiente.

Zak se había comportado como un perfecto caballero, la conversación había sido entretenida y amena y su lenguaje corporal, fácil y natural. En algún momento entre el sorbete y las costillas de ternera, Blossom se había relajado y había comenzado a disfrutar de la velada.

Seguro que la había ayudado beberse varias copas de champán. Cuando se puso en pie tras haberse terminado el postre y antes del café, se dio cuenta de que se había emborrachado.

Ella se había tomado cuatro copas de champán y Zak sólo una. ¿Lo habría hecho adrede? Blossom caminó con toda la elegancia que pudo hasta el cuarto de baño de mujeres. Una vez allí, cerró la puerta y suspiró aliviada. Se miró al espejo y vio que tenía los ojos abiertos y brillantes y las mejillas sonrosadas.

Aquél era el rostro de una mujer que se lo estaba pasando bien. Era el rostro de una mujer que quería pasárselo todavía mejor. Aquella sonrisa la delataba, así que Blossom se apresuró a borrarla de su cara, se puso agua fría en las muñecas y se cepilló el pelo.

Se terminó el champán. Sólo café. Mucho café. Estaba completamente segura de que Zak iba a intentar algo al llevarla a casa y quería estar completamente sobria para negarse. Con un hombre como Zak Hamilton no se podía dudar ni vacilar un segundo. Si la veía dudar, estaría perdida.

Zak estaba arrellanado en su silla cuando Blossom volvió a la mesa, mirando a su alrededor. Lo observó desde la puerta. La gente lo miraba. Sobre todo, las mujeres. Lo miraban exactamente igual, con el mismo interés, con el que solían mirar a Dean cuando salían.

Blossom atravesó el salón y se sentó. A continuación, le hizo saber a Zak que necesitaba un café con urgencia.

—¿Con leche y azúcar?—le preguntó él.

—No, solo—contestó Blossom a pesar de que odiaba el café solo.

Pero se había pasado con el champán, así que se bebió media taza de golpe a pesar de que estaba bastante caliente.

—¿Te apetece una copa de brandy para acompañar el café?—le preguntó Zak.

—No, gracias—contestó Blossom, sintiendo de repente una intensa punzada de deseo en el bajovientre—. He bebido demasiado champán —confesó para que Zak tuviera muy claro que se había dado cuenta de

su táctica.

—Muy bien—sonrió Zak, comiéndose un bombón.

Así que allí estaba ella, siendo completamente sincera con aquel canalla mientras él parecía completamente relajado. Aquello no era justo. Claro que, ¿desde cuándo era justa la vida? Sólo en los cuentos de hadas. En la vida real, las Juliettes se llevaban al príncipe y fin del cuento.

—¿Te has encontrado en el baño con un monstruo o qué?—le preguntó Zak de repente.

—¿Cómo?—contestó Blossom.

—Desde que has vuelto, no paras de mirar a las mesas de al lado, como si estuvieras furiosa con ellos, y les estás poniendo nerviosos—bromeó Zak.

—Muy gracioso—sonrió Blossom percatándose de que era cierto que había una pelirroja que parecía cohibida ante su mirada.

¡Claro que ella no paraba de mirar a Zak!

Zak alargó el brazo y tomó la mano de Blossom entre las suyas.

—Así está mejor. Dejémosles que disfruten de su cena.

Le estaba acariciando la mano. Blossom intentó ignorar las sensaciones que aquello le producía mientras intentaba dilucidar cómo apartar la mano sin resultar grosera.

—Lo que pasa es que no me había dado cuenta de la cantidad de champán que he tomado y la verdad es que me encuentro un poco mareada.

—No te preocupes, estás en buenas manos—la tranquilizó Zak.

¡Ja!

—Tienes, la piel como la seda—murmuró a continuación—. Y el pelo, también. Tu pelo es suave y huele bien. Me encantaría perderme entre tus cabellos, acariciarlos y abrazarte—añadió soltándole la mano y echándose hacia atrás de repente—. Dios mío, eso ha sonado como el guión de una mala película. Normalmente, no digo tantas tonterías.

Blossom rezó para que Zak no se diera cuenta de lo mucho que la habían afectado sus palabras, que la habían dejado como un conejo hechizado ante los faros encendidos de un coche.

—No creo que haya sido por el champán porque sólo te has tomado una copa—comentó obligándose a sonreír—. A lo mejor es que estás perdiendo tu habilidad para seducir.

—¿Me estás retando?

¿Lo estaba retando?

—Claro que no—contestó Blossom, diciéndose a sí misma que debía tener cuidado.

—Qué pena—sonrió Zak, haciendo que a Blossom se le acelerara el corazón—. Siempre me han encantado los retos.

—Pues no ha sido un reto—afirmó.

—Muy bien, muy bien, ya me he enterado.

Entonces, ¿por qué parecía tan contento? Blossom se terminó la taza de café y se dispuso a servirse otra. Zak se le adelantó. Cuando sus manos se encontraron sobre la cafetera, Blossom sintió que todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo daban un respingo.

Aquello era ridículo. Tenía treinta y cuatro años y había estado casada, así que sabía todo lo que había que saber sobre el sexo, la excitación y todo eso. ¿Cómo era posible que viera fuegos artificiales de colores ante el menor roce de su mano? Aquello nunca le había sucedido con Dean, del que había estado completamente enamorada.

Blossom estaba muy desconcertada.

—Gracias—le dijo cuando Zak le hubo llenado la taza.

A continuación, se bebió el café como si fuera agua. Jamás se había sentido tan perdida. Sólo pensar en que iba a tener que volver a casa con Zak, sentía que temblaba de pies a cabeza. Cuando Zak hubo pagado la cuenta y le hubo dejado una generosa propina a la camarera, a juzgar por cómo le dio las gracias la chica, se dirigieron al coche.

En aquella ocasión, Zak no la agarró de la cintura y Blossom echó de menos el contacto, lo que la hizo darse cuenta de que estaba jugando con fuego.

No hablaron demasiado mientras volvían a casa. Zak parecía algo preocupado, lo que hizo que Blossom pensara que estaba deseando deshacerse de ella. Sí, era obvio que había cumplido con su deber, la había invitado a cenar para hacerle una especie de favor a Greg y ahora estaba ansioso por volver a su vida normal.

Cuando llegaron a casa de Melissa, Blossom se dio cuenta de que no había bebido suficiente café. Lo supo porque se estaba lamentando de perderse la experiencia de besar a Zak.

La casa estaba a oscuras.

—Parece que están todos durmiendo—comentó Blossom, dispuesta a darle las gracias y a despedirse rápida y brevemente.

—Me lo he pasado muy bien—contestó Zak colocando un brazo por encima del asiento de Blossom—. Muy bien.

Blossom sintió que el mundo se detenía de repente. Le habría gustado decir algo, pero no se le ocurrió nada, así que se limitó a observar aquella boca se acercaba poco a poco.

El beso fue suave al principio, una caricia cálida en los labios, increíblemente dulce. Blossom cerró los ojos y disfrutó de las sensaciones de aquella boca y de aquel cuerpo, que emanaban calor y la hacían temblar.

En algún momento, el beso se había hecho más apasionado. Blossom tenía ahora los labios abiertos, Zak había accedido a su boca y Blossom sentía un deseo tan potente que no sabía cómo reaccionar.

Era como una descarga eléctrica que la recorría de pies a cabeza mientras la oscuridad exterior confería al interior del coche la apariencia de una burbuja de sabores y caricias tremendamente erótica.

Peligrosa también.

Blossom sabía que Zak iba a besar bien, pero no contaba con sentir aquella primitiva pasión, aquel deseo sexual tan fuerte. No podía controlar su cuerpo. Estaba fascinada.

—Qué guapa eres...—murmuró Zak—. También eres potente, como el vino. Si no estuviéramos en el coche aparcados justo enfrente de la casa de tu hermana...

Aquellas palabras rompieron el hechizo, Blossom abrió los ojos al darse cuenta de lo que estaba haciendo y se quedó mirando a Zak, a quien le brillaban los ojos en la oscuridad.

Se quedó mirándolo un segundo y se apresuró a apartarse.

—Me tengo que ir—anunció—. No puedo seguir adelante. Lo siento, pero no puedo.

—¿No puedes hacer qué?—murmuró Zak.

—Esto—contestó Blossom buscando desesperadamente el dispositivo para abrir la puerta—. No quiero hacerlo.

—¿No quieres darme un beso de buenas noches?—le preguntó Zak arrellanándose en su asiento.

Blossom no contestó. No pudo porque había conseguido abrir la puerta por fin y había estado apunto de caerse del coche. Zak se apresuró a bajar del vehículo para ir a ayudarla.

—¿Qué te pasa?—le preguntó, agarrándola de la mano cuando vio que Blossom quería salir corriendo—. No te iba a hacer nada, te lo aseguro. Estabas perfectamente a salvo.

No de sí misma. Blossom tomó aire varias veces e intentó recuperar la compostura.

—Lo siento—se disculpó con toda la tranquilidad de la que fue capaz—, pero no quiero iniciar una relación con nadie. Quiero decir que no quiero... no quiero besarte, no quiero besarte ni a ti ni a nadie. Creo que te lo había dejado muy claro.

—Está bien, está bien, tranquilízate.

La estaba mirando como si se hubiera vuelto loca y, a lo mejor, eso era lo que le había sucedido. De repente, estaba besándolo tan contenta y, en un abrir y cerrar de ojos, se ponía en plan virgen ultrajada.

—¿Te ha ocurrido algo? ¿Te han hecho algo en otra ocasión? ¿Te doy miedo?

Blossom negó con la cabeza. Aquello era humillante.

—Pero has hablado con miedo—insistió Zak—. No lo niegues.

Sí, claro que tenía miedo, pero de sí misma, de su debilidad.

Durante los dos últimos años, no le había costado nada rechazar a los hombres que habían querido algo con ella, pero con Zak todo era diferente y no entendía por qué.

Cuando estaba con él, no podía controlar sus reacciones y aquello hacía que se muriera de miedo. Ya se había sentido en una ocasión como una marioneta en manos de un hombre y no quería volver a sentirse así.

—No quiero complicarme la vida—declaró.

—Sólo ha sido un beso de buenas noches, sólo eso—repitió Zak.

A lo mejor para él, no había sido más que eso, pero para Blossom había sido mucho más. Había sido el renacimiento de su lado femenino, un lado que quería vivir en pareja y no encontrarse todos los días en una cama solitaria.

Blossom sabía que no estaba hecha para tener aventuras casuales. Sabía que hay mujeres que pueden compartir sus cuerpos sin entregar el corazón, pero ella no era así y, como no tenía ninguna intención de entregar su corazón de nuevo, tenía que controlarse.

—Lo siento, Zak—se disculpó—. Me lo he pasado muy bien, pero me tengo que ir.

—¿Quieres decir que no quieres repetir?—le preguntó con frialdad.

—Ya te había dicho antes de que saliéramos esta noche que...

—Que no sales con hombres, sí, ya lo sé—se lamentó Zak, pasándose los dedos por el pelo—, pero podrías hacer una excepción. Acabas de decir que te lo has pasado bien y yo también. Me encantaría que nos volviéramos a ver. No es un delito, ¿no?

Blossom no contestó. No tenía nada que decir.

—El trabajo no lo es todo en la vida, Blossom—recapacitó Zak—. Algún día, cuando otras fotógrafas ocupen tu lugar, te darás cuenta de que te has quedado sola con tu gato y entonces será demasiado tarde.

—Nunca me han gustado los gatos—contestó Blossom—. Adiós, Zak.

—Me parece que no me lo estás contando todo.

Blossom lo miró fijamente. Cualquier otro hombre se habría dado por vencido después de una contestación así. ¿Qué le ocurría a aquél?

—No sé a qué te refieres—mintió Blossom.

—Yo creo que lo sabes perfectamente—insistió Zak acercándose—. Las cosas no encajan, Blossom White. Hay ciertos detalles en ti que no encajan con la imagen que quieres proyectar. No eres tan dura como te gustaría hacernos creer.

—Sí, sí lo soy—contestó Blossom mirándolo fijamente.

—No, no lo eres—insistió Zak negando con la cabeza—. Vivo en el mundo de los tiburones de dos piernas, personas dispuestas a vender a su madre para subir en la escala profesional. Los reconozco en cuanto los veo y tú no eres así.

—No me conoces de nada. Me has visto un par de veces en la vida y nada más—le espetó Blossom.

—Da igual—contestó Zak cruzándose de brazos—. Dices que eres dura y que lo único que te interesa es tu trabajo y ser la mejor, dices que no quieres tener pareja ni hijos.

—Exactamente.

—¿Acaso no sabes que hay millones de mujeres que hacen las dos cosas a la vez?

«No tendría que haber salido a cenar con él».

—Sí, sé que existen. De hecho, he visto alguna de ellas intentando desesperadamente compaginar sus compromisos profesionales con sus hijos enfermos y con un marido que cree que no debería ayudar en absoluto en el hogar. Esas mujeres lo único que consiguen es volverse locas porque intentan ser supermujeres—contestó Blossom diciéndose que lo más fácil sería hacerle creer todo aquello.

—Y me lo dices con una actitud fría y distante, pero no te creo—comentó Zak—. ¿Por qué crees que no te creo?

—No tengo ni idea.

—Claro que lo sabes—sonrió Zak—. Me encantaría poder leerte la mente.

Dicho aquello, la besó. Blossom no se lo esperaba. De repente, se encontró entre sus brazos, con sus pechos apretados contra su torso, con aquella boca que la intoxicaba y la hipnotizaba de pies a cabeza.

Blossom sentía que el corazón le latía aceleradamente. Era consciente de que debería apartarse, pero no podía porque le encantaba que la besara, le encantaba encontrarse cautiva entre sus brazos.

Y, entonces, de repente, Zak la apartó. Blossom lo miró con el corazón latiéndole aceleradamente y las mejillas sonrojadas.

—No te creo—repitió Zak girándose y yéndose hacia el coche.

Blossom se giró hacia la puerta, revolvió en su bolso en busca de las llaves, abrió la puerta cuando las hubo encontrado y se apresuró a cerrarla. Una vez dentro, se apoyó en ella y notó que le temblaban las piernas. Desde allí, oyó que Zak ponía el coche en marcha y se alejaba.

Blossom se quedó unos minutos disfrutando del silencio de la casa, como si acabara de escapar de un desastre de proporciones catastróficas.

Cuando se hubo calmado, se dijo que aquello le tenía que servir de lección. No debía jugar con fuego.

Subió a su dormitorio con la cabeza dándole vueltas. Una vez en la cama, no pudo conciliar el sueño a pesar de que estaba muy cansada, no podía dejar de pensar en Zak, en aquel hombre tan molesto e irritante.

Se tumbó bocabajo y se puso almohada sobre la cabeza.
Y también extraordinario.

# Capítulo 5

—¿Qué tal anoche?—le preguntó Melissa a la mañana siguiente nada más decirle que había mandado a Greg y a los niños al parque para que pudieran hablar tranquilas.

—Depende de cómo lo mires—contestó Blossom.

—Oh, no. Lo sabía. Te ha encandilado, ¿verdad?

—No. Sí. O sea... la cena fue estupenda, Zak se portó estupendamente y me dijo que quería volver a verme... yo le dije que no y nos despedimos... de malas maneras.

—¿De malas maneras?—le preguntó Melissa metiendo dos rebanadas de pan en el tostador—. ¿Os peleasteis?

—No, pero fue bastante vergonzoso. Por lo menos, para mí.

—No entiendo nada.

—Es una historia muy larga.

—Tenemos un par de horas—contestó Melissa sirviéndole las tostadas recién hechas con mermelada casera—. Desayuna, que tienes muy mal aspecto, y luego hablamos.

Blossom hubiera preferido que su hermana no fuera tan sincera, pues sabía que había dormido apenas tres horas y que tenía que tener muy mal aspecto. En cualquier caso, en cuanto se terminó la última tostada, su hermana le retiró el plato y se sentó frente a ella.

—Muy bien. Cuéntamelo todo.

Y así lo hizo Blossom, le contó hasta sus pensamientos y emociones. Cuando terminó, se quedaron mirando en silencio.

—Oh, Blossom—se lamentó Melissa a continuación.

—Debes de estar pensando que estoy rematadamente loca.

—Claro que no—contestó Melissa—. Es simplemente que me gustaría que fuera alguien más... más no sé... más normal porque Zak Hamilton de normal no tiene nada.

—No, desde luego que no.

—Aunque tuvieras intención de volver a quedar con él, que ya sé que no, no saldría bien, ¿te das cuenta?

—Claro.

—No te estoy ayudando nada, ¿verdad?—le preguntó Melissa con tristeza.

—No, nada—contestó Blossom.

—Me siento culpable. No lo habrías conocido si no hubiera s venido a ayudarnos. Todo esto es culpa mía.

—No digas tonterías—la tranquilizó Blossom—. Tarde o temprano, tenía que conocer a un hombre que me...

—¿Zarandeara?—la ayudó Melissa cuando vio que Blossom no encontraba la palabra adecuada.

Blossom asintió.

—Y está bien así. Ahora estoy más segura que nunca de que no quiero mantener una relación con nadie. Prefiero seguir soltera.

—No digas eso—se lamentó Melissa.

Blossom sonrió, pues era consciente de que lo que su hermana más ansiaba era convertirse en tía.

—No necesito compartir mi vida con un hombre para ser feliz. Soy feliz—le aseguró a su melliza—. Os quiero pedir un favor a Greg y a ti —añadió—. Es muy importante para mí.

—¿De qué se trata?

—No quiero que le habléis a Zak de Dean, no quiero que sepa que... he estado casada ni... lo que pasó. No creo que pregunte, pero por si acaso. Prefiero que piense que estoy dedicada en cuerpo y alma a mi trabajo... que también es cierto.

—¿Y si a Greg se le escapa algo? Ya sabes cómo es.

—Pues asegúrate de que no se le escape nada—contestó Blossom—. Te lo digo en serio, Melissa. Recuérdaselo todos los días antes de que se vaya a trabajar si es necesario. No es tonto.

Melissa asintió de manera poco convincente.

—Y, si Zak le pide mi número de teléfono o algo así, que se invente algo. Mejor, que le diga que le he hecho prometer que no se lo iba a dar.

—Muy bien—suspiró Melissa—. Odio a Dean—declaró con vehemencia mirando a su hermana a los ojos—. Nunca me cayó bien, ya lo sabes, pero ahora lo odio.

—No malgastes tus energías. No se lo merece—contestó Blossom.

Y, por primera vez desde que se había divorciado, se dio cuenta de que realmente lo decía en serio.

Dean era historia.

Blossom volvió a su piso de Londres cinco días después. Durante aquel tiempo, no había vuelto a saber de Zak Hamilton, que era lo que había querido. O, al menos, eso se repetía a sí misma una y otra vez.

Aunque ella no había tenido nada que ver en la ruptura de su matrimonio, tenía muy claro que estaba mejor sola que mal acompañada.

La vida le iba bien, era una fotógrafa muy reconocida, ganaba mucho dinero, era joven y estaba sana y contenta consigo misma. Además, no tenía que darle explicaciones a nadie, hacía lo que quería y cuando quería, aceptaba los trabajos que le apetecía y rechazaba los que no les gustaban, viajaba o se quedaba en casa, se levantaba al amanecer o se quedaba todo el fin de semana holgazaneando en la cama.

La lista era interminable y positiva.

Estuvo una semana recordando aquella lista todos los días cuando se levantaba. Al cabo de aquel tiempo, apenas tenía que revisarla y, al cabo de un mes, había vuelto a ser ella misma.

Casi.

Aunque durante el día lo tenía todo controlado, por las noches sus sueños estaban llenos de sombras grandes y oscuras y de sensaciones que preferiría no recordar. Tenía la sensación de que buscaba algo que no encontraba. Fuera lo que fuese, estaba decidida a controlar también las horas nocturnas.

Era sólo cuestión de tiempo. Cuando Dean la había traicionado, había creído morirse, pero el tiempo lo había curado todo.

A mediados de agosto, el país estaba sumido en una ola de calor y la gente aprovechaba la hora de comer y las noches para ir a los parques londinenses. Hacía cinco semanas que Blossom había vuelto a la capital y llevaba desde entonces trabajando como un castor, fines de semana incluidos.

Se decía que era porque tenía muchísimo trabajo y, además, porque le gustaba lo que hacía, pero lo cierto era que estaba intentando llenar las horas y los minutos para no tener un solo segundo para pensar.

Aquel viernes por la noche, mientras caminaba desde el metro hasta su casa, pensó que estaba cansada y que estaba encantada de tener, por fin, un fin de semana libre porque sólo iba a comer y a dormir.

—Hola, Blossom—dijo una voz masculina.

Nada más oír aquella voz inconfundible, Blossom se giró. Era Zak. Estaba apoyado en la pared de una casa y Blossom se dio cuenta de que acababa de pasar a su lado sin verlo.

—Hola—contestó.

—Me ha costado mucho encontrarte—comentó Zak—. Greg no me quería dar tu número de teléfono y no estás en la guía de teléfonos. Claro, que todo eso tú ya lo sabes.

Blossom se quedó mirándolo fijamente. Se había borrado de la guía cuando se había divorciado de Dean y había vuelto a utilizar su apellido de soltera. Entonces, no quería que sus amigos ni sus compañeros de trabajo la llamaran, así que había decidido que no quería seguir figurando.

—Le dije que no te lo diera.

—Ya lo sé. Ha demostrado ser un cuñado muy fiel—sonrió Zak.

Blossom se fijó en lo bien vestido que iba y en lo guapo que estaba y tragó saliva.

—¿Por qué has venido a buscarme, Zak?

—Lo sabes perfectamente.

—¿Ah, sí?—insistió Blossom rezando para sonar fría y distante,

pero sintiendo que se estaba sonrojando.

—Claro que sí—contestó Zak en tono divertido—. Tenemos un asunto sin terminar entre manos. Creo que sería una buena manera de describir la situación, ¿no te parece?

—No, yo creo que todo quedó bastante cerrado.

—Desde luego, cuando te lo propones, puedes resultar desalentadora. ¿Te sale de manera natural o esa mirada tan desagradable la practicas todos los días delante del espejo?

—No digas tonterías—contestó Blossom sintiendo que un delicioso escalofrío le recorría la columna vertebral.

Claro que hubiera preferido morir antes que admitirlo.

—Me haces sentirme como un tonto, haces que me apetezca decir cosas atrevidas y desconcertantes para ver si puedo atravesar esa máscara de seguridad que le muestras al mundo.

—Yo no tengo ninguna máscara—se sorprendió Blossom.

—¿Cómo que no? Una máscara de acero. Me habría gustado mucho conocerte hace cinco años, antes de que te la pusieras, me habría encantado conocer a la mujer que eras entonces.

Blossom tardó unos segundos en darse cuenta de lo que significaban aquellas palabras.

—¿Cómo te has enterado?

Sabía lo de Dean.

—Desde luego, te aseguro que no ha sido ni por tu hermana ni por Greg. Lo que pasa es que el mundo es muy pequeño y con dinero y decisión se puede conseguir casi cualquier cosa. Yo tengo dinero y decisión y no dudo en utilizarlos cuando es necesario.

—Bueno, pues ahora ya lo sabes—contestó Blossom, sintiéndose cada vez más pequeña—. Que lo sepas no cambia nada, no supone ninguna diferencia.

—¿Cómo que no? Ahora entiendo por qué te mostrabas como si fueras dos personas diferentes.

Blossom dio un paso atrás.

—Nunca te he mentido. Mi trabajo es muy importante para mí.

—Digamos que no me contaste toda la verdad.

—No tenía ninguna obligación de contarte nada—le espetó Blossom muy enfadada.

—Es cierto—contestó Zak, agarrándola de las manos para que no se fuera.

—Suéltame—dijo Blossom—. Suéltame ahora mismo.

—Sólo si me prometes que hablarás conmigo.

A pesar de su exigencia, la soltó rápidamente, momento que Blossom aprovechó para tomar aire varias veces.

—No creo que tengamos nada más que decirnos—le dijo fingiendo aplomo.

—Te equivocas, tenemos mucho que decirnos.

Blossom comprendió que no se iba a ir.

—Me sacas de quicio—se lamentó débilmente.

—Ya lo sé—contestó Zak como si le hubiera hecho un cumplido.

—¿Quieres que nos tomemos un café?—le preguntó Blossom decidiendo que era mejor acabar con aquello cuanto antes.

—Encantado.

Blossom se giró, subió los dos escalones que llevaban a la puerta de su casa, metió la llave en la cerradura y la abrió. A continuación, entró sin molestarse en ver si Zak la seguía. Frente a ella, tenía la escalera comunal, pero vivía en el bajo.

—Pasa—le indicó, abriendo la puerta de su apartamento.

—Me gusta tu casa. El edificio es muy tranquilo y el piso es precioso—comentó Zak.

—Gracias—contestó Blossom secretamente encantada—. Voy a preparar el café. ¿O prefieres un refresco frío o una copa de vino?

Zak se encogió de hombros.

—Lo que tú vayas a tomar.

A Blossom le costaba creer que Zak estuviera en su casa. Por primera vez en cinco semanas se sentía viva de nuevo. Al darse cuenta de aquello, una voz de alarma se despertó en su cabeza y le dijo «Este hombre es peligroso. No lo olvides».

—¿Una copa de vino blanco? Tengo una botella fría en la nevera—le dijo.

—Fenomenal. ¿Te importa que abra las puertas del jardín? Me apetece salir.

—Estás en tu casa.

Blossom se escapó a la diminuta cocina y abrió la botella de vino con manos temblorosas. No era un vino especialmente bueno. Seguro que Zak estaba acostumbrado a tomar los mejores del mundo, pero era lo que había, así que ya le podía gustar.

Por lo visto, le gustó. Cuando Blossom volvió al salón, le encontró sentado en una silla en el jardín, con un tobillo descansando sobre la rodilla contraria, la cabeza echada hacia atrás y disfrutando de los últimos rayos del sol del día. Después de darle el vaso de vino, él tomó un gran sorbo. También le había llevado un cuenco con cacahuetes y otro con aceitunas.

—Zak, no quiero parecer maleducada, pero supongo que ya te habrás dado cuenta de que soy una causa perdida—comentó sonriendo.

Había decidido en la cocina que lo mejor era mostrarse informal, divertida y despreocupada.

Zak no contestó a su pregunta.

—¿Qué haces para relajarte, Blossom?—le preguntó sin embargo.

—¿Relajarme?—contestó Blossom sorprendida.
—¿No te relajas nunca?—le preguntó Zak en tono sarcástico.
—Claro que sí. A menudo—contestó Blossom probando el vino.
—¿Cuándo?—quiso saber Zak mirándola con sus intensos ojos azules.
—¿Cómo?
Estaba confusa y se le notaba.
—Te he preguntado que cuándo te relajas—repitió Zak con una paciencia que a Blossom se le antojó insultante.
—Por las noches y los fines de semana...—contestó Blossom dando un gran trago al vino en busca de fortaleza—. Como todo el mundo, supongo. Soy una persona muy normal.
—¿Y qué haces para relajarte?
Ya estaba harta de aquel interrogatorio.
—Pues hago caída libre, escalada, descenso de barrancos, judo y espeleología submarina—improvisó—. Ah, y también hago yoga, alfarería, pintura y ganchillo.
—No te imagino haciendo ganchillo, lo siento mucho. Lo de caída libre y escalada todavía...
Blossom no pudo evitar sonreír.
—¿Pues qué voy a hacer para relajarme? ¿Tú qué crees? Leo, voy al cine, al teatro, al gimnasio...
—¿Tú sola?—la interrumpió Zak—. ¿Vas sola al teatro y al cine?
—Me encuentro muy bien conmigo misma y eso no tiene nada de malo—contestó Blossom.
Zak enarcó una ceja.
—Hablas como una mujer de noventa años.
—Tengo muchas amigas y suelo salir con ellas—se defendió Blossom.
—Muy bien.
Blossom se estaba enfadando por momentos.
—Me gusta la vida que llevo y me gusta estar sola.
—Eso ya lo has dicho.
—Lo repito para que te quede claro.
—Me parece que insistes demasiado—se burló Zak—. Melissa está preocupada por ti. ¿Lo sabes?
Blossom dio un respingo ante aquel comentario.
—No creo que mi hermana te haya hablado de sus preocupaciones precisamente a ti—le espetó.
—Tienes razón. Fue Greg. Se le escapó.
—Ah, bueno, eso es diferente. Mi cuñado es un as de la electrónica, pero todo lo demás no queda registrado en su cerebro. Mi hermana prácticamente le tiene que atar los cordones de los zapatos.
—Precisamente por eso. Si Greg se ha percatado, será porque tu

hermana debe de estar realmente preocupada por ti, ¿no te parece?

Aquel hombre tenía respuesta para todo. Blossom se quedó mirándolo fijamente. Zak se echó hacia delante y le acarició la mejilla.

—Yo opino lo mismo que tu hermana. Tienes que volver al mundo real. Nadie puede vivir en una burbuja, Blossom. Yo lo intenté durante un tiempo, así que sé lo que digo.

«No, por favor, no me hagas esto. No te pongas tierno y cariñoso», se lamentó Blossom en silencio.

Podía con el Zak sarcástico y difícil, pero no con aquel otro, así que decidió ponerse a la defensiva.

—¿Y no me digas que tú eres el hombre que me puede ayudar a volver al mundo?

Zak se quedó en silencio y dejó de acariciarle el rostro.

—Supongo que me ves como un hombre egocéntrico, que se cree muy importante y al que le gusta salir con muchas mujeres, lo que demuestra que no tengo ética ninguna—recapacitó.

Blossom no supo qué contestar. No había sido su intención herirlo, pero lo cierto era que no se fiaba de él.

—Debo demostrarte que estás equivocada—recapacitó Zak en voz alta.

Blossom dio un respingo, pues no era aquello lo que esperaba.

—No niego que he salido con muchas mujeres, pero no con tantas como cuenta la gente. Si hubiera salido con tantas, te aseguro que estaría consumido—le dijo mirándola a los ojos.

—Esto no tiene ninguna gracia, Zak.

—Claro que no—contestó Zak poniéndose en pie.

Blossom creyó que se iba a ir, pero Zak se giró, la tomó entre sus brazos y la besó. Blossom se dijo que debería resistirse, que sería una locura no hacerlo, pero no pudo.

¿Tal vez porque era maravilloso volver a sentirse mujer?

Zak llevaba una camisa informal abierta al cuello y que le marcaba los hombros musculosos y el torso. Además, olía a colonia de limón y Blossom se sentía sumergida en aquel aroma, sintiendo la imperiosa necesidad de apretarse contra él, de deslizar las manos bajo la camisa y de acariciarlo...

«Un momento, un momento».

Zak debió de percibir su cambió porque dejó de besarla y la miró a los ojos.

—No me vengas ahora con que esto no te ha afectado porque sé que no es cierto—le advirtió—. Basta con que nos toquemos para que los dos sintamos la increíble atracción que hay entre nosotros. No sé a ti, pero a mí me gusta. Gracias a esto el mundo sigue existiendo.

Blossom se encogió de hombros.

—Blossom, tengo treinta y ocho años y no estoy para jueguecitos.

Para empezar, porque ya no tengo paciencia. Me gustas. Quiero verte más a menudo.

Blossom se estremeció.

—Te guste o no, entre nosotros hay algo. ¿Estás dispuesta a aceptar que es así? Qué pregunta. No puedes negarlo.

—No soy tu tipo—intentó zafarse Blossom.

—¿De verdad? ¿Y cuál es mi tipo de mujer?

—Una mujer a la que le gusta tener relaciones casuales sin ataduras.

—¿Y cuál es tu tipo de hombre?

—No tengo ningún tipo en concreto—contestó Blossom indignada —. No me gusta encasillar a la gente.

—Pero asumes que yo lo hago, ¿eh?—sonrió Zak—. La feminista recalcitrante que hay en ti resulta insoportable a veces. Para que lo sepas, Blossom, lo único que busco en una mujer es que sea de verdad. En el mundo de locos en el que yo vivo hay demasiadas de mentira. Yo quiero una mujer sincera, que se atreva a decirme las cosas a la cara aunque sepa que no me van a gustar, una mujer a la que no le importe mi dinero, que no busque simplemente que la vean conmigo. Esa eres tú, sobre todo en lo de la sinceridad.

Blossom se preguntó si podía ser cierto que un hombre como aquél prefiriera a una chica normal y corriente y no a una mujer despampanante.

—Por supuesto, en tu caso, aparte de tener todo lo que te acabo de decir, eres guapa, sensual e inteligente. Lo tienes todo—le aseguró Zak.

Blossom estuvo tentada de creerlo.

—Lo que te estoy diciendo, Blossom, es que me gustaría que nos conociéramos mejor. Sin prisas, con tranquilidad. Entiendo que quieras ir despacio después de tu divorcio y me parece bien. No te estoy pidiendo que nos acostemos ahora mismo. El aspecto físico puede esperar hasta que tú te sientas preparada.

¿Qué hacer? ¿Qué decir? Blossom se sentía confusa y al borde de las lágrimas.

—Me... me voy a sentar—declaró, pues necesitaba apartarse un poco de él.

Zak se sentó también sin dejar de mirarla.

—Creo que es justo por mi parte advertirte que, digas lo que digas, no pienso darme por vencido. La atracción que hay entre nosotros no sucede todos los días y te aseguro que no pienso rendirme sin presentar batalla. Quiero conocerte y quiero que tú me conozcas. Así, podremos decidir entre los dos si queremos seguir adelante o dejarlo.

—Eso ha sonado muy frío y calculador.

—En absoluto—le aseguró Zak—. Según tengo entendido, te

casaste con tu marido al poco tiempo de conocerlo y estoy seguro de que te arrepientes de ello.

Blossom asintió.

—Entonces, entenderás que lo que te estoy proponiendo es mucho más seguro. Te estoy hablando de un cortejo lento, a la antigua usanza.

Blossom se quedó pensativa. Zak había dejado muy claro que no iba a tirar la toalla y ella no tenía fuerzas para continuar desafiándolo porque su corazón le decía una cosa y su mente otra.

Su mente le decía que sería una locura dejar que Zak entrara en su vida, pero su corazón le decía que sería una locura no disfrutar de su presencia.

Desde que lo había conocido, había estado pensando en él. Tal vez, fuera mejor salir con él durante un tiempo y ver qué pasaba. Cabía la posibilidad de que, cuando lo conociera bien, dejara de gustarle y le resultara más fácil separarse de él.

Seguro que no eran compatibles.

Cuando lo tuviera claro, no le costaría sacarlo de su vida y olvidarse de él.

—Si comenzamos a vernos de vez en cuando, ¿habría absoluta sinceridad entre nosotros?—le preguntó.

—Claro que sí—le aseguró Zak—. Ya te he dicho que no me gustan los jueguecitos. Tampoco me gusta pedir perdón por cómo soy o excusar mi comportamiento. Si no le gusta a la gente...—contestó encogiéndose de hombros.

Arrogante. A Blossom no le gustaban las personas arrogantes. Primer defecto de la lista. Por algo se empezaba.

—Muy bien.

—¿Muy bien?—se sorprendió Zak.

—Estoy dispuesta a que quedemos para cenar de vez en cuando y para tomar una copa después de trabajar algún día—contestó Blossom en tono informal.

Estaba contenta consigo misma porque había conseguido aceptar su propuesta como si tal cosa. Por supuesto, habría preferido que verlo allí sentado en su jardín con una copa de vino en las manos no le resultara tan excitante, pero todo se andaría.

Era sólo cuestión de tiempo.

—Me parece bien—comentó Zak poniéndose en pie—. Pasaré a buscarte a las ocho—sonrió.

—¿Cómo? No me refería a hoy—contestó conmocionada.

—¿Por qué? ¿Tenías otros planes?—se extrañó Zak.

—Bueno... sí, creo que hoy me tocaba escalada... ¿o era descenso de barrancos? Vaya, no lo recuerdo... como tengo una agenda tan complicada...

—Ah, pero, ¿dan clases de escalada? No, seguro que era de espeleología.

—Sí, creo que tienes razón—contestó Blossom terminándose la copa de vino.

—A las ocho en punto, ¿de acuerdo?—insistió Zak pasando a su lado y entrando en la casa.

—Eh, oye, que no te he dicho que...

Blossom oyó que la puerta de la calle se cerraba.

—... fuera a salir contigo esta noche—terminó.

Marimandón. Cabezota. Maleducado. Tres adjetivos más para la lista. A aquel paso, no le iba a costar mucho deshacerse de él.

# Capítulo 6

—A ver si me he enterado bien.

Blossom esperó mientras su hermana reflexionaba. Había sabido desde el principio que aquella llamada iba a ser difícil y así estaba resultando.

—Así que vas a salir con el hombre que las dos estábamos diciendo que no puede ser peor para ti, ese hombre que sale cada día con una mujer—comentó—. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí—contestó Blossom débilmente—, más o menos.

—¿Cómo se te ocurre?

—Mira, Melissa, yo creo que no es para tanto. Seguro que la gente exagera cuando habla de él.

—Muy bien, así que ahora me vas a decir que Zak Hamilton es un hombre de una sola mujer—se lamentó Melissa con sarcasmo.

Blossom se encontró preguntándose por qué demonios estaba defendiendo a Zak.

—No lo sé—contestó sinceramente.

—Pero vas a salir con él de todas maneras.

—Sí, pero no es nada serio—se apresuró a asegurarle Blossom a su hermana. De verdad. No es nada serio. Simplemente, vamos a quedar para comer de vez en cuando y nos vamos a tomar una copa después de trabajar algún día.

—Claro, ahora sólo te falta decirme que sólo sois amigos. Por favor.

—No, no te voy a decir eso, pero quédate tranquila porque Zak Hamilton tiene muy claro, yo misma se lo he dicho, que no tengo ninguna intención de acostarme con él y le ha parecido bien.

—¡Blossom, Zak Hamilton es el hombre más atractivo y sexy del mundo! ¿Cuánto tiempo crees que vas a ser capaz de aguantar? ¿Una semana? ¿Un mes?

—Creía que te caía mal—suspiró Blossom.

—Pero no estoy ciega. Además, yo no he dicho en ningún momento que me cayera mal. Simplemente, no estoy segura de que me caiga bien, que es completamente diferente.

—Me alegro de que haya quedado claro—se burló Blossom.

—Blossom, no es una buena elección para ti. Después de lo que pasó con Dean...

—Ya lo sé—contestó Blossom.

Lo cierto era que estaba confusa. Zak la había invitado a cenar la noche anterior y la había llevado a uno de esos restaurantes que ella normalmente miraba desde fuera y, cuando la había dejado en casa, se había limitado a darle un beso en los labios. Blossom no sabía si aquello era bueno o malo. Luego, se había limitado a decirle «mañana

te llamo» y se había ido.

—Dices que lo sabes, pero el problema es que no lo sabes. Hay mujeres que son capaces de disfrutar de una aventura y ya está, pero tú no eres así. Además, los hombres son diferentes a nosotras. Ellos pueden tener una aventura sin involucrar sus emociones ni su corazón.

—Melissa, después de lo de Dean, te aseguro que soy muy consciente de todo eso.

—Simplemente, quiero que entiendas que estoy preocupada por ti —insistió su hermana—. Si estuvieras saliendo con cualquier otro hombre, estaría encantada.

—Te agradezco tu preocupación, de verdad y, para ser sincera, te voy a decir que creo que probablemente salir con Zak es una idea malísima, pero, al menos, lo sé y estaré en guardia. De verdad. En cualquier caso, no creo que duremos mucho.

—Entonces, ¿por qué sales con él?

—Excelente pregunta—admitió Blossom—. Supongo que estaba harta de salir con mis amigas o yo sola—añadió—. Te tengo que dejar, están llamando al timbre. Luego hablamos—se despidió colgando el teléfono aliviada.

Al abrir la puerta, Blossom se encontró con una jovencita que le entregó un enorme ramo de rosas rojas y un paquete envuelto en papel plateado.

Zak.

Blossom pensó que no tenía un florero para aquel ramo tan grande. Debía de haber, por lo menos, cincuenta rosas. Tras dejarlo sobre la encimera de la cocina, abrió el paquete y leyó lo que Zak le había escrito en el libro que encontró dentro y que se titulaba: *Ciento una razones para seguir soltera*.

*Seguramente este libro te vendrá bien aunque seguro que ya tienes la lista hecha. Las flores son mi manera de decirte que es bueno que la gente se acuerde de ti. Trátalas con cariño y tira el libro a la basura. Zak.*

Las rosas no llevaban nota, nada de mensajes típicos tipo *Con cariño, Zak, Estoy deseando volver a verte o Ya te echo de menos*, que era lo que le había escrito Dean en el ramo que le había mandado después de su primera cita, aquel ramo medio podrido que le debería haber indicado que las cosas no iban bien ya desde el principio.

Blossom tragó saliva. Dean nunca había tenido sentido del humor. Jamás se le hubiera ocurrido mandarle aquel libro. Blossom se quedó mirando la letra de Zak y decidió que le gustaba. A continuación, buscó varios recipientes para las flores.

Zak la llamó por la tarde.

—Blossom, soy yo, Zak.

—Hola—contestó Blossom con la respiración entrecortada—. Gracias por las flores, me han encantado. Y, en cuanto al libro, es

cierto que yo ya tenía cien razones, pero me ha servido para encontrar la última.

Zak se rió.

—¿Qué vas a hacer esta noche?—le preguntó.

Blossom se había prometido a sí misma buscar una buena excusa para no verlo aquella noche.

—Nada especial—contestó sin embargo.

—Muy bien—comentó Zak mientras Blossom oía timbres de teléfonos y voces de fondo, lo que la hizo suponer que estaba en el despacho a pesar de que era sábado—. Mira, tengo bastante lío y no creo que pueda salir antes de las siete, pero, ¿qué te parece si te voy a buscar entonces y cenamos juntos?

Blossom se dijo que había mil razones para parar aquello inmediatamente.

—Muy bien.

—Nos vemos luego, entonces—se despidió Zak colgando el teléfono.

Blossom se quedó sentada cinco minutos, mirando el teléfono sin verlo en realidad. Cuando logró salir de su estupor, se dijo que estaba cansada porque no había pasado buena noche y que no era que se hubiera quedado como hipnotizada por la profunda y grave voz de Zak Hamilton.

Blossom decidió darse una buena ducha y dormir un par de horas para estar bien para las siete. Cuando se metió en la cama, lo hizo creyendo que le iba a costar conciliar el sueño, pero, de repente, el despertador estaba sonando, señalándole que eran las seis.

Blossom se estiró y se quedó unos minutos en la cama. Qué diferente era ahora su dormitorio. Había cambiado la casa por completo cuando Dean se había ido. Sobre todo el dormitorio, donde había cambiado la cama, el armario, la cómoda, las sábanas, las cortinas y la alfombra.

No había sido capaz de dormir en la misma cama que había compartido con Dean después de enterarse de que la había utilizado como lo había hecho. Durante mucho tiempo, se había sentido sucia a pesar de ser consciente de que ella no había hecho nada malo y que era ridículo sentirse así.

Afortunadamente, hacía ya un año que lo había superado. Dean la había engañado por completo. A pesar de que ya no sentía absolutamente nada por él, excepto rencor y asco, la inquietaba que la hubiera engañado con tanta facilidad.

—No es el momento de ponerme a pensar en esto—se dijo en voz alta—. Ahora lo que tengo que hacer es disfrutar de esta noche, de esta relación sin ataduras y sin complicaciones.

Para cuando Zak pasó a buscarla a las siete, Blossom ya estaba

lista. No se había arreglado demasiado, pero se había puesto uno de sus vestidos preferidos, un vestido violeta de tirantes, y lo había acompañado con unas sandalias moradas a juego con la chaqueta sin botones que había tomado la precaución de llevarse para cuando refrescara por la noche.

Se había dejado el pelo suelto y le caía en cascada sobre los hombros, se había puesto unos pendientes de aro grandes y plateados, y había decidido no maquillarse pues hacía mucho calor, así que se había limitado a ponerse un toque de rímel en las pestañas.

—Estás fresca como una flor—comentó Zak cuando le abrió la puerta—y mil veces más guapa.

—Gracias—sonrió Blossom preguntándose si se habría dado cuenta de que se había puesto el broche en forma de abeja que le había regalado.

Cuando se lo había enseñado a su hermana, Melissa se había mostrado segura de que no era cristal sino un diamante y, para demostrar que tenía razón, lo había llevado a un joyero. Al volver, le había dicho que, efectivamente, se trataba de un diamante estupendo y que lo que Blossom creía que era plata era, en realidad, oro blanco.

Blossom se había enfadado con su hermana por llevar el regalo al joyero, pues a ella le daba igual que fuera cristal o que fuera un diamante, y lo que la dejaba perpleja era que Zak le hubiera hecho un regalo así cuando no se conocían de nada.

Mientras Zak rodeaba el coche tras haber acomodado a Blossom, ésta se fijó en que parecía cansado y no pudo evitar preguntarse por qué le parecía todavía más atractivo así.

¿Tal vez porque aquello le confería un toque de vulnerabilidad que no había visto antes en él? Fuera por lo que fuese, le sudaban las manos.

—¿Has tenido un mal día?—le preguntó cuando Zak se puso al volante—. Perdona que te lo diga, pero no tienes muy buen aspecto.

Zak sonrió.

—Digamos que he tenido días mejores—confesó, inclinándose hacia ella y besándola en los labios—. Olvídate de lo que acabo de decir. Hoy es un día maravilloso.

Blossom sintió que la felicidad se apoderaba de ella. Se apresuró a decirse que, probablemente, ya habría utilizado esa frase con otras muchas mujeres. Aun así, le había gustado.

—Lo cierto es que hoy ha sido un día duro porque he tenido que vérmelas con un empleado que me estaba robando—comentó Zak al cabo de un rato en silencio.

—Oh, Dios mío...

—Sí, ha sido desagradable. Sobre todo, porque nos conocíamos desde la universidad y éramos amigos. No consiento que nadie me

robe y, menos aún, un amigo. Alex lo sabía perfectamente, así que no me ha quedado más remedio que darle una buena lección. Aunque ha intentado convencerme de que tenía motivos para hacerlo. Primero, me ha dicho que era porque tenía deudas de juego, luego porque su madre estaba enferma, también que le buscaban unos matones porque les debía dinero y, para terminar, que había hipotecado varias veces su casa.

—¿Has llamado a la policía?

—No—sonrió Zak.

—¿Entonces?

—Lo he despedido y le he dejado muy claro que haré todo lo posible para que nadie le dé trabajo como contable. Así, no le quedará más remedio que trabajar en cosas de menor cualificación para pagar su deuda, lo que no le hará ninguna gracia porque nunca le ha gustado el trabajo físico. Va a tener que estar años trabajando en empleos precarios para pagarnos a mí y a los demás a los que ha estado robando el dinero que nos debe.

—Seguro que él habría preferido que llamaras a la policía—comentó Blossom estremeciéndose.

—Sí, pero, si lo hubiera hecho, su madre, que es una mujer encantadora, habría tenido que sufrir la ignominia de ver su apellido en el fango en un juicio.

—¿Conoces a su madre?

—Un poco.

—¿Y de verdad está enferma?

—Sí, pero desde hace poco tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

Aunque no conocía al tal Alex de nada y tampoco a su madre, Blossom se imaginaba perfectamente a un joven desesperado ante la enfermedad de su progenitora que no duda en tomar prestada una suma de dinero de la empresa para la que trabaja para, a la desesperada, comenzar a jugar para ver si gana dinero para pagar las facturas del hospital.

—Me lo dijo ella—contestó Zak escuetamente.

—¿Ella?

—Sí, la madre de Alex, me lo contó ella en persona.

—¿Has ido a ver a su madre para contarle que su hijo te estaba robando?—se indignó Blossom al imaginarse a la pobre mujer enferma y disgustada.

—No exactamente.

—Quiero saber qué ha sucedido exactamente.

—¿Y qué más te da? Si ni siquiera los conoces.

—Da igual que los conozca o no. Tú has empezado a hablar de este tema y ahora yo quiero saberlo todo—insistió Blossom.

Zak suspiró.

—Su madre vino a verme para decirme que se acababa de enterar de que su hijo se había jugado la casa familiar y el dinero que había robado de la empresa.

—¿Su propia madre fue a decirte que Alex te estaba robando?

—Es una mujer encantadora, ya te lo he dicho. La pobre está avergonzada del hijo que tiene. Por lo visto, le dijo que hablara conmigo y que, si no lo hacía, lo haría ella, pero Alex se debió de creer que no lo decía en serio. Craso error.

Blossom se había quedado sin palabras.

—La madre de Alex trabaja con niños discapacitados. Cuando el padre de Alex murió hace unos años, dejó el trabajo estupendamente pagado que tenía en la ciudad porque quería hacer algo útil durante los últimos años de su vida, ya que no podía pasarlos junto al hombre al que quería.

—Oh.

—Alex la convenció hace un tiempo de que le donara su casa en vida diciéndole que, así, cuando muriera, se ahorraría mucho dinero en concepto de impuestos y, como ella lo quiere mucho, accedió. Vino a verme porque quiere que su hijo pague por lo que ha hecho. Por su bien. Haber perdido su casa le da igual, lo que quiere es que su hijo enderece su vida.

—Pobrecita. ¿Y dónde va a vivir si su hijo ha vendido su casa para pagar sus deudas de juego?

—En una casa mía—contestó Zak.

—¿Y va a poder pagar el alquiler si no tiene dinero?

Zak se revolvió incómodo en el asiento.

—No va a tener que pagar ningún alquiler.

Blossom se quedó en silencio unos segundos.

—¿Y Alex? ¿Dónde va a vivir él?

—Por mí, Alex se puede ir al infierno.

Durante el resto del trayecto, hablaron de todo tipo de cosas intrascendentes hasta que Blossom se dio cuenta de que no tenía ni idea de a dónde iban. Tal vez, tendría que haberse arreglado un poco más.

—¿Adónde vamos exactamente?

—¿Exactamente?—sonrió Zak—. Vamos a un lugar muy tranquilo que te va a encantar y que está en Harrow.

—¿En Harrow? ¿Cómo se llama?

—Hamilton's Place.

—¿Hamilton's Place? Anda, qué casualidad, ¿no?—bromeó Blossom dando un respingo de repente—. ¿Vamos a tu casa?

—¿Te importa? Me gustaría ducharme y cambiarme de ropa antes de cenar.

Dicho así, Blossom no podía negarse.

—No, claro que no me importa. ¿Dónde vamos a cenar?

—Había pensado que podíamos cenar en mi casa. He tenido un día muy largo y Geraldine, mi ama de llaves, cocina de maravilla. Así, me podré tomar un par de copas de vino tranquilamente porque puede conducir Will.

—¿Y quién es Will?

—El marido de Geraldine—contestó Zak—. Se ocupa del jardín y es también el chofer cuando lo necesito. Llevan muchos años conmigo, desde que compré la casa. Son un matrimonio maravilloso.

—¿Son servicio interno?—preguntó Blossom muy aliviada.

—Sí, viven en la casa, así que no te preocupes porque estás a salvo, corderita, aunque estás a punto de entrar en la guarida del lobo feroz—bromeó Zak.

Blossom se sonrojó.

—No sé por qué dices eso—mintió.

—Claro que lo sabes.

A Blossom le entraron ganas de abofetearlo, pero tuvo que contentarse con mirar por la ventanilla hasta que llegaron a su casa. En aquel momento, se dio cuenta de que se había quedado con la boca abierta. El camino de entrada estaba flanqueado por inmaculadas praderas de césped y macizos de flores de todos los colores y, al final, se veía un edificio precioso, una casa enorme de piedra anaranjada y tejado de pizarra.

Era una casa de ensueño, y Blossom se encontró pensando en que era el escenario perfecto de un cuento romántico y no la casa que había imaginado que tendría aquel hombre despiadado y sarcástico que estaba sentado a su lado.

—¿Te gusta?—le preguntó Zak.

—Es increíble—contestó Blossom sinceramente—. ¿Hace cuánto que la tienes?

—La compré un año después de heredar la empresa. En aquel entonces, fue muy arriesgado porque no estaba seguro de cómo me iban a ir las cosas. Mi padre había arruinado prácticamente la empresa antes de morir y, aunque yo tenía un par de cosas en ciernes, no era el mejor momento para pedir un crédito tan alto para comprar una propiedad que necesitaba una reforma considerable, pero, en cuanto la vi, me encantó y, cuando veo algo que me gusta, hago todo lo que está en mis manos para que sea mío—le explicó, mirándola intensamente.

Blossom apartó la mirada y se fijó en que había un árbol a cada lado de la puerta principal, como dos centinelas que vigilaban quién llegaba a la casa.

—Afortunadamente, la empresa comenzó a ir bien y en un par de

años la reforma de la casa estuvo terminada, así que pude relajarme y comenzar a disfrutarla. Es como un oasis en mitad del mundo de locos en el que me muevo. Aquí soy yo de verdad.

—No me extraña, es un lugar fantástico—contestó Blossom, preguntándose a cuántas mujeres habría llevado antes que a ella.

Seguro que a cientos.

—Sí, es fantástico—contestó Zak abriendo la puerta, bajando del coche, rodeándolo y abriéndole la puerta a Blossom—. Venga, vamos, te voy a presentar a Geraldine. Hay piscina, si te quieres dar un baño.

—No me he traído el bañador.

—Vaya, entonces, te vas a tener que bañar desnuda—sonrió Zak—. Si quieres, no miro. ¿Qué te parece?

—Que no hay trato—contestó Blossom mientras Zak la tomaba de la mano y a ella se le aceleraba el corazón—. Además, tengo mucha hambre y prefiero cenar que irme a la piscina.

—La próxima vez.

Blossom sintió que el corazón le latía todavía más aprisa. Así que Zak quería que hubiera una próxima vez. Blossom se dijo que no debía hacerse ilusiones.

Cuando Zak abrió la puerta, Blossom se fijó en el maravilloso suelo de madera pulida, en las paredes lisas en las que había algún cuadro aquí y allá, en los enormes floreros llenos de flores y en el precioso reloj de pared situado en un extremo del vestíbulo desde el que lo veía todo.

En aquel momento, Blossom oyó ruidos y no tardó en aparecer una mujer menuda de mejillas sonrosadas.

—Me había parecido oír el coche—sonrió la recién llegada—. Supongo que será usted la señorita White—le dijo a Blossom—. ¿Qué tal está usted?

—Por favor, llámeme Blossom. Encantada de conocerla.

—Lo mismo digo, querida—sonrió Geraldine girándose hace Zak—. Te he preparado un baño para que te relajes, así que vete a descansar mientras yo le enseño la casa a tu amiga.

Blossom pensó que aquella mujer parecía la madre o la abuela de Zak y observó divertida cómo el hombre de negocios se acercaba su ama de llaves y le tomaba el rostro entre las manos.

—Tan marimandona como siempre—le dijo con afecto—. ¿Y no se te ha ocurrido que, a lo mejor, Blossom quiere que le enseñe yo la casa?

—¿Y no se te ha ocurrido a ti que, a lo mejor, Blossom quiere cenar antes de las doce de la noche?

—Me encanta la idea de que Geraldine me enseñe la casa—intervino Blossom—. Tú vete a bañarte y a refrescarte y luego nos vemos—añadió.

Lo cierto era que quería estar un rato a solas o, por lo menos, distanciada de él. Estaba empezando a ver un aspecto de Zak Hamilton con el que no había contado y que la confundía todavía más.

Se mostraba tan cariñoso con su ama de llaves como si realmente fuera su abuela y, por lo que le había contado en el coche, se había hecho cargo de la madre de un empleado que le había estado robando. Aquello no encajaba con la imagen mental que se había hecho del dueño de Hamilton Electronics.

La casa de Zak resultó tener ocho dormitorios, todos con baño, tres salones, una cocina enorme, una despensa, dos comedores y piscina cubierta. Al lado de la piscina cubierta, estaba el apartamento del servicio. Geraldine le enseñó toda la casa excepto el dormitorio principal.

Después del recorrido, Blossom se encontró esperando a Zak en un precioso salón decorado en tonos cremas y dorados, con una copa de vino en la mano y preguntándose qué demonios hacía allí.

Tras dejar la copa de vino sobre la mesa, se acercó a los ventanales y abrió uno, aspiró el aire que llegaba desde la pradera de césped y que olía a pino y a flores, limpio y fresco. Era difícil creer que estuviera en Londres porque allí cantaban alegres los pájaros y todo era paz y tranquilidad.

De repente, Blossom sintió una inmensa tristeza, como si hubiera perdido algo precioso y no pudiera recuperarlo jamás. Horrorizada al ver que los ojos se le habían llenado de lágrimas, se apoyó en el quicio del ventanal y tomó aire varias veces para tranquilizarse.

—Es un lugar muy tranquilo, ¿verdad?

Al oír la voz de Zak justo detrás de ella, Blossom se giró y se preguntó cuánto tiempo llevaría observándola.

—Es precioso—contestó forzando una sonrisa.

Zak no se movió, giró a Blossom de nuevo hacia el jardín y le puso los brazos sobre los hombros, rodeándola.

—¿Ves ese pino tan grande que hay a la derecha? Ahí vive una familia de gorriones, en un nido tan escuálido que no sé cómo puede soportar el peso de los dos crías. Cuando nacieron, eran todo pellejo y hueso, pero han engordado mucho desde entonces.

Blossom tragó saliva.

Zak olía divinamente, se había puesto unos vaqueros negros y una camisa negra abierta al cuello con las mangas remangadas, revelando sus poderosos brazos.

Estaba muy sexy.

—Por las noches, hay un búho que nos ameniza con su canto. A lo mejor, luego lo oyes. Le gusta sentarse en el tejado—continuó Zak—. Es muy grande y bastante agresivo con su territorio.

Blossom volvió a tragar saliva. Le costaba respirar con normalidad.

—Es como estar en el campo—consiguió comentar—. No parece que estemos en la ciudad.

—Es cierto—murmuró Zak—. Soy un hombre muy afortunado. Un hombre muy afortunado—repitió con voz profunda.

Blossom era consciente de que estaba excitado, lo estaba sintiendo y, además, oía su respiración entrecortada. Zak la giró hacia sí y sus bocas se encontraron. Con una mano, la tenía agarrada de la cintura y colocó la otra sobre uno de los pechos de Blossom, que se estremeció y abrió la boca involuntariamente.

Inmediatamente, el beso se hizo más profundo y apasionado, la lengua de Zak se apoderó del territorio que había quedado indefenso e hizo que el deseo se apoderara de Blossom.

Aquel deseo fue creciendo a medida que los dedos de Zak fueron moviéndose sobre la tela del vestido, jugando con su pezón de manera lenta y erótica.

Blossom nunca se había sentido así con Dean. Le había gustado hacer el amor con él, pero nunca había experimentado aquella pasión primitiva.

—Delicioso...—gimió Zak apartándola, momento en el que Blossom se dio cuenta de que habían llamado a la puerta—. ¿Estás bien?

Blossom asintió, Zak cruzó la estancia y abrió la puerta. Era Geraldine, para anunciar que la cena estaría lista en cinco minutos.

—Mientras tanto, me gustaría salir al jardín—comentó Blossom.

Así, evitaría estar a solas con él.

—Muy bien—accedió Zak sirviéndose una copa de vino—. Nos podemos tomar la copa de vino allí. Resulta muy agradable.

Una vez fuera, Blossom sintió que le costaba menos respirar con normalidad. Estaba anocheciendo, y los árboles dibujaban sombras sinuosas sobre la hierba. Las delicadas magnolias blancas y rosas y el rico aroma de los macizos de flores tranquilizaban a Blossom mientras caminaban.

—Cuando compré la casa, todo esto era una selva, pero Will es un gran jardinero y ha sabido crear un jardín esplendoroso. Hablando del rey de Roma—comentó cuando un hombre de unos setenta años y pelo completamente blanco apareció acompañado por dos dobermanns.

Blossom se estremeció al ver a los perros.

—No te preocupes, no hacen nada—la tranquilizó Zak—. Will, te presento a Blossom. Blossom, éste es Will y los dos payasos éstos son Thor y Titus—añadió refiriéndose a los perros, que nada más verlo se habían tumbado a sus pies y se habían puesto patas arriba para que les hiciera caricias—. Cómo puedes ver, son dos angelitos.

Blossom alargó la mano con prudencia. Los perros se levantaron y la olfatearon educadamente, siguiendo las indicaciones de Will.

—¿Los ha educado usted personalmente?—le preguntó Blossom al jardinero.

Will asintió.

—No son peligrosos en absoluto. Son perros guardianes y, si alguien intentara entrar en la casa, lo demostrarían, pero, de no ser así, son juguetones y cariñosos—le explicó.

—Les encanta jugar con los niños—remató Zak.

—Porque creen que son niños—sonrió Will.

—Sí, eso será porque alguien que yo me sé les puso unas cestas con cojines cuando eran pequeños en lugar de utilizar las casetas de madera que teníamos preparadas, ¿verdad?—bromeó Zak.

Mientras ambos hombres continuaban bromeando, Blossom comprendió que Zak tenía con Will la misma relación fluida y cariñosa que tenía con su mujer, que, precisamente, en aquel momento salió al jardín a anunciar que la cena estaba lista.

Las sillas de cuero del comedor eran muy cómodas y la sopa de zanahorias, jengibre y miel estaba absolutamente deliciosa, pero Blossom apenas la saboreó porque estaba muy nerviosa.

Cuando Geraldine se hubo llevado los platos vacíos, Blossom se terminó su copa de vino diciéndose que, si se hubiera mantenido firme y no hubiera accedido a salir con Zak por mucho que él hubiera insistido, no se vería ahora metida en este lío.

—¿No te ha gustado la sopa?—le preguntó Zak.

Blossom levantó la miraba sorprendida y se encontró con que Zak la miraba con el ceño fruncido.

—Me ha encantado, estaba deliciosa—contestó sinceramente.

—Entonces, ¿no te gusta el vino?

—Me encanta. Es excelente.

—Entonces, ¿qué te pasa?

—Nada.

—¿Todo bien?

Blossom no contestó inmediatamente.

—No debería haber venido, Zak. No deberíamos salir juntos. Esto se va a complicar. Tú lo sabes tan bien como yo. Seguro que lo sientes.

—Ah, bueno, ¿es sólo eso?—contestó Zak sorprendiéndola—. No te preocupes, se va a complicar única y exclusivamente lo que tú quieras que se complique. Puedes poner freno cuando quieras.

Aquello no la ayudaba en absoluto.

—Bebe más vino—le indicó Zak llenándole la copa de nuevo.

—¿Invitas a todas tus amigas a cenar a tu casa?—contestó Blossom, diciéndose que debía tener cuidado con el vino.

Nada más decirlo, se mordió la lengua. Ahora Zak iba a creer que estaba celosa. Pero Zak no parecía perturbado en absoluto.

—No—sonrió.

—Ah.

¿No le iba a dar más detalles?

Para cuando Geraldine llegó con el plato principal, el silencio se había hecho incómodo. Por lo menos, para Blossom. Zak parecía muy relajado.

—Qué maravilla—comentó mirando su plato—. Nadie prepara el osobuco como Geraldine. Estás de suerte.

Blossom percibió el olor de la carne, que, efectivamente, tenía un aspecto delicioso, así que comenzó a comer. Dos copas de vino y un trozo de tarta de manzana después, comenzó a relajarse.

Zak les había sugerido a Geraldine y a Will que se reunieran con ellos en el estudio para tomar café y allí estaban los cuatro, charlando y disfrutando de un maravilloso café que a Melissa le habría encantado.

En realidad, le habría encantado todo del ama de llaves, que hacía pan y galletas todos los días, era una firme defensora de los productos ecológicos y no utilizaba absolutamente nada instantáneo.

Aquella pareja era muy interesante. Will y Geraldine habían viajado por todo el mundo mientras esperaban los hijos que nunca habían llegado, habían vivido en muchos lugares, ganando el dinero básico que necesitaban para vivir tranquilamente llevando aquella vida nómada que habían elegido.

—Fuimos muy felices, ¿verdad, amor mío?—comentó Will mirando a su esposa de tal manera que Blossom sintió que se le formaba un nudo en la garganta—. Seguimos siéndolo. Tenemos una vida maravillosa.

—Sí—sonrió Geraldine—. Nunca hemos tenido dinero y, si no hubiéramos conocido a Zak, ahora no estaríamos tan bien como estamos, pero siempre hemos sido felices porque nos hemos tenido el uno al otro.

Blossom se quedó mirándolos con envidia. Normalmente, no solía pensar en el futuro solitario que la esperaba, pero aquella noche se le antojaba un enorme agujero negro.

Zak hizo un comentario gracioso que los hizo reír a todos y el mal momento pasó, pero, aun así, Blossom sentía un dolor en el pecho del que no se podía deshacer, un incómodo dolor que la acompañaría durante el resto de la velada.

Era más de la una de la madrugada cuando Will se ofreció a llevar a Blossom a casa. Blossom se sintió fatal por lo tarde que era.

—Es muy tarde, Will, prefiero llamar a un taxi. No quiero hacerte salir de casa a estas horas.

—De eso, nada. Te llevo ahora mismo—insistió el chofer.

—No quiero ser una carga—insistió Blossom mirando a Zak para que la ayudara a convencer a Will.

—Pues quédate a dormir—le sugirió Zak—. Geraldine prepara un brunch los domingos que es para morirse.

Blossom se quedó estupefacta y miró a Geraldine.

—Las camas están hechas en todas las habitaciones, así que no tienes más que elegir la que quieras—le dijo el ama de llaves.

¡Estupendo! ¡Menuda conspiración!

—Hay cepillo de dientes y todo tipo de productos de aseo personal en todos los baños y también batas y albornoces.

Si Geraldine creía que le estaba siendo de ayuda, se equivocaba.

—Muchas gracias, pero preferiría irme a casa.

—No hay problema—dijo Will poniéndose en pie.

Zak miró a Blossom como diciéndole «¿Cómo le puedes hacer una cosa así a este pobre hombre a estas horas de la noche?» y Blossom volvió a sentirse fatal.

—Pensándolo mejor, creo que será mejor que me quede a dormir...

—Perfecto—contestó Geraldine—. Zak suele desayunar en la cama —añadió—. ¿Qué te parece?

—¿Cómo?—contestó Blossom dando un respingo.

—¿Te parece bien que te lleve el desayuno a la cama a ti también sobre las nueve?—le preguntó el ama de llaves sin darse cuenta de que Blossom se había sonrojado—. Creo que te voy a instalar en la habitación azul. Sí, es preciosa y se ve todo el jardín desde el balcón.

—Muy bien, muy bien, pero no hace falta que me subas el desayuno, ya bajaré yo a la cocina—le aseguró Blossom, dándose cuenta de que Zak sonreía con malicia.

En aquellos momentos, no le hubiera extrañado que Zak lo hubiera tenido todo planeado.

—No, no, los fines de semana desayunamos todos en la cama—insistió Geraldine—. ¿Quieres que te enseñe tu habitación?

—No te preocupes, Geraldine—intervino Zak—. Ya me ocupo yo. Marchaos a dormir.

Cuando el matrimonio abandonó el estudio, Blossom se puso también en pie. No estaba dispuesta a quedarse sola con Zak. No se fiaba de sí misma. Se había dado cuenta de que era pan comido para Zak Hamilton.

—¿Quieres tomarte una copa antes de acostarnos?—le preguntó Zak.

—No, estoy cansada y me gustaría irme a la cama.

—A mí, también.

Dicho aquello, se puso en pie y Blossom sintió que temblaba de pies a cabeza.

—Zak, no quiero...

—¿Qué te ocurre?—le dijo Zak acercándose peligrosamente—. Dime qué es lo que no quieres o, mejor, dime qué es lo que quieres.

Blossom sintió que le costaba respirar.
—Quiero irme a la cama—declaró haciendo un gran esfuerzo.
—Yo también, cariño, yo también.

# Capítulo 7

Cuando se despertó a la mañana siguiente, Blossom no sabía dónde estaba. De repente, lo recordó todo.

Estaba en casa de Zak.

En su cama.

Bueno, en una de ellas.

Desnuda porque no se había llevado pijama.

Y sola porque Zak se había comportado como todo un caballero la noche anterior.

Blossom se tapó con el edredón al oír que llamaban a la puerta y supuso que sería Geraldine con el desayuno.

—Adelante—contestó.

Pero no era Geraldine

—Hola—la saludó Zak con la bandeja y el periódico—. ¿Has dormido bien?

—Sí, gracias.

—Me alegro—comentó dejando la bandeja sobre el regazo de Blossom—. Es maravilloso verte por la mañana—declaró besándola—. Ya verás qué desayuno tan estupendo te ha preparado Geraldine. Le encanta que la gente desayune bien.

—Ya lo veo—contestó Blossom, fijándose en el zumo de naranja, las tostadas, el café y los huevos revueltos.

Nunca se había sentido tan vulnerable. Estaba completamente desnuda. Por lo menos, Zak llevaba los pantalones del pijama y una bata encima.

—Se me había ocurrido que podríamos ir a un mercadillo de antigüedades que montan aquí cerca los domingos por la mañana—sonrió Zak sin percatarse aparentemente de la agitación de Blossom—. ¿Qué te parece?

—Fenomenal—contestó Blossom, haciendo malabarismos entre la bandeja y el edredón.

—Tu ex marido es el hombre más bobo del mundo, desde luego, pero debo estarle agradecido—declaró Zak yendo hacia la puerta.

—¿Cómo dices?

—Si no te hubiera dejado, no estarías aquí en estos momentos—declaró desde la puerta.

A continuación, la cerró lentamente, dejando a Blossom estupefacta.

El mercadillo de antigüedades resultó ser muy divertido.

Bueno, más bien, lo divertido fue ir de puesto en puesto de la mano de Zak.

También resultó perturbador, pues, por primera vez en mucho tiempo, Blossom se sintió una persona normal y corriente, sintió que podía ser amada de nuevo, volvió a sentirse joven y atractiva.

Debía de proyectarlo porque se percató de que los hombres la miraban.

Zak se interesó por una porcelana de Meissen de dos dobermanns y se puso a negociar el precio con la vendedora. Los perros eran la viva imagen de Thor y de Titus. Cuando consiguieron llegar a un acuerdo, Blossom tuvo que hacer un esfuerzo para no llevarse la mano a la boca ante el precio de la porcelana.

Zak, sin embargo, parecía muy satisfecho.

—Es para Geraldine y Will—le explicó—. Son sus bodas de oro a finales de este mes y quería comprarles algo especial. Creo que les va a encantar.

Blossom sonrió. La generosidad de aquel hombre hacia el matrimonio la incomodaba de alguna manera. Era más fácil mantener las distancias creyendo que aquel hombre era un jefe duro y despiadado y un donjuán, como se lo había pintado su hermana.

De vuelta al coche, Zak no puso el motor en marcha inmediatamente.

—¿Qué pasó con tu ex marido?—le preguntó con cariño—. Si no quieres, no me lo cuentes, pero me gustaría saberlo para entenderte.

Blossom lo miró sobresaltada.

—Creía que lo sabías todo. Creía que la persona que contrataste para encontrarme te lo habría dicho.

—Lo único que me dijo fue que habías estado casada, que él se fue siete meses después de la boda y que había otra mujer por medio. También sé que tu ex marido era modelo y que, cuando te conoció, comenzó a tener más trabajo que nunca. Supongo que no sería coincidencia.

Blossom bajó la mirada.

—No, no fue coincidencia—admitió—. Dean me utilizó para conseguir lo que quería. Se casó conmigo por interés. Yo no me enteré hasta que me abandonó. Se llevó todo el dinero que tenía en el banco y se fue con la mujer con la que vivía cuando me conoció y a la que nunca había dejado de ver mientras estaba conmigo—le contó levantando la mirada—. Lo más gracioso fue que yo creía que éramos felices. Estaba convencida de ello. Ahora, miro para atrás y me doy cuenta de ciertas cosas, pero entonces...—añadió meneando la cabeza—. Supongo que fui tonta.

—No, fuiste una mujer que confió, una buena persona a la que engañó un canalla mentiroso y sin escrúpulos. No fuiste tonta, Blossom. Confiaste en una persona que proyectó una determinada imagen, la imagen que quería que tuvieras de él. Cuando una persona

no tiene escrúpulos y le quiere hacer creer algo a una buena persona, lo consigue, pero, tarde o temprano, paga por lo que ha hecho.

—No creo que en el caso de Dean vaya a ser así.

—Algún día, se dará cuenta de que ha tirado por la borda la oportunidad de estar con una persona que lo hubiera sacado de ese mundo de mentiras y que lo hubiera convertido en un rey. Algún día se dará cuenta, tal vez antes de lo que tú te crees. Mi detective me dijo que no le había ido muy bien en estos dos últimos años. ¿Lo sabías?

Blossom negó con la cabeza y volvió a tener la misma sensación de tristeza que había tenido la tarde anterior, sólo que ahora comprendía lo que estaba sucediendo.

Ojalá hubiera conocido Zak antes que a Dean, ojalá no se hubiera casado jamás con el modelo, ojalá no la hubiera traicionado, ojalá fuera la Blossom de antes, pero no lo era.

Había cambiado. Irrevocablemente. Sabía que nunca tendría paz estando al lado de un hombre como Zak y una de las cosas que más valoraba en el mundo era su paz interior.

—¿Qué harías si Dean se pusiera en contacto contigo y quisiera verte?

—No lo sé—contestó Blossom sinceramente—. Ya no siento nada por él, ni siquiera odio. Al principio, lo odié. Mucho. Me gustaba odiarlo porque, de alguna manera, me demostraba que todavía era capaz de sentir. No sé si me entiendes.

Zak asintió.

—Un buen día, me di cuenta de que odiándolo me estaba haciendo daño a mí misma, así que fui al psicólogo, le abrí mi alma, escribí cartas para Dean que leía en la terapia y luego quemaba, un día fuimos al río y estuve tirando piedras que simbolizaban mi rabia, mi dolor y mi odio—sonrió recordando sus tardes de terapia.

—¿Y funcionó?—le preguntó Zak con afecto.

—Sí—contestó Blossom.

—Me alegro—dijo Zak, besándola en la boca.

Al instante, Blossom sintió que algo muy fuerte se apoderaba de ella. No era sólo deseo. No sabía qué quería Zak exactamente de ella, pero no se lo iba a poder dar. Tenía mucho miedo.

—Bueno, ahora ya sabes por qué estoy centrada completamente en mi trabajo—comentó—. Ahora ya sabes por qué no quiero salir con nadie y te advierto que voy a seguir opinando así. No necesito a ningún hombre en mi vida. Quiero que te quede claro. Por si este fin de semana te ha parecido otra cosa. No he cambiado de opinión—le dijo mirándolo desafiante.

Zak no contestó, se limitó a mirarla.

—¿Te sientes mejor?

No, lo cierto era que se sentía bastante peor, se sentía fatal.

—Sólo quería…

—Sí, que quedara claro—la interrumpió Zak sin acritud—. Bueno, ¿y qué te parece si nos vamos a casa a disfrutar del brunch de Geraldine, de una buena siesta y de un largo paseo con los perros cuando haya refrescado?

Era un plan maravilloso, pero no debía quedarse.

—Tengo que volver a mi casa. Tengo un montón de trabajo—se excusó.

—Probablemente, lo terminarías mucho antes si recargaras pilas durante el fin de semana.

Blossom tenía las pilas bien cargadas, era su libido la que le estaba dando problemas.

—Lo siento, pero tengo mucho trabajo.

—Qué pena. Te tengo que proteger de ti misma, así que no pienso llevarte a casa hasta después del té. Y te advierto que Geraldine hace el té a la antigua usanza, con montones de sándwiches y de bizcochos.

—¿Es que no sabes pensar más que en comer?—le espetó Blossom.

—Pienso en muchas otras cosas, pero no te las digo para que no salgas del coche corriendo.

Blossom comprendió que se lo había buscado, así que no contestó.

Zak sonrió muy satisfecho y volvió a besarla, haciéndola sentirse viva.

—Esto es de verdad—le dijo—. Lo que sentimos cuando nos tocamos es de verdad.

—Dean me hizo el amor y era todo mentira.

—No, con él tuviste sexo. Lo sé porque yo me he acostado con muchas mujeres, pero ninguna me ha hecho sentir lo que tú me haces sentir. Me he acostado con ellas y he experimentado placer, pero no he sentido con ninguna lo que siento contigo con un beso. ¿Cómo te explicas eso?

—Porque yo soy… yo soy un reto—contestó Blossom, elevando el mentón en actitud desafiante.

—Tonterías. Los chiquillos se excitan ante los retos, pero yo dejé de ser un adolescente hace mucho tiempo. Antes de conocerte, lo único que quería era placer y satisfacción, no quería relaciones ni complicaciones, no quería lágrimas, así que solamente estaba con mujeres que buscaban lo mismo que yo, relaciones sin ataduras que cuando terminaban nos permitían seguir siendo amigos. Mi infancia fue un antídoto contra el amor porque vi lo que le sucedió a mi padre. El quería mucho a mi madre. Intentó no quererla, pero no pudo evitarlo. Quiso hacernos creer a todos que ese amor se había convertido en odio. No sé si fue así, pero lo que sí sé es que su vida quedó destrozada y no quiso ocuparse de nadie más, ni siquiera de su hijo.

Blossom no dijo nada. Era evidente que Zak estaba sufriendo al recordar todo aquello.

—Desde muy pequeño, decidí que aquello no me iba a suceder a mí jamás, quería vivir solo, ser libre como un pájaro, pero tú eres diferente. Ya sé que parece algo muy típico, pero es la verdad. No sé lo que tienes, pero me enamoré de ti nada más verte. Así de simple. De repente, se abrió la puerta y apareció una mujer despeinada y con la camiseta manchada de comida y me enamoré—declaró meneando la cabeza como si todavía le costara creerlo.

Blossom no quería que Zak dijera cosas así.

—Desde el principio, quise volver a verte. Me costara lo que me costara, tenía que saber.

Blossom no preguntó qué era lo que tenía que saber. Quería que aquella conversación se terminara. Si seguía adelante, cuando su relación terminara, iba a sufrir mucho. Y seguro que terminaba porque un hombre como Zak no era para ella, era imposible que quisiera seguir con ella toda la vida cuando conocía a mujeres guapísimas todos los días.

Entonces, tarde o temprano, se daría cuenta de que se había equivocado, de que ya no tenía nada especial, le diría con mucho afecto, no como Dean, que lo sentía mucho y se iría, la abandonaría y seguiría adelante con su vida y ella... a ella le resultaría imposible hacer lo mismo.

—Te has quedado pálida. Dime algo.

—Lo siento, Zak—se lamentó Blossom—. No puedo ser lo que tú quieres que sea. Entiéndeme. No eres tú, soy yo.

—Lo único que quiero es que seas tú misma.

No era suficiente. No sería suficiente para él. Blossom lo miró apenada. Aquel hombre no lo entendería nunca.

—Lo siento—repitió apartando la mirada.

—Está bien—accedió Zak—. Entonces, seguimos como antes. Vamos a seguir conociéndonos poco a poco.

—Yo creo que lo que deberíamos hacer es dejarlo ahora mismo—le espetó Blossom.

Zak la miró aterrado y dolido.

—Algún día, te darás cuenta de que no eres capaz de resistirte a mis encantos—sonrió sin embargo.

—¿Lo dices porque siempre consigues lo que quieres?

—Por eso también—contestó Zak, poniendo el coche en marcha y dando por finalizada la conversación con aquella contestación enigmática.

# Capítulo 8

Blossom volvió a su casa decidida a no volver a salir con Zak, pero, al cabo de unas semanas, volvió a verlo cada vez más a menudo. A veces, iba a buscarla para salir a cenar, ir al cine o al teatro y, en otras ocasiones, se quedaban tomando algo en casa de él o de ella, lo que le dio oportunidad a Blossom de conocer mejor a Geraldine y a Will e incluso a Thor y a Titus, que se ponían patas arriba cuando la veían para que les hiciera caricias.

El verano dio paso al otoño y Blossom ya no se imaginaba su vida sin Zak, lo que la hacía enfadarse consigo misma por no haber sido capaz, por no haber tenido la fuerza, de dejar de verlo.

Lo cierto era que la tenía atrapada.

Zak le había dejado muy claro que tenía que ser ella la que le dijera cuándo quería tener relaciones sexuales y Blossom todavía no había dicho nada a pesar de que las ocasiones se habían ido presentando.

Sabía que todo dependía de ella porque él era un perfecto caballero y no iba a intentar nada. Blossom había intentado cambiar. Lo había intentado de verdad, pero, en lo más profundo de sí misma, esperaba que Zak se cansara de ella y eso era lo que le impedía dar un paso adelante.

Lo cierto era que no confiaba en él.

No podían seguir así.

Era mejor acabar con aquello cuanto antes, antes de que Zak se cansara de que no le diera lo que él quería y comenzaran a discutir y a hacerse daño.

Blossom se acercó a la mesa en la que tenía guardada la carta que había llegado el día anterior por la mañana. Entonces, tras leerla varias veces, se había dicho que quería disfrutar de un día más con Zak.

Bueno, aquel día ya había pasado. Ahora, había llegado el momento de la verdad. Había quedado con él para salir a tomar una copa aquella noche.

Se lo diría entonces.

Para las siete de la tarde, Blossom había mandado un correo electrónico a la empresa que le había ofrecido trabajar durante tres meses en Estados Unidos aceptando el trabajo, se había lavado el pelo y estaba esperando a Zak. No se había arreglado. ¿Para qué? Cuando le hubiera dicho lo que tenía que decirle, no iban a salir.

Estaba nerviosa y, cuando sonó el timbre, dio un respingo y sintió que el corazón se le salía por la boca.

—¿Estás lista?—le preguntó Zak por el telefonillo.

—No, sube un momento. Tenemos que hablar—contestó Blossom, abriéndole la puerta.

Cuando Zak entró en su casa, lo hizo intentando sonreír, pero, evidentemente, sospechaba algo. Blossom se giró y caminó hacia el salón. Zak no preguntó nada. Blossom se quedó mirándolo.

Afuera llovía.

—Tenemos que hablar—le dijo con voz trémula.

—Ya me lo has dicho—contestó Zak, metiendo las manos en los bolsillos del abrigo—. ¿Qué pasa?

—Siéntate—le indicó Blossom—. ¿Quieres un café?

Zak asintió.

—Algo me dice que lo voy a necesitar.

Cuando Blossom volvió con el café, encontró a Zak mirando por la ventana. No se había quitado el abrigo.

—Por favor, siéntate—insistió sirviéndole un café y rezando para que no se diera cuenta de que le temblaban las manos.

A continuación, se sentó también y le entregó la carta que había recibido.

—La recibí ayer—le explicó.

Zak dejó la taza de café sobre la mesa y leyó la carta. ¿Por qué tuvo que ser en aquel preciso instante cuando Blossom se dio cuenta de que lo amaba? Cuando vio que se ponía serio, que los ojos se le enturbiaban, lo supo.

Lo amaba y era un amor que no tenía nada que ver con el que había sentido por Dean, era algo mucho más fuerte.

—Me he olvidado de las galletas—declaró poniéndose muy nerviosa y corriendo a la cocina.

«Estúpida, estúpida, estúpida», se dijo a sí misma tapándose la cara con las manos.

¿Cómo había podido cometer el error de enamorarse de él? Blossom intentó recuperar la compostura, respiró profundamente un par de veces, volcó la mitad del paquete de galletas sin demasiada ceremonia en una fuente y volvió al salón.

—Es una oportunidad fantástica—comentó Zak al verla—. Pases de modelos en las principales ciudades, prensa y mucha gente famosa.

—Sí, es una gran oportunidad—contestó Blossom sintiendo que le temblaban las piernas.

—Sin duda, debes ir.

Blossom se quedó mirándolo fijamente. No era la respuesta que esperaba.

—Voy a ir—declaró.

—Bien—contestó Zak, dejando la carta sobre la mesa y tomando el café—. Estados Unidos no está tan lejos. Unas cuantas horas de vuelo.

Supongo que podré ir la mayor parte de los fines de semana. Por lo menos, nos dará tiempo a cenar juntos.

No, no. Ahora que sabía que estaba enamorada de él, Blossom era consciente de que Zak tenía un poder sobre ella que la aterrorizaba. Se sentía como una mosca atrapada en la tela de una araña que se acercaba peligrosamente para devorarla.

—No creo que sea posible—declaró tomando aire—. No quiero que vengas. No sería… no quiero que vengas.

Zak palideció.

—¿Qué me estás diciendo?

—Te estoy diciendo que deberíamos poner fin a nuestra relación. Así… así serás libre para hacer lo que quieras y yo, también. Me parece lo lógico dadas las circunstancias. Las relaciones a larga distancia nunca funcionan.

—¿De verdad? ¿Cuántas relaciones a larga distancia has mantenido para decir eso?

Aunque había hablado con calma, Blossom sabía que estaba enfadado, y no era de extrañar.

—Es de lógica—contestó encogiéndose de hombros.

—A mí no me lo parece.

—Zak, estuvimos de acuerdo desde el principio en que esto iba a ser algo pasajero, nada serio. A mí me parece que ha llegado el momento de ponerle punto final—declaró Blossom, haciendo como si lo que habían compartido durante las últimas semanas no hubiera sido nada.

Como si Zak no se hubiera abierto a ella por completo. De repente, Blossom comprendió que había sido ella la que siempre había mantenido las distancias.

—No te creo—contestó Zak mirándola a los ojos.

—¿Qué?—se sorprendió Blossom.

—Me dices todo esto porque no te atreves a decirme la verdad—declaró Zak echándose hacia delante—. Estoy muy cerca de conseguir que bajes la guardia y estás asustada, ¿verdad? La intocable reina de hielo se está derritiendo y está asustada.

—No digas tonterías, yo…

—¿Acaso no sabes a estas alturas que yo jamás te haría daño?—se indignó Zak tomándola entre sus brazos—. Los dos sabemos perfectamente que podría haberme acostado contigo varias veces, pero no lo he hecho porque no es sólo tu cuerpo lo que quiero. Te quiero entera, Blossom. Quiero todo. Si te da miedo, peor para ti. Si hubiera querido una simple aventura, me habría acostado contigo al principio y los dos sabemos que podría haberlo hecho, pero quiero mucho más. Siempre lo he querido, desde que te conocí.

Blossom sintió que el corazón le daba un vuelco.

—Yo no te puedo dar lo que tú quieres. Lo sabes, Zak. No puedo.

—No, no quieres, que no es lo mismo.

Había mujeres mucho más guapas que ella, mujeres con cuerpos mucho más bonitos, más divertidas, con más experiencia en muchos sentidos, más inteligentes y más cultas.

Entonces, ¿por qué ella?

Debía de haber pronunciado sus dudas en voz alta porque Zak le contestó a su pregunta.

—¿Por qué tú? ¿Acaso no lo sabes? Porque te quiero. Te quiero desde el principio, Blossom.

Blossom se quedó mirándolo estupefacta.

—Te aseguro que me he pasado muchas noches en vela y que me he dado más duchas frías que en toda mi vida. Te deseo tanto que me duele, pero, si nos hubiéramos acostado, te habría arrebatado algo importante. Te conozco y sé que habría sido así. Te habrías arrepentido. Probablemente, habrías seguido conmigo por haber compartido tanta intimidad, pero no habrías podido elegir, la pasión te habría llevado a una situación en la que no te sentirías a gusto, en la que no estarías segura de mí. Tengo razón, ¿verdad? Cuando decidas que quieres confiar en mí, que quieres quedarte conmigo, que aceptas que no soy como Dean, será sin sexo de por medio. Cuando tomes la decisión de comprometerte conmigo, será algo racional y bien pensado.

Blossom tragó saliva.

—Ya he tomado una decisión. No quiero volver a verte.

—¿Así sin más? Pero si te acabo de decir que te quiero.

—Da igual, eso no supone ninguna diferencia—mintió Blossom, siguiendo adelante con el guión que tenía previsto.

—¿Cómo que no?—se indignó Zak—. Maldita sea, Blossom, claro que supone una diferencia.

—Para mí, no... ya me lo han...

—¿Qué ibas a decir?—la interrumpió Zak—. ¿Ibas a decir que ya te lo han dicho?—se enfureció—. Para que lo sepas, yo no te lo había dicho nunca y quiero que sepas que eres la primera mujer a la que se lo digo en la vida. A estas alturas, deberías saber lo difícil que es para mí decir algo así. Si no lo sabes, es que realmente no hay nada entre nosotros.

Blossom sintió que el corazón le latía aceleradamente y que se le formaba un nudo de pánico en la garganta. La desesperación y el miedo se estaban apoderando de ella.

—Tu marido te engañó, Blossom, te trató como si fueras una porquería y no te lo merecías, pero eso se terminó hace más de dos años.

—¿Me estás diciendo que debería haberlo superado ya?—se enfadó

Blossom.

—Sí, eso es—contestó Zak—. Ya va siendo hora de que sigas adelante y te dejes de hacer la víctima.

Blossom no se podía creer lo que acababa de oír.

—¿Víctima? ¿Cómo te atreves a hablarme así?

—Me atrevo porque es la verdad. En algún momento de la vida, todos pasamos por una situación difícil, ya sea una enfermedad o una traición o lo que sea. No pasa nada por sentirnos mal, somos seres humanos de carne y hueso, pero hay que salir del hoyo. No estoy diciendo que lo que te sucedió no fuera cruel y duro, pero te digo que debes vivir el presente. Debes olvidar el pasado.

—Yo no vivo en el pasado.

—Claro que sí—insistió Zak con tristeza—. Me miras y lo único que ves es a un hombre cuya vida está gobernada por lo que tiene entre las piernas.

Blossom dio un respingo, pero Zak no pareció dispuesto a pedir perdón por sus palabras.

—No estás dispuesta a darme una oportunidad, no confías en mí y no crees que pueda borrar con mi amor el dolor y el rechazo que has experimentado con otro hombre. Y te estoy hablando de amor, Blossom. No te estoy hablando de sexo. Que te quede claro.

Blossom se mordió el labio inferior y se dijo que debía seguir adelante con su decisión, no podía mostrarse débil ahora. Zak la estaba confundiendo, la estaba haciendo dudar de sí misma.

—Yo sé lo que es el rechazo y la pérdida—declaró Zak—. Fueron mis compañeros de viaje durante mi niñez y me han acompañado también hasta la edad adulta, convirtieron a mi padre en un hombre amargado y cruel hasta con su propio hijo, pero yo me deshice de ellos, me liberé.

Había hablado con tranquilidad y amabilidad y Blossom sintió unas profundas ganas de llorar. Zak parecía duro y fuerte, pero era vulnerable al mismo tiempo. Aquello le estaba rompiendo el corazón, pero el instinto de supervivencia era todavía más fuerte.

A lo mejor Zak tenía razón en lo que le estaba diciendo, a lo mejor debería olvidar el pasado, debería olvidarse del miedo y de todas las emociones que la paralizaban cuando pensaba en el futuro.

Lo cierto era que no quería volver a sentirse como se había sentido cuando Dean había desaparecido porque sabía que no podría sobrevivir una segunda vez y sabía que, si Zak le fallaba, sería mil veces peor que con Dean.

—No creo que seas como Dean, pero no sabes lo que vas a sentir dentro de unos meses, de un año o de dos porque nadie lo sabe—añadió con voz trémula—. Yo me he acostumbrado a estar sola, me he acostumbrado a arreglármelas sola y a hacer frente a los problemas yo

sola. No soy responsable de nadie y no dependo de nadie. Tengo mi casa, mi trabajo, mis amigas y mi familia. Es suficiente.

—No, no es suficiente y, cuando algún día te des cuenta, será demasiado tarde.

—Ya haré frente a ese problema cuando llegue si es que llega el momento—declaró Blossom, apretando los dientes.

—¿Y dónde me deja eso a mí?—le espetó Zak rabioso—. Te quiero y sé que lo que tú sientes por mí es algo parecido. Date una oportunidad, date la oportunidad de quererme. Si te vas, si me dejas, será una sentencia de muerte para los dos.

Dicho aquello, la tomó entre sus brazos y la besó con desesperación, con frustración y con rabia. Blossom estuvo a punto de ceder porque deseaba tanto estar con él que se le hacía imposible pensar que lo estaba apartando de su vida, pero consiguió apartarse de él, lo apartó de su cuerpo y gritó.

—¡Déjame en paz! ¿Por qué no me dejas en paz? ¡No quiero estar contigo!

La histeria se había apoderado de ella.

Zak la soltó inmediatamente y negó con la cabeza.

—Por favor, vete—le pidió Blossom desde el rincón del salón en el que se había refugiado para deshacerse de él, aterrorizada ante la posibilidad de abrazarlo y no querer soltarlo jamás.

—Blossom, no me mires así—se lamentó Zak—. ¿Por quién me has tomado? No te iba a hacer daño.

Ya se lo había hecho. Blossom no se movió, estaba pálida y lo miraba con los ojos muy abiertos. Desde su rincón, observó cómo Zak tomaba aire varias veces, se pasaba los dedos por el pelo y se alisaba el abrigo. Luego, cruzó el salón sin mediar palabra, abrió la puerta y la cerró al salir.

Se había ido.

Blossom sintió que las piernas se le doblaban y se vio sentada sobre la alfombra, temblando de manera incontrolable.

Era imposible que se hubiera ido.

Blossom se quedó escuchando el silencio, los minutos fueron pasando y allí estaba.

Sola, tal y como le había dicho a Zak que quería estar.

Su relación no podía haber acabado peor y había sido culpa suya.

# Capítulo 9

Aquella noche fue interminable y amaneció lloviendo. Blossom la pasó casi por completo acurrucada en una butaca del salón, escuchando la lluvia y recordando una y otra vez cada una de las palabras que habían pronunciado tanto Zak como ella.

El teléfono sonó a las siete en punto, cuando se estaba preparando el desayuno, y corrió a contestar con el corazón latiéndole aceleradamente.

—¿Sí?

—¿Blossom? Espero no haberte despertado, pero quería hablar contigo cuanto antes—le dijo su hermana—. ¿Qué tal han ido las cosas?

Blossom cerró los ojos con fuerza. El día anterior, había llamado a Melissa para contarle que había tomado la decisión de poner fin a su relación con Zak y su hermana se había mostrado muy preocupada.

—¿Blossom? ¿Qué tal fueron las cosas con Zak?

—No muy bien.

—¿Eso quiere decir que todo ha terminado?—insistió Melissa decepcionada.

—Sí, todo ha terminado—sollozó Blossom.

A continuación, Melissa adoptó un papel maternal y consoló a su hermana, pero, al final, Blossom consiguió convencerla de que no se iba a tirar desde un rascacielos y dar por terminada la conversación.

Por desgracia, no tenía trabajo aquel día. En su profesión, muchas veces era todo o nada y aquel día era nada, así que las horas pasaron interminables ante ella. Tampoco podía irse a pasear al parque porque estaba lloviendo a mares, así que se quedó sentada en la butaca, desmadejada y triste.

No, no iba a caer en los mismos patrones mentales que cuando Dean se había ido. En aquellos días, salir de la cama le había supuesto un gran esfuerzo. Blossom se obligó a tomarse una tostada aunque le supo a cartón y, después de desayunar, se duchó, se puso ropa vieja y limpió el piso de arriba abajo, lo que le llevó casi todo el día.

Por la noche, recibió un correo electrónico en el que le preguntaban desde Estados Unidos si podría llegar quince días antes de lo previsto. Había mucho trabajo y le agradecerían enormemente que pudiera estar allí aquel mismo fin de semana.

Así que, cuatro días después, Blossom sobrevolaba Heathrow en dirección a Estados Unidos, diciéndose que tener mucho trabajo era lo que mejor le venía en aquellos momentos.

Había sido una gran suerte que Zak no la hubiera llamado ni hubiera intentado contactar con ella de ninguna manera.

Una gran suerte, sí.

Desde que puso un pie en Estados Unidos, estuvo ocupada las veinticuatro horas del día. El trabajo era divertido y estimulante, ya que el desfile se iba moviendo de un estado a otro. Llegó un momento en el que Blossom apenas sabía dónde estaba. Necesitó echar mano de todo lo que había aprendido durante años como fotógrafa para conseguir salir bien parada, pero lo consiguió.

También consiguió no preguntarle a su hermana por Zak durante el primer mes, pero, una mañana en la que se despertó muy pronto, al amanecer, llorando, acurrucada en su cama, se convenció de que había perdido la batalla y admitió que quería saber qué tal estaba, así que llamó a Melissa.

—¿Pero no ibas a llamar el viernes?—le preguntó su hermana extrañada.

—Sí, pero quería hablar contigo—contestó Blossom—. ¿He llamado en un mal momento?

Era un poco tarde por la noche, pero Blossom lo había hecho adrede para que los niños estuvieran acostados.

—No, no—le aseguró Melissa—. No pasa nada, pero es que tenemos invitados.

—Ah, no te entretengo entonces. Sólo quería preguntarte si sabías algo de Zak. Como no me has hablado de él en ningún momento...

Melissa se quedó en silencio unos segundos.

—No, no te he hablado de él porque no creía que quisieras.

—No quiero hacerlo en detalle, pero quiero saber de él—contestó Blossom sinceramente—. He pasado una noche terrible. No te puedes imaginar. Me siento tan...

—¿Culpable?

—Iba a decir triste y sola, pero supongo que también me siento un poco culpable, sí.

—¿Sabes lo que pasa? Yo creo que huiste de él, Blossom, tomaste el camino fácil en lugar de enfrentarte a tus miedos y ahora te sientes fatal.

—Gracias por el apoyo—se lamentó Blossom.

—Es la verdad, pero siento mucho que no te encuentres bien.

—Pero me estás diciendo que todo es culpa mía, ¿verdad?

Melissa no contestó.

—No, no hace falta que digas nada, tengo muy claro que fue culpa mía—admitió Blossom.

Se había intentado convencer una y mil veces desde que había llegado a Estados Unidos de que había hecho lo correcto, pero ya no lo creía. Claro que, cuando consideraba cuál habría sido la alternativa, el miedo la paralizaba, así que, de cualquier manera, estaba en una situación espantosa.

—¿Te ha dicho Greg algo sobre Zak?

—No, la verdad es que no—contestó Melissa.

No parecía muy convencida y, teniendo en cuenta que eran mellizas, Blossom se dio cuenta de que le estaba ocultando algo.

—¿Está enfermo o algo así? ¿No habrá tenido un accidente?

—¿Zak? No, nada de eso.

Blossom cerró los ojos y sintió que el corazón le latía con fuerza.

—¿Está saliendo con otra persona?

—Blossom, Zak es el jefe de Greg y no le cuenta su vida personal.

—Pero sabes algo—insistió Blossom.

—No, no sé nada—suspiró Melissa.

Blossom no estaba convencida en absoluto.

—En cualquier caso, corrígeme si me equivoco, fuiste tú la que insistió en que quedabais los dos libres para hacer lo que quisierais. Eso quiere decir que Zak puede salir con quien le dé la gana. No es asunto tuyo.

Blossom era consciente de ello. Casi todas sus pesadillas versaban sobre aquel tema. Zak saliendo con otra mujer.

—No me ayuda en absoluto que me digas cosas así.

—Yo creo que sí te ayuda y que alguien te las tiene que decir.

—Te tengo que dejar—se lamentó Blossom.

—Muy bien—se despidió Melissa muy tranquila—. Cuídate y llámame cuando quieras.

¿Para qué? Habría sido menos doloroso que le arrancaran las uñas.

Cuando hubo colgado el teléfono, se quedó mirando a la nada, convencida de que Zak estaba saliendo con otra mujer. Estaba segura y era normal, pues, al fin y al cabo, le había dejado muy claro que lo suyo estaba completamente terminado, así que Zak había seguido adelante con su vida.

Blossom sintió que el corazón se le contraía y se mordió el labio inferior. Al instante, decidió no volver a preguntar por él. Había sido un error terrible. Blossom se sacó el pañuelo del bolsillo y se secó las lágrimas que le corrían por las mejillas.

Durante las siguientes semanas, tuvo tanto trabajo o más que las anteriores, pero, desde la llamada, aunque estaba exhausta, no podía dormir por las noches. No podía dormir, se tenía que obligar a comer y, aunque sus jefes estaban encantados con su trabajo, ella no encontraba ninguna satisfacción en hacerlo.

El último desfile fue cinco días antes de Navidad y, para entonces, estaba deshecha y había bajado dos tallas, lo que le habría encantado, pues por fin tenía la talla que siempre había querido tener y que nunca había conseguido, si no hubiera sido porque estaba desolada.

No le servía de nada decirse que había hecho lo correcto, tal y

como ponía de manifiesto que Zak se hubiera olvidado de ella tan pronto.

Cuando había llamado a su hermana, había tenido mucho cuidado de no preguntar por Zak, habían hablado de su trabajo, de los hijos de Melissa y de los regalos de Navidad. Su hermana la había invitado a pasar las Navidades con ellos y Blossom había aceptado, pues era una fecha difícil. Dean había elegido precisamente esa fecha para abandonarla y, desde entonces, Blossom había pasado las Navidades en casa de su hermana, disfrutando de ser una más de su familia.

Blossom abandonó Estados Unidos el veintiuno de diciembre y se quedó dormida nada más montarse en el avión, diciéndose que, en cuanto llegara a casa de su hermana, podría dormir y dormir sin parar y, así, estaría bien para después de Navidad, lo que le permitiría recoger los pedazos que quedaran de ella y volver a su vida normal.

Al aterrizar, tardó una eternidad en pasar por la aduana. Cuando lo consiguió, se dirigió al baño y, al mirarse al espejo, se quedó horrorizada. No se había maquillado para el viaje, pero, al haberse dormido, se le olvidó ponerse crema hidratante, como le gustaba hacer para que su piel no sufriera, así que la imagen que vio no le gustó en absoluto.

Y menos le gustó todavía encontrarse a Zak esperando en la salida. Mientras avanzaba empujando el carrito en el que llevaba su equipaje, se dijo que, tal vez, había ido a buscar a otra persona. En cualquier caso, el corazón le latía desbocado.

—Hola, Blossom—la saludó Zak besándola en la mejilla y haciéndose cargo de sus maletas—. ¿Te encuentras bien? No tienes buen aspecto.

—Estoy cansada, el viaje es muy largo.

Zak comenzó a andar empujando el carrito y Blossom no tuvo más remedio que seguirlo.

—¿Y mi hermana? Había quedado con ella para que me viniera a buscar.

—He venido yo.

—¿Por qué? ¿Ha sucedido algo en su casa?

—No.

¿Por qué contestaba con monosílabos, por amor de Dios?

—¿Entonces? ¿Qué haces aquí, Zak? ¿Por qué has venido a buscarme?

¡Después de tres meses de no saber absolutamente nada de él, aparecía de repente como si nada!

—¿Tú qué crees?—contestó Zak, enarcando una ceja y mirándola a los ojos—. ¿Me has echado de menos?—añadió besándola.

Blossom dio un paso atrás. ¿Cómo se atrevía a besarla cuando estaba saliendo con otras mujeres?

—Zak... creía que habíamos acordado que lo nuestro había terminado...

—Yo no acordé nada. Si mal no recuerdo, fuiste tú la que tomó todas las decisiones.

Zak tenía un aspecto maravilloso y Blossom, que creía que ya había llorado todo lo que tenía que llorar, se encontró con los ojos llenos de lágrimas.

—Por favor, no me hagas esto—le dijo con un nudo en la garganta.

Zak se quedó mirándola, maldijo en voz baja, la tomó de la mano y empujó de nuevo el carrito. Ninguno dijo nada mientras pagaba el aparcamiento. Tampoco hablaron mientras cargaba el equipaje de Blossom en su coche.

Mientras el vehículo avanzaba hacia la ciudad, la Navidad los envolvió por completo. Era de noche y todos los escaparates estaban iluminados y, como guinda del pastel, comenzó a nevar.

—Este no es el camino de casa de Melissa—comentó de repente Blossom, que iba mirando por la ventanilla.

—¿Y quién ha dicho que fuéramos a casa de tu hermana?

—Yo. Quiero decir, eso es lo que había quedado con ella. Voy a pasar las Navidades con ellos.

Zak la miró de reojo y, cuando sus miradas se encontraron, algo los unió, algo vital y potente.

—No creo—contestó con calma.

Blossom sintió que el corazón comenzaba a latirle aceleradamente.

—Voy a pasar las Navidades en casa de mi hermana—insistió.

Zak no contestó, continuó conduciendo y puso los limpiaparabrisas en marcha, pues había comenzado a nevar con fuerza.

—Zak, quiero ir a casa de mi hermana—gritó Blossom—. Para el coche.

Zak se paró en el arcén de una bien iluminada carretera y paró el motor.

—¿Y ahora qué?

—Quiero ir a casa de mi hermana—repitió Blossom con vehemencia.

—No es cierto—contestó Zak tomándola entre sus brazos y besándola hasta dejarla sin respiración.

—Esto no es justo—murmuró Blossom temblando.

—Tú sabes mejor que nadie que siempre respeté tus reglas, pero mira a qué situación me llevó hacerlo—recapacitó muy serio—. Me dejaste—añadió acariciándole los labios con los dedos—, así que ahora vamos a jugar según mis reglas.

—¿Entre tus reglas está el secuestro?

—Lo que haga falta—sonrió Zak.

—No finjas que has estado solo y desconsolado, porque sé que no

ha sido así. No soy idiota—le espetó Blossom.

Estaba tan cansada que no se iba a parar a considerar sus palabras.

—No, no eres idiota, eres una mujer muy insegura y, precisamente por eso, aunque me ha costado mucho, te he dejado creer que estaba saliendo con otras mujeres, pero no es cierto.

Blossom se quedó mirándolo fijamente. Había algo en su manera de decirlo que indicaba que estaba diciendo la verdad.

—¿Y por qué, si sabías que yo creía que estabas saliendo con otras mujeres, no hiciste algo?

—¿Como qué?

—Como llamarme o venir a verme. Fuiste tú el que dijiste que Estados Unidos no estaba tan lejos.

—Sí, y tú me contestaste que no querías verme, que ibas a tener mucho trabajo. De hecho, me dijiste que no querías volver a verme. ¿No lo recuerdas?

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Porque te conozco mejor de lo que te conoces tú a ti misma y sé que, a veces, creer que has perdido algo te impulsa a valorarlo.

—Decías que no jugabas a jueguecitos, pero esto es un juego.

—No, es una estrategia—contestó Zak—. Estoy luchando por nuestro futuro, Blossom, el tuyo y el mío, juntos. Pienso seguir haciéndolo. No tenía pensado casarme así, pero qué le vamos a hacer.

Blossom lo miró fijamente. Había dicho «casarse». Blossom lo miró aterrorizada. Le habría gustado abrir la puerta y salir corriendo, pero no tenía adonde ir, estaba atrapada en el coche, en mitad de una nevada, con Zak.

—Estás muy cansada—murmuró Zak—. Has perdido mucho peso y necesitas comer la maravillosa comida de Geraldine para engordar un poco, así que vas a pasar las Navidades conmigo.

—Pero Melissa espera que pase las fiestas con ellos. He comprado los regalos y todo—protestó Blossom.

—No, tu hermana está encantada de que estés conmigo—sonrió Zak—. En los meses en los que has estado fuera, hemos tenido tiempo de conocernos bien y cuento con su aprobación. En cuanto a los regalos, no te preocupes, se los daremos.

—¿Has estado viendo a mi hermana?—se sorprendió Blossom.

—Greg y ella se apiadaron de un hombre con el corazón roto. A tu hermana le pareció que lo mínimo que podía hacer era darme de cenar un par de veces por semana y yo nunca rechazo una buena invitación. Además, me apetecía que me hablaran de ti.

De repente, Blossom comprendió.

—Aquella noche... cuando llamé... estabas en casa de Melissa. Por eso estaba tan rara. Y yo creí que era porque...

—Porque tu hermana sabía que yo estaba saliendo con otra mujer.

Sí, ya me lo imaginé. Tú siempre tan confiada...

Blossom se sonrojó y se puso a la defensiva.

—No está bien escuchar las conversaciones de los demás.

—Aquella noche me encontraba fatal. Llevaba semanas sin saber de ti. Melissa intentaba darme ánimos, pero yo estaba empezando a pensar que no había nada que hacer... de repente, llamaste por teléfono y, por lo que le escuché decir a tu hermana, comprendí que seguías pensando en mí.

En realidad, lo único que había hecho en aquellos tres meses había sido pensar en él día y noche.

—Quise ponerme al teléfono para hablar contigo, pero Melissa no me dejó e improvisó que yo estaba viendo a otras mujeres... al principio, me pareció una locura, pero tu hermana me aseguró que sabía lo que estaba haciendo, me dijo que sois mellizas y que sabe cómo funciona tu mente.

—¿Me estás diciendo que se lo inventó todo?—le preguntó Blossom sintiéndose herida.

—Ella sólo quiere lo mejor para ti—le aseguró Zak acariciándole la mejilla y poniendo el coche en marcha de nuevo—. Y yo soy lo mejor, pero no es el momento de seguir hablando porque estás muy cansada. Te voy a llevar a casa y te vas a acostar, podrás dormir todo lo que quieras y, cuando te despiertes, Geraldine estará allí para hacerse cargo de ti.

Blossom no tenía fuerzas para discutir, se sentía cansada e incluso un poco mareada, pero también encantada, pues estaba con Zak. Había ido a buscarla, no se había olvidado de ella, lo suyo no había terminado, lo que la llenaba de miedo porque no sabía de dónde iba a sacar la fuerza para volver a alejarse de él.

No era el momento de pensar en todo aquello.

Zak echó su asiento hacia atrás y le dio una manta que llevaba en el asiento trasero antes de incorporarse de nuevo a la carretera. Blossom se quedó dormida casi al instante y, cuando llegaron a casa de Zak, sintió que alguien la sacaba en brazos del coche y, poco después, se encontraba en una cama cómoda y suaves de sábanas que olían de maravilla, en la que se dejó llevar por el sueño y se sintió en la gloria.

# Capítulo 10

Cuando Blossom abrió los ojos, se dio cuenta de que había dormido mucho. Recordaba haber ido al baño varias veces, recordaba a Geraldine insistiéndole para que se tomara cuencos de sopa con pan y tazas de té, pero todo formaba parte de una nebulosa.

Ahora estaba despierta, sentada en la cama. Al instante, se dio cuenta de que llevaba puesto uno de sus camisones. No recordaba haberse desnudado, así que rezó para que hubiera sido Geraldine quien lo hubiera hecho.

Blossom vio que su reloj estaba sobre la mesilla de noche, lo consultó y comprobó que eran las once. A juzgar por los rayos del sol que intentaban abrirse camino entre las nubes, dilucidó que eran las once de la mañana.

Zak había ido a buscar a al aeropuerto sobre las cuatro de la tarde, así que eso significaba que había dormido casi veinticuatro horas.

Blossom se incorporó, sorprendida al darse cuenta de que seguía estando cansada. En aquel momento, llamaron a la puerta y entró Geraldine.

—Oh, qué bien, estás despierta—sonrió el ama de llaves acercándose a la cama con una bandeja—. Estábamos muy preocupados. Supongo que estabas muy cansada de tanto trabajar. ¿Qué tal te ha ido por allí? ¿Ha merecido la pena?

—¿Cómo? Sí, sí, ah, sí, creo que sí—contestó Blossom—. Siento mucho haber dormido tanto. Si me hubierais avisado, habría bajado a desayunar.

—No pasa nada. El médico dijo que te dejáramos dormir todo lo que necesitaras. Zak lo llamó el primer día.

—¿El primer día? Pero... Geraldine, ¿qué día es hoy?

Algo no encajaba.

—Nochebuena—contestó el ama de llaves—. Ha nevado y está todo precioso, pero hace bastante frío, así que, si quieres salir a pasear, te vas a tener que abrigar bien.

Blossom sólo había oído la primera palabra.

—¿Estamos en Nochebuena?—se sobresaltó—. No puede ser. Eso significa que he dormido dos días enteros.

—Y tres noches—sonrió Geraldine—. Y veo que te han sentado bien. Tienes mucho mejor aspecto. Will y yo nos asustamos mucho cuando te vimos. ¡Cuánto has adelgazado! ¿No se te ocurriría hacer una de esas dietas milagrosas o alguna tontería por el estilo?

—No, claro que no, es que tenía mucho trabajo.

—¿Recuerdas que tu hermana ha venido a verte?

—¿Melissa?

Aquello iba de mal en peor.

—No se quedó mucho tiempo, creo que se quedó satisfecha al ver que estabas en buenas manos. Se sentó a tu lado un rato, te miró, te agarró de la mano y se fue.

—No entiendo nada. No me lo puedo creer. ¿Cómo es posible que haya dormido tanto?—se maravilló Blossom.

—Porque estabas completamente agotada.

La voz procedía de la puerta y ambas mujeres se giraron hacia allí. Zak las miraba con las manos en los bolsillos de los vaqueros y el ceño fruncido.

Blossom se quedó perpleja.

Parecía furioso.

—No es cierto—se defendió.

No estaba dispuesta admitir que había sido la desesperación de perderlo lo que la había llevado a la dramática pérdida de peso y a no dormir en muchas noches.

—Tenía mucho trabajo y tenía que hacerlo—insistió.

Geraldine se fue disimuladamente, cerrando la puerta tras ella.

—No sé cuánto te habrán pagado, pero evidentemente no merecía la pena trabajar tanto. ¿No te das cuenta de que has estado a punto de hacerte mucho daño? El jet lag te salvó, al obligarte a dormir.

«No, me has salvado tú».

Blossom sintió que el pecho le dolía de lo mucho que amaba a aquel hombre que no había tirado la toalla aunque lo había abandonado y le había dicho que no quería estar con él. Aun así, la había esperado. ¿Qué otro hombre en el mundo lo habría hecho? Claro que los demás hombres le daban igual, solo le importaba aquél, aquél al que le había hecho sufrir porque estaba aterrada de volver a confiar en un nombre de nuevo.

Estaba aterrada, seguía estándolo, pero ahora sabía lo que era vivir sin Zak y no creía que pudiera soportarlo. Entonces, ¿qué alternativa le quedaba?

—¿Qué tal te encuentras?—le preguntó Zak acercándose.

—Aunque he dormido mucho, sigo estando cansada—admitió Blossom—, pero he vuelto al mundo de los vivos.

—Menos mal—contestó Zak con voz dulce y serena—. Me he pasado dos días culpándome por haberte permitido llegar a estos extremos.

—Lo que me ha ocurrido no ha sido culpa tuya.

Zak se acercó, se sentó en el borde de la cama y le tomó el rostro entre las manos.

—Me he sentido culpable porque muchas veces estuve a punto de montarme en un avión para ir Estados Unidos a verte.

Desde luego, no se merecía a aquel hombre.

Era increíble pensar que un hombre como él pudiera estar

enamorado de ella, pero era cierto. Era una locura, increíble, pero Zak la amaba. Blossom sintió que algo se desvanecía alrededor de su corazón. Era el escudo, que se estaba rompiendo. Aquello la emocionaba y le daba miedo a partes iguales. El pánico seguía allí, pero se estaba retirando.

Zak la besó en la punta de la nariz y se puso en pie. A Blossom le habría gustado decirle que se quedara, pero no lo hizo. Todavía no había llegado a aquel punto, así que lo observó mientras salía de la habitación y cerraba la puerta con cuidado.

Blossom no se tomó la sopa. Se levantó, fue al baño y se miró al espejo. Desde luego, si Zak podía mirarla con amor cuando tenía aquel aspecto, era que la quería de verdad.

Tras darse una buena ducha, hidratarse todo el cuerpo y recogerse el pelo en un moño, se vistió, corrió las cortinas y exclamó encantada. Los árboles y los arbustos estaban cubiertos de blanco, la nieve refulgía bajo el cielo limpio y despejado de invierno y en lo alto brillaba el sol.

Blossom decidió que le apetecía un sándwich de jamón, así que salió de su habitación. Nada más salir al pasillo, se quedó perpleja ante lo que vio. El vestíbulo dominado por un increíble árbol de Navidad lleno de guirnaldas doradas y rojas, bolas de cristal, velas y lazos, la barandilla de la escalera estaba engalanada con ramas de enredadera y en el salón Bing Crosby estaba cantando villancicos.

Blossom bajó las escaleras y se quedó mirando el árbol de cerca.

—¿Qué haces levantada?—le preguntó Geraldine.

—Tengo hambre. Me apetece un sándwich de jamón. ¿Podría ser?

—Claro que sí—sonrió el ama de llaves—. Anda, vete al estudio con Zak y ahora te lo llevo. Son casi las doce, así que ya va siendo hora de comer.

—Está todo precioso. ¿Siempre decoráis la casa en Navidad?

—Sí, a Zak le encanta—le confió Geraldine bajando la voz—. Creo que es porque nunca tuvo familia con la que celebrar las Navidades. Cuando ponemos el árbol de Navidad, se transforma en un chiquillo. Hay otro en el estudio, con los regalos.

Blossom sonrió, pero sintió un gran dolor al imaginarse a Zak de pequeño, sin Navidad, un niño al que nadie quería.

Blossom se quedó pensativa una vez a solas. Con la infancia que había tenido, Zak podría haberse convertido en un adulto frío y amargado, como su padre, pero le había dicho antes de irse a Estados Unidos que había elegido dejar atrás el pasado.

Blossom comprendió que, si no quería destrozar lo que había entre ellos, ella tenía que hacer lo mismo.

Si Zak había podido asumir años y años de tristeza y rechazo, ella podría con siete meses de matrimonio con un hombre que no le

llegaba ni a la suela de los zapatos.

Zak no era como Dean en absoluto. Dean no habría esperado a una mujer ni un solo día. Estaba acostumbrado a que lo adoraran. Por primera vez desde que se había enterado de la existencia de Juliette, Blossom se compadeció de ella.

—Tienes mucho mejor aspecto—le dijo Zak poniéndose en pie cuando Blossom entró en el estudio.

—Me encuentro mucho mejor—contestó mirando el árbol de Navidad que había en un rincón y que era un poco más pequeño que el que había en el vestíbulo de entrada.

Éste estaba decorado en verde y en blanco y bajo él había regalos envueltos en papel plateado y adornados con lazos verde botella y verde pistacho.

—Veo que te gusta la Navidad—comentó Blossom mirando a Zak a los ojos.

—Me gusta esta Navidad—contestó Zak tomándola entre sus brazos y besándola en los párpados, la frente, las mejillas, en la nariz y, por fin, en la boca.

Blossom le pasó los brazos por el cuello y se apretó contra él, pues necesitaba el contacto físico.

El beso fue profundo y apasionado y Blossom se preguntó cómo demonios había creído que iba ser capaz de vivir sin aquellos besos.

Zak le había enseñado lo íntimo que podía ser un beso y ahora, con controlada y exquisita sensualidad, se estaba moviendo contra ella, dándole placer y haciéndole comprender que sus cuerpos estaban hechos el uno para el otro.

Blossom sentía sus poderosos muslos y su corazón latiendo desbocado y se estremeció.

—Besarte es como una droga…—suspiró Zak sin parar de besarla, agarrándola de la cintura, apretándose contra sus caderas.

A continuación, se apoderó de sus pechos y comenzó a acariciarle los pezones por encima de la ropa. Blossom le clavó las uñas en los hombros y gimió. Zak tenía la respiración entrecortada y temblaba igual que ella, lo que hizo que Blossom se diera cuenta de que estaba intentando controlarse.

—Si seguimos, no voy a ser capaz de parar. ¿Me oyes, Blossom?

Sí, lo había oído, pero ella tampoco podía parar. Así que Zak tuvo que dar un paso atrás y dejar de besarla para que Blossom recuperara la cordura. Entonces, lo miró, estudió su rostro como si fuera la primera vez que lo veía y vio el deseo con el que la miraba.

Y, de repente, comprendió que Zak era frío, calculador y distante cuando la oportunidad lo requería, pero con ella siempre había sido amable y comprensivo.

Exactamente igual que su padre con su madre.

Aquellos dos hombres tan guapos y carismáticos, separados por décadas y destinados a no conocerse jamás, eran exactamente iguales. ¿Cómo no se había dado cuenta antes? ¿Por qué había tardado tantos meses en abrir los ojos? ¿Qué habría sucedido si Zak no hubiera confiado por los dos?

—Te quiero—le dijo con facilidad—. Te quiero más de lo que jamás imaginé que podría querer a una persona y estoy muerta de miedo.

Blossom pensó que Zak no la había oído porque no se había movido, no había hablado, pero, de repente, sonrió con dulzura, con tanta dulzura que Blossom sintió que el corazón se le rompía.

—Esta es mi chica, valiente y decidida—le dijo abrazándola de nuevo.

En esa ocasión, lo hizo con cuidado, como si Blossom fuera frágil y se pudiera romper. Así era exactamente como se sentía en aquellos momentos.

Se quedaron allí, de pie, abrazados, en silencio. Fuera, seguía nevando y el mundo era blanco y sereno, y dentro la chimenea confería paz y tranquilidad a su encuentro.

Blossom dejó que la paz se apoderara de ella.

Estaban en Nochebuena.

—Quiero que seas mi esposa, Blossom—declaró Zak transcurrido un rato—. ¿Te parece bien?

Blossom asintió, comprendiendo cómo era Zak por fin. La amaba y no se conformaba con nada más que con el compromiso más fuerte. Era un hombre de todo o nada.

—Entonces, Blossom White, ¿te quieres casar conmigo? ¿Quieres compartir la vida conmigo? ¿Quieres ser la madre de mis hijos y amarme todos los días de mi vida tanto como yo te voy a amar a ti?

Aquel momento estaba siendo tan aterrador como Blossom había esperado. Zak sabía cómo se sentía, Blossom lo veía en sus ojos, que la empujaban a confiar en él y a dar el último paso.

—Sí—contestó con voz trémula, aferrándose a él—. Sí, por favor.

Zak era su destino.

—¿Y te importaría que nos casáramos cuanto antes? He esperado mucho tiempo y no creo que pueda esperar más.

Blossom sonrió emocionada.

—Si por mí fuera, se casaría contigo mañana mismo—le aseguró.

—Mañana es Navidad y me va resultar un poco difícil, pero te aseguro que el fin de semana lucirás mi alianza en el dedo—le prometió Zak—. Hasta entonces, no pienso perderte de vista. Por si acaso.

Blossom se puso de puntillas y lo besó en la boca.

—No te preocupes, te quiero y siempre te querré y no pienso irme

a ningún sitio a menos que sea contigo.

—Ahora sé que Santa Claus existe—sonrió Zak besándola.

La boda tuvo lugar el treinta de diciembre en un pequeño hotel rural. Fue una ceremonia sencilla y pequeña, pero increíblemente encantadora.

La estancia en la que tuvo lugar había sido decorada con cientos de lirios blancos, rosas y gerberas, y olía de maravilla.

Harry hizo de paje y Simone, Rebecca y Ella fueron las damas de honor de Blossom. Junto a los novios sólo hubo cuatro adultos.

Así había sido como lo había querido Blossom y Melissa, Greg, Geraldine y Will dijeron que había sido la mejor boda a la que habían ido nunca.

Cuando Blossom avanzó por el pasillo de la mano de su hermana, no pensó ni por un momento en la ceremonia civil, seria y aburrida, en la que se había casado tres años antes. Ahora, sólo podía pensar en el hombre alto de pelo negro que la estaba esperando al final del pasillo.

Blossom lucía un vestido de satén de color crema. Lo había comprado el día anterior, junto con los vestidos de sus sobrinas y el traje de Harry, pero aunque hubiera tenido meses para buscar, no habría encontrado nada que le hubiera gustado más.

Llevaba el pelo suelto y, como ramo, una orquídea salvaje en color crema rodeada de plumas.

Melissa lloraba de emoción cuando le entregó a Zak a su hermana, pero los ojos de Blossom rebosaban amor mientras sus dedos acariciaban el diamante del broche en forma de abeja que Zak le había entregado la primera noche que habían salido.

Mientras el juez comenzaba a hablar, Zak le apretó la mano a Blossom, que lo miró a los ojos y sintió que todo estaba bien, como siempre que estaba su lado.

La comida que tuvo lugar después de la boda fue fantástica. Se rieron y charlaron y los niños jugaron con los juguetes que Zak había llevado para la ocasión.

Will se había llevado su cámara de vídeo para grabarlo todo y Blossom se lo agradeció porque estaba tan feliz, tan anonadada y tan enamorada que era consciente de que no se iba a acordar de nada cuando terminara.

Aquella noche la iban a pasar en el hotel y al día siguiente se iban a las Bahamas, donde un amigo de Zak tenía una villa que les había prestado para que se quedaran todo el tiempo que quisieran.

—¿Es usted feliz, señora Hamilton?—le preguntó Zak mientras observaban desde las escaleras del hotel cómo se iban sus invitados.

El día había sido mágico y Blossom se giró y abrazó a su marido para continuar con la magia.

—Vámonos a la cama—le dijo.

—Pero bueno, si no son más que las cinco de tarde—bromeó Zak besándola en la punta de la nariz.

—Ah, bueno, entonces, cenaremos primero—contestó Blossom agarrándolo de la cintura.

—De eso, nada—murmuró Zak. La suite nupcial no era muy grande, pero era preciosa, decorada en tonos marfiles y dorados, con una cama con dosel que dominaba la estancia. Zak la tomó en brazos para entrar y la depositó sobre la cama.

Una vez allí, la besó en los párpados, y luego descendió. Blossom abrió los labios y Zak se apoderó de su boca.

Blossom sintió que tenía un fuego encendido en su interior que se iba extendiendo, sintió que necesitaba unirse a aquel hombre y, cuando Zak le bajó la cremallera del vestido, se estremeció.

El vestido cayó al suelo y Blossom quedó expuesta con un conjunto de lencería que le había costado una fortuna teniendo en cuenta que apenas tapaba nada. Claro que había merecido la pena el dinero que había pagado por él por ver la cara que estaba poniendo Zak.

—Qué guapa eres, esposa mía—le dijo haciéndola enrojecer.

A continuación, sus manos encontraron sus pechos y le acarició delicadamente los pezones. A Blossom se le entrecortó la respiración, se aferró a su camisa y lo desvistió mientras Zak le quitaba la ropa interior. Por fin, desnudos.

Blossom lo miró, disfrutó de su torso musculoso y de sus hombros fuertes, de sus piernas delgadas y robustas, del vello oscuro que cubría su pecho, que bajaba por su vientre y volvía a crecer entre sus piernas.

Zak estaba muy excitado. Tras tumbarla en la cama, comenzó a besarla y a acariciarla, lo que llevó a Blossom a un lugar cautivador en el que nunca había estado antes. Nada de lo que había experimentado con Dean podía parecerse a hacer el amor con Zak.

Sí, Zak la estaba amando, sus necesidades y deseos eran importantes para él y, en lugar de buscar su placer inmediato, la estaba acariciando por todas partes con delicadeza y maestría.

Blossom disfrutó y estuvo a punto de alcanzar el orgasmo varias veces. Cuando Zak percibía que aquello iba a suceder, bajaba el ritmo de nuevo y Blossom creía que se iba a morir de placer.

—Te quiero mucho, cariño, te quiero más que a mi vida—le dijo antes de adentrarse en su cuerpo—. Y esto es sólo el comienzo de nuestras vidas juntos, de una vida de amor que irá mejorando con el paso del tiempo.

—Lo sé—contestó Blossom abrazándolo con fuerza—. Yo también te quiero mucho.

Una vez dentro de su cuerpo, Zak siguió controlando la situación, moviéndose lentamente al principio, mirándola a los ojos y subiendo el ritmo a poco a poco. A medida que se iba moviendo más deprisa, Blossom comenzó a sentir una dulce sensación que fue creciendo hasta que se apoderó de ella por completo y explotó, haciéndola entrar en un mundo de luz y placer en el que sólo existían Zak y su amor.

Blossom tardó un rato en poder hablar y moverse.

—Gracias—fue lo primero que le dijo a Zak.

A continuación, lo besó.

—Gracias por haber sido capaz de ver lo que yo no veía y por confiar en nosotros.

—Ha sido un placer—sonrió Zak, besándola también.

—Nunca imaginé que sería tan...

—¿Perfecto? Claro, ha sido perfecto porque es perfecto que estemos juntos. He estado con otras mujeres, Blossom, pero ninguna me ha inspirado nunca lo que tú me inspiraste la primera vez que te vi. Fue amor a primera vista y, cuanto más te conocía, más te amaba. Ha sido doloroso, he sufrido y me he desmoralizado en ocasiones...

—Oh, Zak.

—Pero te aseguro que volvería a vivirlo porque, hasta que no te conocí, no estaba completamente vivo. Amo todo lo que tú eres, tu simpatía, tu rapidez mental, tu sentido del humor, tu cabezonería, todo, porque todas esas facetas conforman el todo que eres tú. Eres mía y siempre lo serás. Jamás dejaré que te vayas. Estoy dispuesto a compartirte con nuestros hijos, pero con nadie más.

Hijos.

Los hijos de Zak.

Blossom sintió que un agradable calor la invadía y se apretó contra el cuerpo de su marido, imaginándose a varios niños de pelo oscuro y ojos azules y, quizás, alguna niña que adoraría a su padre. Seguro que Zak sería un padre maravilloso. Sí, no había más que verlo con Harry y con las niñas.

—Durante mi estancia en Estados Unidos, creí que el futuro que me esperaba iba a ser solitario y sombrío. Me di cuenta de que había cometido un error, pero, si no hubieras ido a buscarme, no habría tenido valor para enmendarlo.

—Tuve que secuestrarte cuando estabas demasiado débil para negarte—sonrió Zak.

Blossom asintió y le acarició la cara con amor, dibujando la silueta de su mandíbula y el contorno de sus labios.

—Jamás imaginé que Santa Claus me iba a traer un marido esta Navidad—comentó emocionada.

Zak la besó en la yema de los dedos y la colocó a horcajadas sobre él, indicándole que quería seguir haciéndole el amor.

—Ya te dije el otro día que Santa Claus existe.

## Fin